HARLEQUIN

BIANCA

aventura, intriga, pasión



Tormenta de primavera

Charlotte Lamb

300Ptas

Tormenta de primavera

Charlotte Lamb

Tormenta de primavera (1995)
Título Original: Falling in love (1993)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 707
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Josh Kern y Laura

Argumento:

Laura y Patrick formaban la pareja ideal. La dulzura de él era el contrapunto para el carácter enérgico de ella. Pero hasta que apareció Josh Kern, un hombre de pasado turbulento que se interpuso en su camino, ella no supo lo que ocurría.

Capítulo 1

El mes de marzo había comenzado con lloviznas y aire fresco, pero mientras Patrick Ogilvie cruzaba el puente para dirigirse al centro de York, el sol apareció y el aire, de pronto, cobró un aroma de primavera. Estaba a punto de entrar en la oficina de Laura, cuando comprendió que el agradable olor provenía de la floristería situada al otro lado de la calle. Dejándose llevar por un impulso, se acercó a ella y compró un ramo de flores, compuesto por narcisos blancos y jacintos de color azul. La fragancia era tan fuerte que al entrar en el edificio de oficinas, la recepcionista se lo quedó mirando y suspiró.

—¡Qué flores tan bonitas! ¡Cómo se nota que estamos en primavera!

Él sacó unas flores del ramo y se las ofreció sonriendo.

—Yo no pretendía… —comenzó a disculparse ella, muerta de vergüenza. A Patrick le hizo gracia su reacción. Julia Wood no era una jovencita, sino una mujer de unos cuarenta años, seria y trabajadora. Se había incorporado al mundo laboral después de seis años de ausencia a causa de la temprana muerte de su marido, que la había dejado con dos niños de corta edad.

—Ya sé que no lo decías por eso, Julia —contestó Patrick—. Pero tengo muchas, cógelas. Y no olvides ponerlas en agua antes de que se marchiten.

Ella aceptó las flores y las miró sonriendo, pero habló con tono de preocupación.

—Espero que la señorita Grainger no se moleste cuando se entere de que me ha dado algunas de sus flores. ¿Es su cumpleaños?

—No, es en julio —negó con la cabeza—. Las he comprado porque significan que por fin ha empezado la primavera, después de este invierno tan largo. No le importará. De hecho, tú deberías tener flores en tu escritorio; causaría una buena impresión.

—Eso sería estupendo. ¡En efecto, darían muy buena imagen!

—Se lo comentaré a Laura —dijo Patrick—. Será el toque ideal para que los clientes se sientan bien recibidos.

Él se dirigió hacia el ascensor y Julia lo observó con nostalgia. Acababa de recordarle a su marido, por su amabilidad, su gesto bondadoso y su calidez. John había tenido todo eso y era lo que ella más echaba de menos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y dejó de pensar, se puso de pie y con la cabeza inclinada para ocultar su rostro, cogió las flores

que Patrick le había dado.

—Fred, ¿me haces el favor de ocupar mi lugar un momento? Sólo quiero meter estas flores en agua —dijo con voz ronca mientras corría al baño, justo antes de que las lágrimas fluyeran.

La secretaria de Laura, Anne, estaba muy concentrada en su trabajo cuando Patrick entró en la oficina; aun así, ella levantó la cabeza y su rostro se iluminó al verlo. Las mujeres siempre le sonreían de esa manera y él no sólo estaba acostumbrado a ello, sino que lo esperaba.

Anne contestó al saludo de él y le preguntó cómo estaba.

—Muy bien —respondió—. ¿Hay alguien con ella? —preguntó mirando hacia la puerta de la izquierda, que conducía a la oficina de Laura.

—No, pero no entres todavía, está hablando por teléfono y ha pedido que no la interrumpan.

Patrick se encogió de hombros y se sentó en el borde del escritorio de Anne.

—Hoy estás muy guapa, ¿es un vestido nuevo? —preguntó sin dejar de observarla—. Ese color es perfecto para ti, deberías usarlo con más frecuencia.

—Gracias, Patrick —respondió ella, ruborizándose. Patrick se mostraba siempre muy atento; Anne pensó que sería maravilloso que no estuviera enamorado de Laura Grainger.

Anne estaba enamorada de Patrick Ogilvie desde la primera vez que éste se presentó en la oficina, pero estando Laura Grainger ahí, sabía que él no miraría a otra. Ningún hombre lo haría. Laura Grainger era una explosiva combinación de inteligencia con un físico despampanante.

Anne sabía que nunca llegaría tan alto como ella en el campo de las relaciones públicas; sin embargo, no envidiaba el éxito de su jefa en el trabajo, pero sí ambicionaba a su novio.

A Anne siempre le habían gustado los hombres altos y Patrick medía un metro ochenta, era de complexión delgada, con pelo castaño oscuro y un encanto irresistible.

De hecho, todas las mujeres de la oficina estaban locas por Patrick Ogilvie.

Debido a la cantidad de atenciones que recibía, sería lógico esperar que fuera soberbio y egocéntrico, pero eso era lo más sorprendente en él. Patrick era bondadoso, amable y considerado. Cuando Laura estaba ocupada, él le hacía la compra. O en ocasiones le limpiaba el apartamento y le preparaba la comida. No había nada que él no hiciera por ella.

A Anne le caía bien su jefa, pero a veces deseaba que Laura Grainger no existiera. Quizás así Patrick se fijaría en ella.

Un timbrazo la sobresaltó. Se apresuró a pulsar el interruptor que se encontraba sobre su escritorio.

—Dime, Laura.

—He terminado con la llamada telefónica, Anne —dijo con voz clara y tranquila

—. ¿Hay algún mensaje?

—No, pero…

—¿Por qué Barry no se habrá puesto en contacto conmigo? —la interrumpió Laura—. Bueno, antes de que se me olvide, Anne, debo ver al señor Eyre el martes, a las diez. Seguramente estaré allí toda la mañana, quizá hasta la hora de comer. Si tengo otro compromiso, por favor, cámbialo para otro día.

—Muy bien, Laura. Patrick está aquí —dijo Anne mientras escribía con rapidez en una libreta.

—Hazlo pasar y por favor llama a la Agencia Courtleys —continuó Laura con voz eficiente, sin inmutarse ante la noticia. Anne se preguntó cómo podía mostrarse tan indiferente, cuando la sola mención del nombre de Patrick hacía que a ella se le sobresaltara el corazón.

Anne observó a Patrick mientras éste se dirigía, apresurado e impaciente, al despacho de Laura. El teléfono sonó y Anne salió de su ensimismamiento para cogerlo.

—Relaciones públicas Dudley y Grainger, oficina de la señorita Grainger.

¿Señor Dale? Sí. Veré si ella puede hablar con usted.

Patrick se acercaba al escritorio de Laura cuando el teléfono sonó y la joven descolgó de manera automática. Miró a Patrick con una sonrisa y lo saludó antes de responder a la llamada.

—¿Quién? ¿El señor Dale? Sí, por favor, pásame la llamada. ¿Cómo está, señor Dale? ¿Ha encontrado algo interesante para mí?

Patrick dejó el ramo de flores sobre el escritorio; para entonces, su aroma se había intensificado debido a la calefacción del edificio y llenaba la habitación con la fragancia de la primavera.

Laura bajó la vista, sorprendida; volvió a levantarla y su boca se curvó en una sonrisa. Le lanzó un beso silencioso.

—Sí, así es —le dijo al señor Dale.

Patrick rodeó el escritorio y cogió un narciso. Se detuvo a espaldas de ella con el cuerpo apoyado en el respaldo de la silla y comenzó a acariciarle la cara con la flor.

Ella ahogó la risa.

—¡Basta, me haces cosquillas! —murmuró Laura, al mismo tiempo que cubría el auricular con una mano, empujaba los narcisos y reanudaba la conversación telefónica—. No, no he tenido tiempo de estudiar lo que me envió, señor Dale. He estado muy ocupada, pero lo haré esta noche.

Patrick hizo que la flor se deslizara ligeramente por la barbilla y el cuello femenino. Cuando comenzó a acariciarle los senos con la flor, su respiración se agitó, y Laura le quitó el narciso, sin dejar de hablar con toda calma por teléfono.

—¡Sí, eso es exactamente lo que he estado buscando! ¿Cuándo podré verla?

Patrick suspiró y enderezó la espalda. Sentado sobre el escritorio de Laura, le observó el perfil, con tristeza y pasión al mismo tiempo. El pelo dorado claro brillaba a la luz de la primavera y enmarcaba el rostro elegante y de finas facciones. En ocasiones, él se preguntaba si alguna vez vería los ojos de Laura encenderse con la misma pasión que él sentía por ella.

—¿Esta tarde? —preguntó Laura con el ceño fruncido. Era consciente de que Patrick la miraba y como lo conocía muy bien, sabía lo que estaba pensando. No debía haberle pedido que dejara de tocarla; él mostraba tristeza en los ojos y ella odiaba sentir que lo había herido—. No —dijo distraída—. No es posible. Podría cualquier momento del fin de semana. ¿Mañana? Sí, entonces será mañana sábado, a las once, en su oficina. Gracias, señor Dale.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Patrick.

—Era Dale, de la agencia inmobiliaria; me ha dicho que acaba de ponerse a la venta justo lo que deseamos. ¿Podrás ir conmigo el sábado por la mañana? Veremos la casa y luego podemos comer en el campo.

—Buena idea —Patrick se animó y asintió—. ¿Dónde está? ¿Queda lejos de York?

—Parece que es un trayecto largo en coche y bastante complicado, así que nos encontraremos con el señor Dale en su oficina en Maltón para que nos lleve a la casa.

Es una casa antigua. Está aislada porque se encuentra a varios kilómetros del pueblo más cercano, pero hay una granja en las proximidades, según me ha dicho el señor Dale.

—¿Queremos algo tan aislado? —preguntó Patrick, dudoso—. No estoy seguro de que me apetezca tener que conducir varios kilómetros a diario para comprar leche y pan.

—Si la granja queda cerca, podremos conseguir leche y huevos frescos cada día y sin duda podríamos comprarles otras cosas.

—¿Te ha dicho el precio el señor Dale?

—¡Sí, y es un poco menos que la cantidad máxima que decidimos gastar! —dijo Laura en tono triunfal.

—¡Vaya, es la primera vez! Todas las demás casas que nos sugirió Dale eran bastante más caras del precio máximo que nos fijamos.

—Sí, pero nos hemos desilusionado con mucha frecuencia, de modo que no me emocionaré hasta que la vea —distraída, vio el ramo de flores sobre su escritorio y comenzó a reír, con la cabeza inclinada hacia atrás—. ¡Has dejado vacía la floristería!

—inclinó la cabeza para aspirar la fragancia y su melena rubia cayó en rizos sobre su rostro—. Son preciosas. ¡Siempre piensas en los mejores regalos; me encantan!

—Olvídate de los regalos; ¿qué me dices de mí? ¡Se supone que debes decirme que me quieres!

—¡No necesito hacerlo porque ya lo sabes! —dijo Laura, alzando la vista hacia Patrick. Él desplazó los rizos del rostro de Laura para besarla.

—Estoy loco por ti —murmuró con pasión junto a la boca de ella, deslizando una mano por su espalda.

Laura le correspondió con suavidad, acariciándole el rostro con las manos, pero se alejó cuando las caricias cobraron más calor.

—En la oficina no, Patrick —murmuró—. ¡Sería muy molesto si algún cliente entrara!

—Lo sé; lo siento, pero me vuelves loco —Patrick hizo una mueca—. Bien,

¿vamos a comer?

—Cariño, lo siento, pero… —lo miró con expresión avergonzada.

—Laura, ¡habíamos quedado y he reservado una mesa en el Apollo!

—Lo sé y lo siento —murmuró con tristeza—. Pero no dispongo del tiempo.

Tengo que hablar con los de la agencia para concertar una cita con las chicas para la semana próxima, y luego tengo que volver a hablar con el fotógrafo. Hoy tengo mucho trabajo. Llamaremos al restaurante para cancelar la reserva y comeremos aquí. Voy a pedir que nos traigan unos sándwiches, fruta y café —le dio un beso en la nariz y lo abrazó—. Y yo me sentaré sobre tus piernas mientras esperamos, ¿qué te parece?

—¡Ah, comprendo! Soborno y corrupción —comentó, riendo y nuevamente relajado—. Me parece bien, aunque se me ocurre algo

que me agradaría más.

—¿Nunca piensas en otra cosa? —preguntó, exasperada.

—¿Nunca piensas en ello? —murmuró Patrick, repentinamente serio.

Guardaron silencio y Laura lo miró con tristeza.

—¡Patrick, sabes que te quiero! Pero no soy tan… bueno… supongo que tan sensual como tú. No pienso en el sexo todo el día.

—Yo siempre pienso en eso cuando te veo —dijo con voz ronca.

—La comunicación con la agencia está lista —anunció Anne en ese preciso instante, y Laura no pudo dejar de suspirar de alivio.

—Muy bien. Pásame la llamada y luego vas a la cafetería para comprarnos unos sándwiches, fruta y unas latas de Coca—Cola. Después, puedes irte a comer.

Patrick la observó con un gesto de tristeza. A veces tenía la impresión de que el trabajo era mucho más importante para Laura que su relación con él.

Patrick tenía veintinueve años, y antes de conocer a Laura, había tenido una vida sentimental agitada pero sin grandes pasiones. Le habían gustado muchas mujeres, pero no había llegado a enamorarse de ninguna. Ahora, sin embargo, sentía por Laura una pasión irrefrenable, que no sentía en absoluto correspondida. En ocasiones, casi le parecía que Laura lo trataba como a un hermano. Desde luego, ella era afectuosa, cariñosa y casi indulgente con él, pero sus ojos nunca revelaban la misma pasión que los de él cuando lo miraban.

A la mañana siguiente, Patrick despertó tarde con todos los síntomas de un catarro. Le escocía la garganta y le dolía la cabeza. Después de tomarse una aspirina y decidir que no desayunaría, porque no tenía hambre, llamó a Laura por teléfono.

—Pobrecito —comentó ella con lástima—. ¿Quieres que vaya a verte?

—Es mejor que no lo hagas —negó él—. No quiero que te contagies. Pero eso significa que no podré ir contigo a ver la casa.

—No importa, iré yo y te lo contaré luego. ¿Estás seguro de que a mi regreso no quieres que vaya a hacerte compañía?

—Me encantaría, pero seguramente pasaré todo el día durmiendo. Me es difícil mantenerme despierto.

—¡Será lo mejor para ti! —concordó—. Cuídate, bebe bastantes líquidos y mantente caliente.

Colgó el teléfono después de enviarle un beso y miró con tristeza a través de la ventana. Hacía muy buen tiempo y habrían podido disfrutar de un día maravilloso.

Volvió a observar el cielo despejado y azul. Bueno, de cualquier manera el viaje podría ser agradable; en un día como ese sería mucho mejor estar en el campo que quedarse encerrada en la oficina.

Los padres de Laura vivían en un pueblo a setenta y cinco kilómetros de York, y Laura echaba de menos los largos paseos por el campo que daba todas las mañanas cuando vivía con ellos. Cuando heredó una importante cantidad de dinero de su tío, decidió comprar una casa en los alrededores de la ciudad, para así poder pasar los fines de semana en el campo. El paisaje sería muy diferente al que la había rodeado en su infancia, menos duro y agreste, pero deseaba oír el canto de los pájaros, escapar del sonido constante del tráfico y del olor a gasolina, levantarse temprano los domingos para pasear por los campos y los bosques.

Cuando se comprometió con Patrick, él quedó encantado con la sugerencia de trasladarse al campo, ya que también estaba cansado de vivir en la ciudad; además, como era un artista independiente y trabajaba en casa, no tendría que ir a York y regresar de allí todos los días, así que vendería su apartamento y se instalaría en el campo. Laura, en cambio, había decidido no deshacerse del suyo. Para ella sería más cómodo vivir en York durante la semana de trabajo y de esa manera su familia podría seguir visitándola de vez en cuando en la ciudad.

—Lo puedo decorar yo mismo. Prefiero hacerlo personalmente, porque la mayoría de los decoradores no tienen nada de gusto —había dicho Patrick.

—Eso nos ahorrará dinero —había concordado ella, hecho que le valió una broma respecto a su sentido del ahorro—. ¡Bueno, así me educaron! —replicó en tono desafiante—. Me enseñaron a no derrochar. ¿Te gustaría casarte con una mujer que no se preocupara del dinero?

—Claro que no —había dicho él, sonriendo—. ¡Será divertido, Laura! Tendré mucho trabajo en la casa y el jardín, así que no me sentiré solo ni te echaré demasiado de menos; luego, los fines de semana estaremos juntos y charlaremos frente al fuego de la chimenea o en el jardín. Tendremos una vida maravillosa.

Cuando Laura quedaba con antiguas amigas, generalmente se sorprendía por los hombres que habían elegido. La mayoría de ellas tenía maridos que, por muy agradables que parecieran, tenían un comportamiento completamente machista: eran consentidos, insensibles, dominantes y esperaban ser atendidos en todo; llegar a casa para encontrar una buena comida preparada, sus camisas bien

lavadas y planchadas, listas para ponérselas a la mañana siguiente.

Sus amigas siempre se quejaban de ellos. Sin embargo, la mayoría permanecía al lado de sus maridos, y casi parecían estar orgullosas del comportamiento de ellos.

Laura no comprendía esa actitud. Afortunadamente, Patrick no era así. Él era un compañero, no un amo; era atractivo, encantador, de buen corazón y fácil de tratar.

Tenía una personalidad agradable, además de ser muy práctico y trabajador.

Cocinaba mejor que ella, le encantaba ver su casa limpia y ordenada y se pasaba varías horas cada semana haciendo las tareas domésticas; incluso lavaba, planchaba y se cosía la ropa.

Cuando Laura miró el reloj que tenía sobre la mesa, se sobresaltó al ver la hora que marcaba. Debía salir ya, antes de que el tráfico se complicara en las carreteras de acceso a la ciudad.

Se detuvo ante la puerta principal para verificar su apariencia en el espejo. Su melena rubia era como una nube de rizos; su piel, tersa y fresca; sus labios, llenos y rosados; sus ojos… Pero había algo en sus ojos que la desconcertaba. ¿Por qué tenía esa mirada? No pudo definirla, pero no parecía la mirada de una mujer feliz, aunque debería serlo. La vida le ofrecía todo lo que ella quería y no se explicaba por qué se sentía tan inquieta.

¡Sí lo sabía! Patrick era todo lo que deseaba en un hombre; sin embargo, nunca lo había deseado tanto como él a ella.

«¿Y qué?», le dijo a su imagen. «¿Tienes que sentir eso para estar enamorada?

Quizás eso sea un aspecto del amor, pero no todo». Sin embargo, sus ojos verdes expresaban cierta duda. Si eso no era importante, ¿por qué se sentía inquieta e insatisfecha?

Se preguntaba si había algo en ella que le impidiera disfrutar por completo del amor físico. Con Patrick era capaz de sentir cosas agradables, pero nunca la había hecho perder la cabeza ni desear realmente el contacto físico. Sabía que eso le afectaba y se sentía mal por hacerle sufrir.

Quizá se estuviera obsesionando por algo que no tenía importancia; tal vez ella cambiaría después de que se casaran, cuando estuvieran solos en su casa.

El teléfono sonó y se apresuró a descolgarlo.

—¿Diga?

—¡Laura, tenemos un problema! —exclamó Barry Courtley muy agitado.

—¿Ahora qué sucede? —preguntó, poniéndose alerta de

inmediato. No sabía por qué seguía trabajando con la agencia de modelos de ese hombre; siempre tenía problemas y era el tipo más desorganizado que conocía. Sin duda podría aprender algunas cosas de Patrick.

—¡La sesión en Castle Howard! —contestó Barry sin aliento.

—¿Qué pasa?

—Las chicas terminarán allí a las once y media y tienen que estar en York a las doce y media para comenzar la sesión en Shambles sobre la una pero su coche se ha estropeado y es imposible conseguir un taxi en sábado.

—¿Y no pueden ir con el fotógrafo?

—Él tiene una camioneta pequeña de dos plazas; su equipo ocupa casi todo el espacio de atrás, y viene con su ayudante al lado. Iría yo, pero debo estar en la boda de mi hermana en Durham a las tres; es preciso que salga de inmediato y pensé que tú…

—¿Yo? —se asombró Laura—. ¡También yo estoy ocupada, Barry! ¡Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que servir de chófer a tus modelos!

—¡Pero dijiste que esta mañana pasarías por allí y tal vez presenciaras la sesión en Castle Howard! —protestó en tono inocente y ofendido.

Laura tuvo que aceptar que era cierto. Con la frente fruncida, hizo unos cálculos rápidos.

—Está bien, iré por ellas. ¿Cuántas chicas son, cuatro? Sí, apenas podré acomodarlas en mi coche. Tengo que estar en Maltón a las once, y en Castle Howard a eso de las once y media. Dispondré de poco tiempo, porque debo ver una casa.

Supongamos que saldremos de allí a las doce… sí, podré hacerlo. ¿Podrás hablar antes con las chicas?

—Sí; me van a volver a llamar.

—Bien, diles que me esperen en la reja principal, a las once y media. ¿Tendrán muchas cosas consigo?

—Ropa, maquillaje, zapatos; lo normal. Si te viene bien, quizá puedan meter algo de eso en la camioneta del fotógrafo.

—Espero que quepa todo en mi coche. Más vale que me vaya, porque de lo contrario también yo llegaré tarde.

El trayecto a Maltón fue bastante rápido a pesar del tráfico, y llegó a la agencia inmobiliaria justo a tiempo. Cuando estaba aparcando en la calle, el agente salió sonriendo.

El señor Dale era un hombre de poca estatura, pero de complexión fuerte. Le estrechó la mano con firmeza e hizo una mueca a manera de sonrisa.

—Creo que esta vez sí que hemos encontrado exactamente lo que deseaba, señorita Grainger. Es una propiedad muy agradable, aunque necesita algunos arreglos en el techo, así como una capa de pintura, pero puede quedar muy cómoda sin que le cueste demasiado. El camino desde aquí no es fácil, de modo que puede venir conmigo si no quiere conducir.

—Llevaré mi coche, así podré regresar directamente a York —decidió, y él asintió.

—Sígame de cerca, señorita Grainger; no vaya a perderse. Recuerde que tomaremos el desvío para dirigirnos a Castle Howard.

El señor estaba a punto de subirse a su coche, pero ello lo detuvo.

—Señor Dale, de camino tengo que recoger a unas chicas en Castle Howard. No tardaré mucho, porque me estarán esperando frente a la verja principal.

—¿Trabajan allí? —preguntó, mostrando interés.

—No, son modelos y han estado trabajando en esos terrenos con un fotógrafo.

El camino que conducía a Castle Howard había sido el sendero privado de la familia dueña del castillo; éste fue construido antes de la aparición de los primeros automóviles. Tenía unos diez kilómetros, atravesaba un extenso prado verde y era lo bastante amplio como para que se pudiera conducir con cierta velocidad. Acababan de dar las once y media cuando llegaron a la verja principal de Castle Howard y Laura se tranquilizó al ver que las chicas la esperaban según lo acordado.

—Has sido muy amable, Laura —comentó una chica esbelta, de pelo negro, al sentarse junto a la joven en el asiento del copiloto. Las demás se subieron atrás y se acomodaron a empujones y riendo.

El señor Dale se había detenido frente al coche de Laura y esperaba, sin dejar de mirar por el espejo retrovisor, cómo las modelos desaparecían dentro del pequeño coche.

—¡Creíamos que tendríamos que caminar! —dijo una de las chicas de atrás—.

Gracias, Laura.

—No tienes por qué dármelas; de todos modos tenía que pasar por aquí. ¿Estáis todas dentro? Entonces nos vamos —Laura le indicó al señor Dale que reanudara la marcha y éste arrancó el coche.

—Barry es muy tacaño —comentó enfadada la chica de pelo negro—. Siempre contrata el medio de transporte más barato, y los coches que le envían son tan viejos que siempre se averían. Estoy

harta de él, y en cuanto consiga trabajo en otra agencia en el sur, me iré.

Las chicas lanzaron exclamaciones de burla y una de ellas intercaló:

—¡Ése será un gran día! Llevas diciendo lo mismo desde que te conozco, Suzy.

—¡Ahora lo digo en serio!

—¡Por supuesto! —exclamaron las demás, riendo.

—Esto es igual que conducir con un grupo de chiquillas; no arméis tanto alboroto —dijo Laura, y en ese momento se dio cuenta de que casi todas eran muy jóvenes. Suzy tenía veintiún años; Yasmin, diecinueve, pero las demás tenían dieciséis o diecisiete.

El señor Dale había tomado un irregular camino entre alambradas que debía de conducir a una granja. Laura lo siguió, horrorizada al pensar en el daño que le estarían haciendo los baches a los neumáticos. ¿Sería ese el único camino para llegar a la casita?

De pronto vio la casa y sus ojos verdes brillaron. Bastó una mirada para que se percatara de que era el tipo de lugar donde siempre había soñado vivir. Se trataba de una casa de piedra con techo de pizarra, situada en medio de un jardín rodeado por una tapia; un manzano se inclinaba sobre la reja. La casa era el único edificio en varios kilómetros a la redonda, y cuando Laura la vio se enamoró de ella.

Aparcó detrás del coche del señor Dale y salió del vehículo dando un portazo.

Las modelos también salieron sin dejar de hablar por la emoción.

—¡Qué maravilla! ¿Vas a comprarla, Laura? —preguntó Yasmin mientras caminaba con dificultad sobre el áspero terreno con zapatos de tacón alto.

—¿Vivirás aquí con Patrick cuando os caséis? —preguntó Suzy.

—Es un hombre encantador —dijo Yasmin—. Tienes suerte, Laura. ¿Te molestaría si nos presentamos a la iglesia sin invitación? Me encantaría asistir a tu boda.

—Os enviaré una invitación —prometió Laura.

—¿Para todas? ¿Podremos asistir a la boda? ¡Estupendo, gracias, Laura! —

exclamaron las demás.

—¿Necesitas una dama de honor? —preguntó Yasmin, anhelante —. Nunca he sido dama de honor. Una vez me vestí como tal, para la publicidad de la tienda de vestidos de novias. El vestido era muy bonito, era de satén de color crema con muchos encajes, y el ramo

de rosas era redondo, envuelto en papel plateado. Me quedé con el ramo y lo colgué en mi cuarto. Se secó y las rosas todavía huelen bien.

Me encantaría hacer de dama de honor.

Dos de las chicas correteaban por el sendero, sin dejar de reír.

—¡Mirad cuántas vacas! ¡Nos están mirando! ¡Muuu…! Nunca había visto ninguna tan de cerca, ¿y tú, Yas? ¡Qué cabezas tan grandes tienen! ¡Hola! ¡Muuu…!

El señor Dale las observaba con una mezcla de incredulidad e indulgencia.

—No tienen mucho cerebro, ¿verdad? —le murmuró a Laura, quien sonrió y se encogió de hombros.

—Cuando se llega a conocerlas, se descubre que son buenas chicas.

En ese momento, un tractor emergió de uno de los campos y se acercó de manera ruidosa al grupo. Se detuvo y el conductor las observó con gesto severo.

Él gritó algo, pero Laura no pudo oírlo debido al ruido del tractor; luego, agitó los brazos. El señor Dale gimió.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Laura, pero antes de que el agente inmobiliario pudiera contestarle, el conductor del tractor apagó el motor y volvió a gritar. Esa segunda vez todos lo oyeron.

—¿Cuántas veces he de decírselo? ¡Salga de mi propiedad, porque de lo contrario soltaré los perros!

Las modelos gritaron y corrieron al coche.

—¿Su propiedad? —le preguntó Laura al señor Dale—. No comprendo. ¿Esta casa es suya?

—No, es de una señora que vivió aquí muchos años.

—Entonces, ¿qué ha querido decir con mi propiedad?

El señor Dale no contestó, parecía muy nervioso. El conductor del tractor había saltado del vehículo y caminaba hacia ellos. Recorrió la distancia a grandes zancadas.

Laura sintió una inmediata antipatía hacia él. Aquel individuo presentaba todos los rasgos que le desagradaban en un hombre: era rudo y altanero, y en su mirada furiosa no había el menor rastro de delicadeza ni educación.

—Vaya tipo —comentó una de las modelos. Se habían agrupado todas detrás de Laura, a manera de protección—. Parece que está furioso, ¿no? No me gustaría encontrármelo en una noche oscura.

—Pues la verdad es que a mí no me importaría —murmuró Yasmin, lo cual las hizo reír a carcajadas; eso no suavizó las facciones del recién llegado.

—¿Quién es? —le preguntó Laura al señor Dale.

—Josh Kern —respondió molesto el señor Dale—. Es el dueño de la granja, de toda esta tierra… —dejó de hablar cuando el hombre se detuvo junto a ellos con las piernas separadas en una postura amenazadora.

El señor Dale no era un hombre nervioso, pero Laura notó que tragaba saliva de manera convulsiva.

—¡Por última vez, salga de mi propiedad! —gruñó Josh Kern.

—Señor Kern, la casa no es suya, y el dueño tiene derecho a utilizar este camino. Usted lo sabe muy bien —el señor Dale no se dejó intimidar.

—¡No hay ningún derecho, este camino es privado y tomaré las medidas legales necesarias para establecer ese hecho! —replicó Josh Kern—. ¡Saque a estas mujeres de aquí y no vuelva!

—He venido a ver la casa, señor Kern, y como usted no es el dueño, no puede impedir que lo haga —intercaló Laura, irritada.

Con lentitud, él volvió la cabeza hacia ella y le lanzó una mirada amenazadora.

—No esté tan segura de eso, quienquiera que sea usted.

—Es Laura Grainger —le informó Yasmin con el rostro arrebolado por la emoción del conflicto y decidida a llamar su atención. No estaba asustada. De hecho, para ella era divertido que un hombre enfadado le gritara a alguien, sobre todo, un tipo tan sensual. ¡Era mil veces mejor que estar esperando a que la fotografiaran!

Pero se desilusionó, porque Josh Kern la ignoró. Él siguió observando a Laura de arriba abajo, con mirada desdeñosa.

—¿Quiénes son estar personas, Dale? ¿Actrices? —preguntó, observando a las demás chicas con el mismo disgusto.

—Modelos —gruñó el señor Dale.

—¡Modelos! —repitió Josh Kern.

Las jóvenes le dirigieron la mejor de sus sonrisas.

—¡Dios mío! —exclamó él—. ¿Todas piensan venirse a vivir aquí? No lo harán si yo puedo evitarlo. Escúchame, señorita… como se llame… si usted es quien quiere comprar esta propiedad… ¿Le ha explicado el señor Dale que la casa realmente es parte de mi granja? ¿Que se le regaló a una persona y que ahora quiero recuperarla?

Esperaba recobrarla por medios legales, porque no había ninguna escritura, sólo un papel en el cual se decía que la casa era un regalo, pero las autoridades no dictaminaron a mi favor. Luego, traté de comprarla, pero rechazaron mi ofrecimiento, a pesar de que la cantidad que ofrecí fue más de lo que la casa cuesta en el

mercado. La dueña actual insiste en que sólo se la venderá a otra persona. ¡Al parecer a cualquiera que no sea yo!

Los ojos del hombre parecían lanzar chispas.

—Es evidente que no puedo obligarla a vendérmela a mí… Sin embargo, puedo negarme a que quien compre la casa llegue a ella por el sendero que es de mi propiedad, así que está advertida —continuó con fiereza—. Si compra Fern Cottage estará comprando muchos problemas para usted.

—¡No me amenace! —replicó Laura, con un gesto altanero.

—No amenazo, sólo es una advertencia —dijo Josh Kern en un susurro, y algo en su rostro sombrío hizo que Laura sintiera un escalofrío.

Las otras chicas observaban sin perder ningún detalle de la confrontación.

Laura sabía cómo se sentían las modelos; ese hombre no era de los que podían ignorarse u olvidarse.

—¿Quiere ir a ver la casa ahora, señorita Grainger? —preguntó el señor Dale después de aclararse la garganta.

—Sí —murmuró Laura, sosteniendo la mirada amenazadora de Josh Kern.

—Hablo en serio —murmuró él, y a Laura no le cupo la menor duda al respecto. Parecía ser un hombre que siempre hablaba en serio.

¿No sería mejor olvidar la idea de comprar Fern Cottage?

Capítulo 2

—¡No puede impedir que usemos su camino! Si alguien ha vivido en esa casa durante años y ha usado el sendero, eso nos da el derecho de usarlo también —le informó Patrick ese mismo día, más tarde, cuando Laura lo llamó para informarle respecto a la casa.

—Lo mismo dijo el señor Dale. Me aconsejó que ignorara las amenazas, porque no podrán impedirnos el acceso de ninguna forma si compramos la casa.

—Por cierto, ese granjero… ¿cómo has dicho que se llama? — preguntó Patrick, pensativo.

—Josh Kern —dijo Laura en tono desdeñoso.

—Josh Kern —repitió Patrick—. Ese tipo puede hacernos la vida imposible. No sé si merece la pena que sigamos adelante. ¿Queremos estar en guerra con nuestros vecinos?

—No pienso dejarme impresionar por las amenazas de un patán.

—No puedo imaginarte asustada ni siquiera por alguien como él —dijo Patrick riendo, pero añadió con más seriedad—: Siento no haber estado allí para enfrentarme con él. Maldito catarro. ¿Por qué tienen que presentarse las enfermedades en momentos tan inoportunos? Por lo que me has dicho de la casa, es justo lo que buscamos, y el precio es más bajo de lo que esperábamos. Debimos adivinar que existían algunos problemas. ¿Qué le dijiste a Dale?

—Que tú tendrías que ver la casa antes de que le demos una respuesta, así que tenemos tiempo para pensarlo. Me alegro de que no te duela tanto la cabeza, aunque tu voz suena peor. ¿Quieres que vaya mañana para prepararte la comida?

—No quiero contagiarte, Laura. Será mejor que no vengas. De cualquier manera, no tengo hambre. Bebo mucho zumo de frutas y acabo de comerme una naranja. Tengo bastantes huevos y queso, así que puedo arreglármelas si me entra hambre.

—Tú siempre te las arreglas. De hecho, cocinas mucho mejor que yo.

Patrick rió, pero no lo negó. Bostezó antes de hablar de nuevo.

—Lo siento, Laura… he estado dormitando todo el día, pero sigo estando cansado.

—Entonces, te dejo dormir —respondió ella—. Ponte bien; te echo de menos.

Colgó el teléfono y observó la calle atestada de gente a través de la ventana. En efecto, fue una lástima que Patrick no la hubiera acompañado. Quizás así ese hombre no la habría mirado y hablado

como lo había hecho. El rostro se le encendió al acordarse de cómo los ojos desdeñosos de Josh Kern la habían observado de arriba abajo. No recordaba haber conocido a nadie tan desagradable en toda su vida.

Todavía no se le había pasado completamente la impresión desagradable que le había producido el encuentro.

—¿Quién se cree que es? —le había preguntado ella al señor Dale después de que Josh Kern se alejara en el tractor.

—¡Él sabe muy bien quién es! Es Josh Kern, y es dueño de todo esto —había contestado simplemente el señor Dale con un amplio movimiento de brazo—. Son cuatrocientos acres de buena tierra, la mitad de la cual es cultivable. El año pasado obtuvo una buena cosecha de cebada que almacenó en parte. Su ganado también es bueno. Supongo que hace poco comenzó a criar ovejas en la colina. Eso es una novedad. Su padre nunca tuvo ovejas ni hizo gran cosa con tanta tierra, sólo se dedicó a cazar. Hay bastantes conejos y algunas aves de caza; en tiempo cacé algunas veces con él. Jack Kern siempre decía que esa tierra no servía para nada más y que no merecía la pena deshacerse del tojo y los brezos, aunque las ovejas pueden subsistir con muy poco. Josh Kern es un tipo previsor; ha realizado quemas controladas y se ha deshecho de la mayoría de los matorrales para arar esa tierra.

El señor Dale observó con respeto al granjero que desaparecía en otro campo.

—Josh trabaja a un ritmo sobrehumano y logra que sus hombres también lo hagan, ya que espera que su tierra le dé buenos resultados.

—¡Yo diría que espera demasiado! —murmuró Laura, enfadada todavía por el encuentro con ese hombre—. ¡Y si insiste en amenazarme, pagará las consecuencias!

—La felicito —dijo el agente, al parecer tranquilizado—. Supuse que no permitiría que Josh la ahuyentara con amenazas.

—¿Ha asustado a muchos posibles compradores? —preguntó la joven.

El señor Dale no contestó. Fingió no haberla oído mientras observaba a las chicas, que, ya más tranquilas, se dirigían al jardín de la casa riendo y charlando.

—Hablan como cotorras, ¿no? —comentó el señor Dale, sonriendo—. Bien, señorita Grainger, ¿entramos para ver la casa?

Laura lo siguió, pero no permitiría que él olvidara el tema de Josh Kern.

—¿Su padre fue quien vendió la casa a la dueña actual? —le

preguntó al agente, que la miró a regañadientes mientras abría la cerradura de la puerta principal.

—Jack Kern no se la vendió, se la dio —contestó por fin.

—¿Se la dio?

—Sí —contestó, y le indicó que lo precediera. Las modelos la siguieron a su vez y se dispersaron por la planta baja, corriendo de habitación en habitación sin dejar de gritarse.

El señor Dale hizo un gesto que abarcaba toda la casa.

—La dueña actual hizo que construyeran este porche en la fachada principal.

Antes, la puerta de entrada daba directamente al salón. Por aquí, señorita. Abajo había dos pequeñas habitaciones que convirtieron en una bastante grande.

Laura entró en la soleada habitación y con placer miró las paredes de piedra rugosa, la chimenea en forma de arco con fondo de pizarra azul, el suelo de madera cubierto por alfombras azules y blancas. Había pocos muebles, cortinas de terciopelo azul marino, un sofá tapizado con la misma tela, lleno de cojines blancos y azules, un sillón junto a la chimenea y una librería a cada lado de ésta.

—Para mi gusto, es un poco austera —se disculpó el señor Dale.

Laura lo miró sin decirle que todo concordaba con su propio gusto.

—¿Siempre ha estado así? ¿O la dueña actual… cómo ha dicho que se llama…?

—Forest —respondió—. Joanna Forest. Sí, ella me dijo que modernizó la casa cuando se mudó aquí, hace unos veinte años. Estaba bastante rústica y siempre fue una casita de campo que usaba el vaquero principal. Nadie había invertido dinero en ella antes. Lo primero que ella hizo fue arrancar el papel de las paredes, y luego el yeso para dejar la piedra al descubierto, tal como está ahora. Me contó que ella lo había hecho todo. Fue bastante trabajo para una mujer —habló como si lo hubiera visto—. Pero no tenía muchas otras cosas que hacer.

—¿No trabajaba? —preguntó Laura, fascinada. A juzgar por el gusto de la dueña, presintió que la señora Forest le agradaría. Se preguntó qué edad y qué aspecto tendría esa mujer. ¿Por qué habría decidido vender la casa?

—Depende de lo que quiera decir con trabajar —contestó el señor Dale, haciéndole un guiño—. Digamos que… fue una amiga… del viejo Jack Kern, el padre de Josh, que murió hace un año.

—Ah, ya —dijo Laura, sorprendida.

—Sí, pero no soy dado a los chismes, aunque se habla mucho de ellos aquí, se puede oír esa historia en cualquier bar de los alrededores —comentó en voz baja el señor Dale—. Todos sabían lo que ocurría y dicen que él la visitaba todas las tardes, sabía qué pensaba al respecto su mujer. Nell Kern es una mujer sombría y callada.

—¿Su mujer seguía viviendo con él?

—Sí. Nell sigue allí, se ocupa de la casa y atiende a Josh. Ahora, sólo los dos viven en ese lugar. Nell es una estupenda ama de casa y la gente asegura que es muy buena cocinera, pero ese matrimonio nunca marchó bien. Ella no es fea, incluso ahora yo diría que es una mujer agradable. De hecho, cuando éramos jóvenes, Nell Bevan pudo haber escogido a cualquier hombre de los alrededores. Yo no tuve valor para proponerle matrimonio, pero estaba interesado en ella. Se pensó que Jack Kern tuvo mucha suerte al casarse con Nell. Nadie supo qué pasó en ese matrimonio, pero

¿quién sabe lo que ocurre en una pareja? Parece que no eran felices viviendo juntos.

—La cocina es preciosa, Laura —comentaron las chicas al entrar a la habitación

—. Ven a verla —la cogieron de las manos y tiraron de ella.

—Cuando mi mujer la vio también le encantó —dijo el señor Dale mientras las seguía—. Le gusta ver las propiedades que vendo. A mi Doris le interesan las casas.

La cocina fue la habitación que más le gustó.

A Laura también le encantó. Habían arrancado el yeso de las paredes para dejar la piedra al descubierto. Dado su sorprendente tamaño, sin duda estaba pensada para ser usada como comedor también, a juzgar por la mesa grande de pino y las sillas colocadas junto a una ventana larga en uno de los extremos.

—Vamos al primer piso —dijeron las chicas, y subieron con Laura. El señor Dale las siguió.

—Supongo que no existe ninguna duda en cuanto a que esta casa sea de la señora Forest —comentó Laura, y él movió la cabeza.

—No la hay, no se preocupe por eso… no tendrá ningún problema legal.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Laura.

—Segurísimo. No se preocupe. Josh sólo trató de asustarla; no haga caso a sus amenazas. Legalmente no puede negarle el acceso a esta casa y lo sabe. Le aseguro que en el juzgado verificaron la escritura de propiedad de la señora Forest y no existe ninguna irregularidad.

Era posible que el señor Dale estuviera diciendo la verdad, pero Laura seguía dudando en cuanto a si sería sensato comprar la casa. Él notó su expresión e hizo una mueca.

—Con toda franqueza, debo decirle que al principio parecía que habría problemas con la casa, porque cuando Jack Kern la regaló no lo hizo por medio de su abogado. Imagino que no quiso causar habladurías. Jack sólo le escribió una carta de amor en la cual le decía que le daba esta casa para que pudiera vivir en ella o venderla en caso de que necesitara dinero en el futuro.

—¿Sólo una carta? —preguntó Laura con la frente fruncida—. ¿Y una carta puede considerarse como un documento legal?

—Lo fue por la forma en que él la redactó. Fue como una condición que notificaba su testamento. Éste estaba en poder de su abogado, pero la fecha de la carta de Jack era posterior, así que la aceptaron como un codicilo legal. Además, Jack le había dado una carta sellada al abogado en la cual decía lo mismo. Cuando Jack murió, Josh Kern impugnó el derecho que Joanna tenía sobre esta propiedad. Ella se quedó aquí hasta que dictaminaron a su favor; temió que si se iba, Josh Kern se apoderaría de la casa y ella nunca la recuperaría. Pero después del fallo favorable del juez, la mujer se mudó de aquí y me pidió que vendiera la casa.

—¿Se fue lejos de aquí? —preguntó Laura al entrar en la alcoba principal.

—Vive en Salisbury con una hermana viuda —el señor Dale miró a su alrededor con una sonrisa—. Esta es mi habitación favorita, es muy bonita.

Laura observó el papel de color crema de las paredes, las cortinas de lana de color rosa pálido, a juego con las pantallas de las lámparas que se encontraban en las mesillas de noche, a ambos lados de la cama de matrimonio. La habitación transmitía una agradable sensación de tranquilidad.

—¿Cuándo se llevará sus muebles? —preguntó Laura cuando el señor Dale le enseñaba el baño adyacente.

—Se llevó lo que quería, todos sus objetos personales: cartas, fotografías, adornos. Pero no quiso los muebles. Me dio instrucciones de que los venda en una subasta, a menos que los quiera quien compre la casa. Tuve la impresión de que ella quería desprenderse de todo lo que le recordaba los años que pasó aquí.

—Es posible que se arrepienta más adelante —comentó Laura, enternecida y con lágrimas en los ojos.

—Sí, eso le dije yo —habló con su acostumbrada voz ronca y el rostro impasible

—. Pero no cambió de opinión.

Laura miró alrededor y suspiró.

—Si llego a comprar la casa, me gustaría quedarme con los muebles, pero si con el tiempo ella se arrepintiera, se los devolvería. ¡Me parece muy triste que le dé la espalda a veinte años de su vida!

—Es usted muy amable, señorita. Entonces, ¿piensa comprar la casa?

—Me gusta, señor Dale —respondió Laura con cautela—. Pero tiene que comprender que mi novio debe verla antes de que se tome cualquier decisión. Tan pronto se reponga lo suficiente para venir a conocerla, lo acompañaré. Espero poder llamarlo dentro de una semana.

—Muy bien, pero recuerde que traeré a otros posibles compradores y que la casa es una ganga, además de estar amueblada. No tarde mucho, señorita Grainger.

—Me pondré en contacto con usted tan pronto como mi novio se recupere un poco —llamó a las modelos, que salían de otras habitaciones.

—Vamos al coche, chicas; tenemos que darnos prisa para llegar a York a tiempo para la segunda sesión de fotos.

—Adiós, señor Dale —las chicas se despidieron agitando las manos con unas uñas pintadas de rojo y él les sonrió.

—Ha sido un placer conocerlas —estrechó la mano de Laura con su fuerza acostumbrada—. Espero que se ponga pronto en contacto conmigo, señorita Grainger, y no permita que Josh Kern la irrite. Sus amenazas no se corresponden con sus acciones.

La mención de Josh Kern hizo que Laura recordara algo.

—Por cierto, ¿dijo él que quiso comprar la casa?

—Él ofreció hacerlo, pero ella lo rechazó.

—¿Por qué? ¿Ofreció poco dinero?

—No, el mencionó una cifra bastante elevada —el señor Dale calló con la frente fruncida—. Debido a la actitud de Josh, olvidé decirle que existe una cláusula en el contrato de venta que dice que quien compre la casa no podrá vendérsela a Josh Kern mientras la señora Forest viva.

—¿Es legal esa cláusula? —preguntó Laura, sorprendida.

—Si el cliente no firma ese convenio, la dueña no vende, y si el comprador firma, queda comprometido legalmente a cumplirlo —declaró el señor Dale.

A Laura se le había olvidado mencionarle eso a Patrick. Pero se prometió que se lo diría al día siguiente cuando lo llamara por teléfono. Eso podría influir en su decisión, ya que con el tiempo un

convenio tan comprometedor podría convertirse en un grave problema si quisieran vender y no encontraran comprador.

Pasó una semana entera antes de que Laura y Patrick recorrieran juntos el camino que conducía a Castle Howard. El señor Dale dijo estar muy ocupado, por lo que no podría acompañarlos, así que les dio la llave de la casa y ellos pudieron ver la propiedad solos.

—Hemos tenido suerte con que él esté ocupado. Prefiero ver la casa sin tener al agente presente, tratando de presionarnos a tomar una decisión —comentó Patrick, animado, mientras tomaban el camino que conducía a la casita.

Laura conducía, pero no estaba tan concentrada como siempre. No dejaba de mirar los campos; tenía el cuerpo tenso, esperando ver a Josh Kern en cualquier momento. Sospechaba que el señor Dale había alegado tener otras ocupaciones porque no deseaba regresar a ese sitio. Ella también prefería no volver a encontrarse con Josh Kern, incluso teniendo a Patrick a su lado. La situación le parecía incluso más complicada esta vez, porque el granjero no se valdría de la violencia contra una mujer. Pero sus reglas quizá serían diferentes tratándose de otro hombre.

Era posible que quisiera pelear con Patrick, y aunque éste no era cobarde, había que reconocer que le faltaba agresividad frente a las provocaciones. Patrick estaba firmemente convencido de que todo se podía arreglar mediante una charla pacífica.

La boca de Laura esbozó una sonrisa cuando lo miró de reojo y Patrick se dio cuenta.

—¿Qué pasa, por qué sonríes? Cuéntame el chiste.

—Pensaba en lo mucho que te quiero —respondió, antes de inclinarse para darle un beso.

En el preciso momento en que sus labios se tocaron, un caballo saltó sobre una valla y pasó justo por encima del coche.

Laura gritó y por instinto bajó la cabeza. Patrick se puso pálido. De reojo, Laura vio cómo el enorme animal negro saltaba con las patas encogidas frente al parabrisas.

Tuvo que admirar la precisión del salto y la manera en que el caballo giró al tocar tierra para galopar por el sendero antes de disminuir la velocidad, volverse y regresar al coche con un trote lento.

—¿Ése es…? —preguntó Patrick, sorprendido.

—Sí —respondió Laura en tono sombrío—. Ése es Josh Kern.

—¡Debe de estar loco! —las manos de Patrick no estaban firmes y seguía pálido.

—Totalmente —concordó al salir del coche justo cuando el

caballo negro se detenía junto al vehículo.

Laura miró con furia al jinete y sus ojos brillaron de rabia.

—¡Está usted loco! —le gritó—. ¿No ve que nos ha puesto en peligro a todos?

—¿Cómo podía saber que su coche estaba aquí? —respondió Josh Kern, sonriendo con sorna y dando a entender que sabía que el coche se hallaba ahí antes de saltar y la había reconocido—. Cuando cabalgo por mis terrenos no espero encontrarme con intrusos ocultos detrás de cada valla —agregó con voz tranquila.

—Pensé que, aunque no le importara asesinarnos, le dolería matar a su caballo

—replicó Laura, furiosa—. ¿No le tiene cariño a los animales?

—¡De haber pensado que mi caballo podría hacerse daño no habría saltado así!

—dejó de sonreír y ella le creyó.

Se produjo una pausa tensa, y Laura comenzó a ponerse nerviosa al notar que el granjero la recorría con la mirada.

Esa tarde, ella y Patrick asistirían a una boda, después de comer, y Laura llevaba un elegante traje de chaqueta de seda color crema. Se había recogido el pelo en un moño alto.

Josh no parecía impresionado. Sin duda pensaba que su indumentaria de ciudad no encajaba en esos parajes. Laura vio que él torcía la boca antes de levantar la vista para mirarla a los ojos.

—Usted es la modelo que vino la semana pasada —comentó fingiendo sorpresa, aunque ella estaba segura de que él había reconocido su coche y por eso había hecho saltar al caballo sobre el vehículo.

—¡No soy modelo! Y no sé por qué se le ha ocurrido que lo soy —declaró.

—Creo que fue por algo que dijo Dale —se encogió de hombros —. Me parece que dijo que todas eran modelos.

—Las chicas que estaban conmigo lo son, pero yo no.

—¿No? —preguntó con sorna—. Pues no entiendo por qué.

Laura comprendió que él no lo había dicho como un halago. De hecho, había mostrado su desprecio hacia las modelos cuando estuvieron allí. Josh Kern volvió a recorrerla con la mirada y Laura se sintió aún más incómoda.

—Muy elegante —murmuró, y ella sintió que Patrick se ponía tenso.

Josh Kern aún no había dado muestras de haberse fijado en Patrick, a pesar de que dirigía la vista hacia él. Laura pensó que sin duda la consideraba como un enemigo más fácil de vencer, y eso la

hizo ponerse furiosa.

—Entonces, ¿qué hace si no es modelo?

—Me dedico a las relaciones públicas —le informó, y él levantó las cejas, al parecer intrigado.

—A menudo me he preguntado qué significa eso; ¿es usted algo así como periodista?

—No —repuso tranquila, decidiendo tomar en serio la pregunta aunque sabía que se estaba burlando de ella—. Mi empresa sirve de intermediaria entre el cliente y el público o los medios de comunicación. Trato con la prensa, la televisión, la radio, en favor de la compañía, o les proporciono la publicidad cuando lanzan un producto nuevo al mercado. Les allano el camino, les facilito la vida, y les proporciono los medios para atraer a compradores extranjeros.

—Comprendo —murmuró, y torció la boca con cinismo—. ¿Por eso tenía el coche lleno de modelos? ¿El otro día iban todas a atraer a los compradores extranjeros? Espero que hayan tenido éxito.

Laura se quedó paralizada ante el insulto y Patrick perdió la serenidad.

—Mire, señor Kern, ¡basta! —estalló Patrick—. Es usted muy grosero…

Josh Kern volvió la cabeza y se lo quedó mirando con una arrogancia indiferente.

—¿Y quién diablos es usted? —observó la apariencia de Patrick con una mirada breve y notó que vestía con la misma elegancia que Laura: traje gris perla, muy bien confeccionado, camisa blanca y corbata de seda de color gris. Los zapatos brillaban como espejos.

—¡Soy Patrick Ogilvie, el novio de Laura! ¡Y su tono de voz no me agrada!

—¿Se va a casar con él? —preguntó Josh Kern mirando a Laura.

—Sí —profirió la joven, muy tensa, mientras esperaba las siguientes palabras que diría el hombre.

Él se limitó a reír y eso la hizo arder de furia. Josh volvió a recorrer a Patrick con la mirada; sus cejas negras mostraron desdén y diversión.

—¡El sí debe de ser modelo!

Patrick enrojeció.

—¡Soy dibujante! —exclamó, furioso. Laura se dijo que sí Patrick creyó que ella había exagerado al describir a Josh Kern, después de eso él sabría que todo era cierto.

Ese hombre estaba haciendo honor a todo lo que ella había dicho de él.

—¿Dibujante? ¿No un modelo? —las cejas negras volvieron a alzarse en señal de incredulidad—. Me sorprende. Pero apuesto a que trabaja para revistas de moda o realiza el trabajo artístico para alguna empresa publicitaria.

—Soy independiente y hago lo que me piden, señor Kern —dijo Patrick muy digno, sin querer disculparse por su trabajo. Laura, muy orgullosa, se acercó para cogerlo del brazo y apoyarse en su cuerpo. Patrick la miró y su rostro volvió a mostrarse cortés.

—Siento que no le agrade la idea de que vivamos en esa casa, señor Kern.

Comprendo que las circunstancias son difíciles para usted, pero sea justo, no tenemos la culpa de que la dueña no quiera vendérsela a usted.

El rostro de Josh Kern se endureció y ensombreció, pero no dijo nada cuando Patrick calló.

—Usted sabe que alguien comprará la casa —continuó Patrick después de un momento—. Lo harán tarde o temprano. Más le vale aceptar la idea.

—¡De ninguna manera! —exclamó Josh Kern—. No puedo impedir que compren la casa… —sus ojos entornados, de expresión amenazadora, miraron a Patrick y luego a Laura—. Pero, créanme, ¡no les agradará vivir aquí!

Laura inclinó la cabeza hacia atrás con un gesto de desafío en su mirada.

—¡Tendrá problemas con la policía si sigue amenazándonos, señor Kern!

—¿Amenazándolos? No he hecho tal cosa —mintió—. Les hacía una advertencia respecto al inconveniente que sufrirían si decido instalar vallas.

—¿Vallas? —repitió Laura sin comprender.

—Vallas para el ganado —respondió con calma—. Mis vacas son muy valiosas y no quiero que se me escapen, de modo que voy a cerrar con una verja el acceso a nuestro camino privado y voy a vallar mis tierras para contener al ganado. Debí haberlo hecho antes, pero estamos tan alejados del camino que no lo consideré necesario. Ahora pienso que tendré que hacerlo sin la menor dilación.

—Eso no será un inconveniente para nosotros —le informó Laura—. No habrá el menor problema si usted nos permite el libre acceso por esa verja. Será muy molesto para los dos si insiste en que deba presentar una denuncia, y créame que de ser necesario lo haré.

Josh no discutió sus palabras; se limitó a murmurar.

—Por cierto, se necesitarán dos semanas para realizar el trabajo en el sendero.

Siento que eso les cause inconvenientes.

—¿Qué? —Laura rió con desdén—. ¿Una verja y unas vallas para ganado? No creo que sea molesto, a menos que piense hacerlo con mucha calma para complicarnos la vida.

—Bueno, usted conoce a los trabajadores del campo, nunca tienen prisa. Es sorprendente lo que pueden tardar en hacer un trabajo pequeño. Además, la tierra tiene bastantes piedras, así que quizá tengan que usar taladros. Eso será muy molesto para ustedes, sobre todo, porque comienzan a trabajar muy temprano cada mañana.

A lo mejor a la salida del sol.

—Entonces, no necesitaré un despertador, ¿verdad? —replicó Laura, con el rostro encendido por el enfado.

—Temo que el camino estará cubierto de barro si llueve; las vacas pasarán por este camino por las mañanas y las noches, desde el campo hasta el cobertizo donde las ordeñan, dos veces cada día. Es muy molesto.

—¡Sin duda habrá terminado el trabajo antes de que nos mudemos a la casa!

—¿Cuándo lo harán? —preguntó Josh en un susurro, pero Laura no le contestó.

Era evidente que él planeaba que sus trabajadores comenzaran a excavar durante la semana en que ella le dijera que se mudarían.

Lo mejor sería evitar en lo posible el contacto con aquel hombre. Su sola visión le causaba escalofríos.

Capítulo 3

A Patrick le encantó la casa, tal como Laura había imaginado. Era justo lo que estaban buscando y podían pagar el precio que pedían por ella. De todos modos, él planteó sus dudas acerca de la conveniencia de comprarla.

—Josh Kern será un vecino muy desagradable, Laura. Queremos comprar una casa en el campo porque deseamos una vida tranquila, ¿no?

—Claro —repuso Laura, aunque dándose cuenta en el fondo de que estaba empezando a perder de vista la razón inicial que la había impulsado a desear esa casa. Miró con obstinación a Patrick —. Pero no permitiré que ese patán nos intimide hasta el punto de ahuyentarnos.

—Bueno, yo tampoco cedo ante las amenazas, Laura; lo sabes muy bien. ¿Es que piensas que no me molestó la forma en que te habló? Me enfurecí.

—También a mí me molestó cuando se mostró ofensivo contigo —sus ojos verdes brillaban como si estuvieran febriles y Patrick la miró sorprendido.

—Laura, realmente te puso de mal humor, ¿verdad? ¡Nunca te había visto así!

—¡No permitiré que él me haga desistir, Patrick! —exclamó Laura, que en efecto nunca se había sentido así.

—Pero, Laura… ¿realmente crees que esta casa merece tantos disgustos?

—¡Sí! —declaró con terquedad. Su mente giraba en una confusión de emociones contradictorias que ella no comprendía, pero estaba segura de una cosa: Josh Kern la había retado a esa lucha y su dignidad personal no le permitía ceder.

Patrick la quería y no le negaría nada que ella deseara, pero a él le gustaba vivir en armonía con lo que le rodeaba, de modo que fue difícil convencerlo. Cuando él comprendió que ella no cambiaría de opinión, finalmente cedió.

—Espero que no estemos cometiendo un grave error — murmuró, intranquilo.

—No te preocupes —respondió Laura—. Creo que las amenazas de Josh Kern son sólo fanfarronerías. Al principio quizá trate de ser muy molesto, pero si no le hacemos caso, pronto se aburrirá de su actitud.

—¡Siempre y cuando no haga pasearse a las vacas frente a la

casa! —comentó Patrick—. ¿Puedes imaginar cómo quedará el camino después de unos días? Sobre todo si sus trabajadores cavan agujeros por doquier.

—Pobre Patrick, ¿te resultaría muy molesto? —preguntó Laura, riendo—.

Bueno, podemos comprar un perro grande para que ladre y ahuyente a las vacas.

—¡Odio a los perros, sobre todo a los grandes! —exclamó, y Laura rió con más ganas.

A diferencia de Patrick, el señor Dale se mostró encantado ante la decisión de Laura.

—Presentí que la comprarían, casi siempre intuyo cuando alguien muestra un interés real por una propiedad. ¡Han adquirido una ganga! No hay mucho que arreglar en la casa, sólo en el tejado, ya que algunas tejas se cayeron durante la tormenta que hubo en la primavera pasada, porque la casa es muy vieja.

Seguramente habrán notado que la lluvia se filtró en el piso de arriba, pero no es nada serio. Ni siquiera hay que decorarla de nuevo. Realmente, van a adquirir una verdadera ganga.

—¿Qué nos dice de ese granjero? —preguntó Patrick, y el señor Dale rió contento.

—Bah, las amenazas de Josh no se corresponden con sus acciones —repitió lo que le había dicho Laura, pero no logró convencer a Patrick.

Cuando le contaron los planes de Josh Kern con respecto a las vacas y plantearon la posibilidad de comprar un perro, el señor Dale les sonrió.

—Es buena idea; las vacas siempre huirán de un perro que ladra, pero cuídense de que Josh no lo mate a tiros. Si el perro persigue a su ganado, tendrá el derecho a hacerlo.

—¿Lo haría? —preguntó Laura, conmocionada, pero al ver la mirada del señor Dale, se encogió—. Sí lo haría —aceptó despacio —. No tendremos perro.

Patrick pareció tranquilizado.

El lunes siguiente, Laura puso en contacto con su abogado para que la representara en el asunto de la compra, y luego, suspirando de alivio porque ya podía olvidarse de Josh Kern, volcó su atención en el trabajo.

La empresa tenía bastantes clientes locales, pero el más importante era Eyre York, una compañía textil con oficinas en York y una gran fábrica al norte de Yorkshire. Al gerente y accionista mayoritario, Ian Eyre, le gustaba organizar eventos muy llamativos

para atraer a clientes del extranjero. La empresa de Laura se los organizaba, y en el transcurso de los dos últimos años, habían ofrecido desfiles de moda en casas señoriales, un crucero a lo largo de la costa este de Yorkshire, desde Scarborough hasta Whitby, e incluso un espectáculo para la víspera de todos los santos en la Abadía Whitby, cerca del pueblo costero donde se suponía que había desembarcado Drácula a su llegada a Inglaterra. Laura había contratado a un actor para que hiciera el papel de Drácula. Vestido con traje de etiqueta y una capa negra forrada de rojo, deambuló entre las modelos que lucían las prendas de los grandes diseñadores. La velada fue un gran éxito y con ello se lograron muchos nuevos pedidos.

—Queremos algo tan diferente como aquello, Laura —le había dicho Ian durante una comida la semana anterior, y ese lunes la llamó para saber si se le había ocurrido alguna buena idea.

—Pensé que quizá… una feria —sugirió Laura prudentemente—. Con un tiovivo, coches de choque, el tren de la bruja… es decir, las atracciones usuales en una feria…

—¿Una feria? —la voz de Ian mostró desagrado—. No parece ser la imagen que tratamos de promover, Laura.

Laura no se preocupó por el rechazo a su primera sugerencia. Tenía otras en mente.

—Bueno, si deseas una imagen clásica… ¿qué me dices de una feria medieval?

Los mercaderes de lana solían llevar sus productos para venderlos, nosotros tendríamos gente con disfraces atendiendo los puestos y los juegos: columpios, concursos de fuerza; incluso podríamos disfrazar a alguien de oso para que baile atado a una cadena…

—Una feria medieval —pensó en voz alta Ian, al parecer interesado—. Me gusta la idea. Prepárame un proyecto. Comeremos juntos otra vez para hablar de eso

¿Cuándo podrías tenerlo listo?

—¿La semana próxima?

—Estaré en Japón. Regresaré el… espera un minuto, que mire mi agenda… sí, el primero del mes próximo. ¿Te parece bien que comamos juntos el miércoles siguiente?

—¿El día cuatro? —preguntó después de consultar su agenda también—. De acuerdo. Mientras tanto, le pediré a Patrick que dibuje algunas ideas y las tendré preparadas con el proyecto. Que disfrutes tu estancia en Japón y que hagas muchas ventas.

La semana fue muy agitada para Laura. Tema varios proyectos

pendientes y el llevarlos adelante simultáneamente la obligaban a pasarse el día corriendo de un sitio a otro; así que todas las noches, cuando regresaba a su casa, estaba agotada y no tema fuerzas para ver a Patrick. El día que él le llevó una carpeta con bocetos de ferias medievales a la oficina, ella no estaba allí y tuvo que llamarlo para decirle que le habían gustado mucho.

—¡Son estupendos; justo lo que quería! —comentó entusiasmada, con los bocetos extendidos sobre su escritorio y mirando con atención las imágenes que sugerían: puestos coloridos y alegres rodeados de gente vestida a la usanza medieval, mercaderes mostrando su ropa a hombres ricamente ataviados, campesinos con hijos comprando pan en un puesto o atentos a los malabaristas, a los hombres que tragaban fuego o que caminaban sobre zancos, e incluso a un oso danzante atado a una cadena.

—Será fácil conseguir a los artistas de circo, aunque a tu cliente le costará una fortuna —comentó Patrick.

—Eso no le importará, le encantará —respondió—. Estoy segura de que Ian aceptará el tema de la feria medieval en cuanto vea tus dibujos. Es algo pintoresco y diferente, y permitirá a sus clientes pasar un día al aire libre. Patrick, eres maravilloso.

—También tú lo eres —dijo él, riendo—. La idea fue tuya; yo sólo he hecho lo que me pediste. ¿Comemos juntos hoy?

—Lo siento, cariño —respondió, distraída—. Tengo que comer con un cliente.

—¿Cenamos?

—Tengo un compromiso, Patrick, con ese tipo calvo de Hospers —suspiró—.

Levaremos a cenar a un grupo de compradores extranjeros. Lo siento, pero por el momento no tengo tiempo para mi vida privada —explicó, mirando el reloj—. Pero todo esto habrá terminado para finales de la semana próxima; al menos, eso espero.

—¡Necesito hablar contigo ahora, no la semana próxima!

Laura notó la irritación en la voz masculina y frunció la frente, sorprendida.

Patrick nunca se irritaba.

—¿Pasa algo malo?

—No exactamente —repuso, un poco menos impaciente—. Sucede que… me pidieron que ilustrara una serie de libros infantiles, cuentos de hadas y leyendas internacionales, escritos por Rae Dunhill.

—¿Rae Dunhill? —Laura repitió el nombre de la autora, a la que conocía, aunque nunca había leído ninguno de sus libros, todos

ellos para niños—. Eso es halagador para ti, Patrick. Se supone que ella es una escritora muy buena.

—He leído algunos cuentos y es mejor que eso —declaró con mucho sentimiento—. Es sorprendente. Y parece que sus libros se venden muy bien. Sin la menor duda, puedo decir que la considero como la mejor autora de cuentos infantiles… y Laura, ella ha pedido que yo ilustre sus libros —la emoción fue evidente en su voz y la joven sonrió.

—Entonces, ¡tiene buen gusto! Quizá sea la mejor escritora de cuentos infantiles, pero definitivamente, tú eres el mejor ilustrador que existe en la actualidad.

La risa de Patrick dejó traslucir un punto de tristeza.

—Gracias, pero tu opinión no es demasiado objetiva. Sin embargo, no era eso lo que quería decirte, sino algo muy diferente. Verás… Laura, ellos… es decir, Rae Dunhill y el editor, de cualquier manera… requieren que yo viaje al extranjero…

—¿Al extranjero? —lo interrumpió, sorprendida.

—Sí, a los lugares que ella describe en su obra, para que yo capte el ambiente correcto para mis ilustraciones. Algunos de sus relatos transcurren en la Edad Media, otros tienen una ambientación celta o vikinga. Para reflejar todo eso de forma adecuada tendré que ir a las galerías de arte, observar las pinturas de la época y ver la ropa que exhiben los museos… —dejó de hablar antes de continuar—. Eso significaría que estaría ausente varias semanas.

—¿Por qué no puedes consultar libros? Es lo que haces normalmente.

—Ése es justamente el problema. Rae dice que todos usan los mismo libros y toman las ideas de los mismos dibujantes y pinturas… ya no existe la frescura. El trabajo artístico en la nueva serie será tan importante como el texto, y ella desea algo nuevo y diferente… —rió, un poco nervioso—. ¡Bueno, quiere algo muy especial!

—Un viaje como ése costará mucho dinero, ¿te lo pagará el editor?

—¡Más los gastos! —exclamó, antes de hablar con más cautela —. Piensa en ello, Laura: Italia, Francia, Alemania, Holanda, Dinamarca. Pasaré por lo menos una semana en cada país. Tú sabes que ya he estado en Italia tres o cuatro veces, también en Holanda y en Francia, pero nunca he visitado Alemania ni Dinamarca. Además, hace siglos que no voy al extranjero. ¿No es maravilloso?

—¡Con razón estás tan emocionado! ¡Será el viaje de tu vida! —

de reojo, Laura vio que su secretaria consultaba su reloj y se mordía el labio—. Patrick, lo siento, pero tengo que irme. Voy a comer con un cliente… Cariño, me alegro mucho por ti y estoy impaciente por conocer los detalles de tu viaje. ¿Podrás cenar conmigo el próximo viernes?

—Está bien, querida —suspiró—. ¿Quieres que te haga la compra para el fin de semana? No es molestia, porque de todas formas tengo que hacerla para mí. Te llevaré todo a tu apartamento y lo guardaré. Y de paso puedo hacer un poco de arreglo; con tanto trabajo imagino que esta semana no habrás tenido tiempo para ocuparte de tu casa.

—¡Eres un ángel, Patrick! —de hecho, el apartamento de Laura estaba casi inmaculado; durante la semana sólo había ido a casa para dormir. Pero era típico de Patrick ser tan considerado y ella le envió un beso a través del teléfono—. Te quiero.

Para cuando Ian Eyre regresó de Japón, la vida de Laura se había calmado bastante; tuvo tiempo de reunirse con Patrick y compartir con él los preparativos del viaje. Al conocer los planes de su novio, no pudo evitar expresar cierta envidia.

—¡Ojalá pudiera ir yo también!

—Acompáñame —declaró él de inmediato y ella dudó por un instante, pero finalmente suspiró con desaliento.

—Me encantaría, pero es imposible. Por el momento tengo mucho trabajo.

—¡Podría encargarse otra persona!

—¿Quién? —lo miró—. No confío en ninguno de los empleados de la empresa para que realice mi trabajo.

—¡Nadie es indispensable, Laura! ¡Recuerda que estaré ausente durante seis o siete semanas!

—Lo sé, y te echaré de menos —murmuró, y le dio un beso—. Pero no puedo abandonar todo el trabajo para irme de viaje contigo, Patrick. Ojalá pudiera. ¿Cuándo te vas?

—Dentro de dos semanas.

Patrick parecía molesto y ella le rodeó el cuello con los brazos, con expresión cariñosa en la mirada.

—No pongas esa cara de pena —dijo, mirándolo a los ojos. Parecía un chiquillo enfadado.

—¿No podrás disponer de un poco de tiempo libre, más o menos dentro de un mes?

—Quizá tomarme un fin de semana cuando estés en París y otro cuando te encuentres en Holanda. Podría volar en viernes para regresar la tarde del domingo siguiente.

—Entonces, ¿lo harás? —la miró a los ojos.

Ella asintió y Patrick volvió a sonreír. Laura se echó a reír.

—Menudo sinvergüenza. Ya te sientes mejor, ¿no?, ahora que te has salido con la tuya.

—Me siento perdido cuando no estás conmigo, Laura; te necesito —dijo con voz de niño, por lo que ella se enterneció y lo abrazó.

—Siempre estaré contigo, Patrick —dijo, pero sus propias palabras le produjeron cierta inquietud. Ella quería mucho a Patrick, pero en el fondo sabía que no lo necesitaba tanto como él a ella.

Cuando Laura se reunió con Ian Eyre para comer, él se mostró entusiasmado respecto al tema de la feria medieval. Se llevó consigo los bocetos de Patrick y los planes de ella en cuanto a cómo se usarían para exponer las telas de Eyre York.

—Ya he hablado acerca de esta idea con el jefe de mis diseñadores y él me ha presentado algunos diseños maravillosos de ropa con ligeros toques medievales. Está deseoso de hacerlo, porque le proporciona algo nuevo e interesante con que trabajar.

—Muy bien, Laura. Ahora tengo que enseñar estos bocetos a los directivos y te daré le visto bueno tan pronto como hayan aceptado el proyecto. Entonces podrás seguir adelante con los detalles finales para la feria. ¿Podrías conseguir gente que trabaje en ferias? —señaló los dibujos—. Malabaristas, acróbatas…

—Sí, por supuesto —asintió. Patrick también la había ayudado con eso porque en una ocasión había trabajado en una feria ambulante haciendo los dibujos para un libro. Esa semana, Patrick se había puesto en contacto con el director, que había aceptado cooperar, aunque había fijado un precio que a Laura le parecía exorbitante.

—Eso nos lleva a la gran pregunta, el precio —dijo Ian, como si le hubiera adivinado el pensamiento—. ¿Cuánto, Laura? ¿Cuánto nos costará eso?

Ella le dio la cifra que Patrick le había dicho.

—Es una broma, ¿no? —preguntó él después de silbar.

Ella lo negó con un movimiento de cabeza y le tendió una carpeta que contenía el presupuesto.

—Como te darás cuenta, lo que eleva el precio global es el presupuesto que nos exige la gente de la feria, Ian. Recuerda que no sacarán ganancia con sus juegos, puesto que tus clientes no pagarán nada.

—Es un robo a mano armada —comentó Ian—. ¿Has pedido algún otro presupuesto?

—No, pero puedo hacerlo, si insistes —lo miró con ironía—. Desde luego, eso retrasará las cosas.

—Ya —murmuró—. Comprendo. Bien, de todos modos presentaré tu plan ante los directivos y te informaré de su decisión.

El día de la partida de Patrick, Ian la llamó por teléfono para decirle que los directivos habían aceptado el plan.

—Se sorprendieron al enterarse del precio, pero al final, estos acontecimientos generalmente redundan en ganancias. De cualquier manera, trata de reducir los gastos lo más posible, Laura. Continúa con los arreglos finales y yo me encargaré de que nuestros diseños estén listos para el gran día. Llámame pronto.

Laura le dio la buena noticia a Patrick cuando lo acompañó al aeropuerto Heathrow, donde iniciaría la primera etapa de su viaje, y le prometió que lo vería en París el siguiente fin de semana.

—Estoy convencida de que fueron tus bocetos los que convencieron a los directivos. Estarás aquí para la feria, ¿verdad? Será muy divertida.

—Espero que sí —contestó, indeciso—. Todo depende de Rae Dunhill. Si le presento el trabajo que ella desea, volveré pronto, pero si no queda satisfecha, es posible que tenga que repetir los bocetos.

En ese momento anunciaron el vuelo de Patrick a Copenhague y tuvo que irse, pero antes le dio un beso fugaz a Laura.

—¡Te veré en París! —le gritó él.

La siguiente semana fue muy agitada para Laura, pero el jueves tuvo menos trabajo y decidió tomarse la tarde libre para ir a visitar la casa.

El señor Dale le entregó la llave, y una hora después ella estaba subida a una escalera, midiendo las ventanas de una de las alcobas para las cortinas que Patrick confeccionaría. En ese momento, oyó un ruido que venía de la planta baja.

Laura se quedó paralizada y aguzó el oído. ¿Había imaginado un leve crujido como si alguien se moviera con sigilo en una de las habitaciones? Era fácil imaginar cosas en una casa vacía, sobre todo cuando se estaba sola.

Poco después comprendió que no había sido su imaginación. Alguien subía por la escalera. Las pisadas eran pesadas y fuertes. Horrorizada, Laura se preguntó cómo habría entrado ese intruso. Estaba segura de haber cerrado la puerta.

Bajó de la escalera de mano con sumo cuidado y buscó algo que le sirviera como arma. Se colocó detrás de la puerta, con una silla levantada por encima de la cabeza, dispuesta a golpear a quien

entrara en esa habitación, en caso de que le pareciera peligroso. Desde donde estaba podría ver al intruso en el espejo del tocador, en cuanto entrara.

Oyó pasos en el descansillo. Las tablas del suelo eran viejas y rechinaban con cada pisada.

Laura se concentró en cada sonido, por leve que fuera, para imaginar lo que hacía el intruso. Oyó que abría y cerraba muy rápido las puertas; eso le hizo pensar que no estaba registrando las habitaciones, sino que sólo se limitaba a mirar dentro antes de volver a cerrar la puerta. ¿Qué buscaba? ¿Objetos valiosos?

¿O la buscaba a ella? La boca se le resecó. ¿Alguien la había visto llegar y sabía que estaba sola?

Las pisadas se acercaron a la puerta detrás de la cual ella se encontraba. Laura contuvo la respiración, se mantuvo quieta y a la expectativa. El picaporte se movió y la puerta comenzó a abrirse. Laura agarró la silla con más fuerza, sin alejar la vista del espejo y con el cuerpo tenso.

Vio el reflejo de la figura de un hombre. Se trataba de un tipo fuerte, de hombros amplios y pecho musculoso. Llevaba una camisa a cuadros verdes y blancos, abierta en el cuello, arremangada hasta el codo de tal manera que sus antebrazos fuertes y bronceados quedaban al descubierto; llevaba el pantalón de pana verde sujeto con un cinturón amplio de cuero negro.

Observó todo eso con una ojeada rápida antes de mirar su cara, lista para pegarle con la silla en la cabeza cuando él diera el último paso para entrar en la habitación.

Pero no lo hizo porque reconoció el rostro y comprendió que también él la estaba observando en el espejo.

—¿Qué diablos hace parada ahí con esa silla? —preguntó Josh Kern y Laura, temblando, la bajó al mismo tiempo que se ruborizaba, sintiéndose ridícula.

—¡Pensé que era un ladrón!

—Me alegro de que haya esperado antes de darme con eso en la cabeza —alzó las cejas—. Seguramente me habría causado una fuerte jaqueca.

Laura estaba tan nerviosa que perdió el equilibrio y cayó sobre la puerta, soltando la silla que acababa de bajar.

Josh Kern actuó con rapidez. Antes de que ella cayera al suelo, le ciñó la cintura con las dos manos.

Laura contuvo el aliento al sentir el contacto y su rostro se encendió. Al estar tan cerca de él se percató de lo alto y fuerte que era ese hombre comparado con ella; nunca antes se había sentido

tan pequeña ni débil. En ese momento se sintió desvalida y muy vulnerable, sobre todo cuando recordó que estaba a solas con él en la casa.

—Debería tener más cuidado al venir a trabajar sola —murmuró Josh Kern mientras deslizaba una mano por la cintura femenina. Ella pensó que era como si una serpiente se enroscara alrededor de su presa y se estremeció.

Laura trató de dar un paso atrás, para alejarse, pero el brazo del hombre parecía de hierro. No pudo soltarse.

—Estoy bien, suéltame —murmuró, temblorosa.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó él, sin hacer caso a sus palabras.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza y su melena despeinada rozó la manga de la camisa del hombre.

—¿Está segura? Me pareció que se había golpeado con la puerta… ¿No se habrá hecho alguna herida? —deslizó una mano exploradora por el costado femenino y rozó el promontorio de un seno, la cintura, la cadera, el muslo, y Laura sintió que todo su cuerpo se acaloraba con el contacto.

—¡Señor Kern, déjeme! —murmuró después de tomar aire—. ¿Después de todo tendré que golpearlo?

Él se echó a reír, pero la soltó y Laura se alejó rápidamente.

—¿Cómo ha entrado, señor Kern? —lo atacó—. Cerré la puerta después de entrar; estoy segura de que lo hice. ¿O es que tiene una llave? No debería tenerla.

Usted no es el dueño de la casa y no tiene derecho de entrar y salir a su libre albedrío.

Él metió las manos dentro de los bolsillos de su gastado pantalón y se encogió de hombros.

—La puerta principal estaba abierta. Hay mucho viento y el pasador está muy gastado. Debería echarle llave a la puerta y no limitarse a cerrarla. Más le conviene recordarlo en el futuro.

Habló amablemente, pero Laura no aceptó esa explicación; estaba segura de que el pasador había quedado cerrado, porque de lo contrario, habría oído el ruido del viento al abrir la puerta.

Se le ocurrió otra explicación.

—¿Tenía una llave su padre? ¿Es eso? Supongo que usted la encontró después de su muerte y ha podido entrar y salir a su antojo.

La expresión del hombre cambió. Las facciones se endurecieron y sus ojos grises echaron chispas. Alarmada, ella dio un paso atrás.

—No vuelva a… hablar de mi padre ni de su vida privada

conmigo ni con nadie —mascullo entre dientes.

Su reacción sorprendió a Laura y le dio una idea de cómo era aquel hombre. Su padre estaba muerto, pero era evidente que el pasado no había muerto con él, al menos no para su hijo. Josh seguía amargado respecto a la relación que su progenitor sostuvo con la mujer que vivió en esa casa.

Laura habló con voz conciliadora.

Siento haberte molestado, pero mi pregunta era lógica, y de cualquier manera usted debió llamar o gritar, aunque la puerta estuviera abierta. Además, supongo que se dio cuenta de que yo estaba aquí porque mi coche se encuentra afuera.

El aspecto ceñudo de Josh desapareció y guardó silencio un momento.

—La vi llegar —aceptó, mirándola a través de las pestañas oscuras—. Estaba trabajando en los muros de piedra —caminó lentamente hacia la ventana para señalar—. Allí.

Ella se acercó a él y siguió la mirada de Josh. Al otro lado del prado vio una carretilla llena de piedras sin tallar y algunas herramientas encima de ellas.

—El trabajo da sed y después de comer se me ha acabado el té que llevaba en un termo —explicó Josh Kern—. Así que cuando la vi llegar en su coche, decidí descansar un rato, venir y ver si usted sería tan buena vecina como para darme una taza de té.

Aquello parecía una proposición de paz y Laura no tuvo más remedio que aceptarla, aunque lo hizo a regañadientes porque algo en ese hombre la hacía dudar de él.

—Por supuesto —respondió—. Vamos a la planta baja. Prepararé un poco de té.

—Gracias —dijo él, pero no se movió—. El ambiente es sofocante aquí, ¿no?

Seguramente no querrá que la casa se vuelva húmeda. Acepte mi consejo, abra todas

las ventanas para que circule el aire fresco —abrió la ventana de la habitación y el aire fresco de abril agitó la melena de la joven—. Lo siento —dijo Josh Kern, apartando unos mechones del rostro femenino.

Sucedió otra vez: el contacto de sus dedos aceleró los latidos del corazón de Laura y le fue difícil respirar.

Ella se horrorizó tanto por su reacción que se volvió deprisa para alejarse, pero él se volvió al mismo tiempo. Poco faltó para que se chocaran, pero pudo detenerse con el rostro a pocos centímetros de la camisa de Josh. Él no llevaba corbata y tema el cuello de la

camisa abierto; además, dos botones se encontraban desabrochados, así que la piel curtida y el vello quedaban al descubierto.

El pulso de Laura se aceleró. Tuvo el extraño deseo de inclinarse hacia delante, para colocar la boca sobre la piel morena y respirar el aroma que despedía. Fijó la vista en el cuello de él, observó los fuertes hombros masculinos y el cuerpo comenzó a arderle.

«¿Qué me pasa?», se preguntó, sobresaltada. «Debo de estar enferma. ¿O tal vez es el miedo que he pasado lo que me hace comportarme de esta forma tan rara?»

Pero no se atrevió a aceptar lo que deseaba hacer. Sólo sabía que nunca en su vida había sentido algo parecido a ese torbellino sensual.

—No tiene por qué sobresaltarse así, conmigo no corre ningún peligro, señorita Grainger —murmuró Josh, observando la agitación de su rostro.

Ella se atrevió a mirar hacia arriba y sus ojos brillaron de manera inquieta al encontrarse con los de él. Tenía que dominarse, no debía permitir que él imaginara que… Se mordió el labio, horrorizada al pensar en lo que no deseaba que Josh Kern imaginara.

—Pero yo bien podría correr peligro frente a usted —murmuró él. Laura notó la diversión en su voz y se estremeció.

No se atrevió a preguntarle qué había querido decir, pero él se lo explicó.

—No dejo de sentir el deseo desconcertante de besarla y eso no sería una buena idea, ¿verdad?

—No lo sería —contestó, un tanto alterada.

—Usted está comprometida con otro —aceptó, pero ella notó que él le observaba la boca y se acongojó al darse cuenta de que sus labios temblaban al tomar conciencia de esa mirada.

Un segundo después, Josh Kern se inclinó y le cubrió la boca con un beso duro y breve. La caricia terminó antes de que ella tuviera tiempo de pensar o de reaccionar.

—Lo siento si la he molestado, pero a veces es más peligroso no ceder a un impulso —le dijo con tono seco—. Uno termina obsesionado por lo que trató de ignorar.

Laura no pudo pronunciar ni una palabra. Estaba demasiado ocupada en luchar con un impulso que crecía en su interior. Se moría por tocarse la boca para delinear la huella que habían dejado los labios masculinos. Pero lo más perturbador de todo fue comprender que deseaba que él volviera a besarla.

Capítulo 4

Durante los siguientes días Laura no dejó de recordar aquel momento; no podía olvidarlo ni comprender lo ocurrido. Josh Kern ni siquiera le agradaba. Era el tipo de hombre que le molestaba, con quien sus amigas parecían casarse para pasarse el resto de sus vidas quejándose al respecto. Pudo imaginar la clase de vida que él llevaba.

Alguna mujer lo atendería, le cocinaría, limpiaría la casa, lavaría, y plancharía su ropa. Seguramente lo hacía su madre, que, según el señor Dale, era la mejor cocinera de Yorkshire. Enemistada con su marido, que tenía a otra mujer al otro lado de los campos, la señora Kern debió de darle todo su cariño y atención a su único hijo. Josh Kern tenía la seguridad arrogante de alguien a quien habían mimado desde pequeño.

Laura odiaba a los hombres como él. Entonces, ¿por qué él le causaba ese efecto? Por más que insistía en hacerse la misma pregunta no daba con la respuesta, al menos no con la que quería creer.

El fin de semana siguiente viajó a París y pasó dos días muy agradables en compañía de Patrick. El hotel en el que éste estaba alojado no era demasiado elegante; se trataba de un lugar pequeño y cómodo, situado en la Ribera Izquierda, no lejos de San Sulpicio.

Visitaron la ciudad a pie porque era más fácil y más barato que tomar taxis, además de que significaba un placer caminar con el tiempo primaveral. A veces Patrick dibujaba mientras ella se sentaba en una terraza, a beber una taza de café o una copa de vino, y observaba el acontecer de la vida parisina.

Fue un fin de semana muy relajante; les pareció que el tiempo transcurría con lentitud porque ella logró olvidar las prisas y preocupaciones de la semana y se dejó llevar por el ritmo de la ciudad.

Sin embargo, el domingo por la noche, cuando tomó el avión para regresar a casa, sintió que el tiempo había volado desde que aterrizó en el aeropuerto Charles de Gaulle.

—Te veré en Amsterdam —dijo Patrick al besarla antes de que ella se dirigiera a la sala de embarque—. ¿Estás segura de que no podrás ir a Roma la semana que viene?

—Ojalá pudiera —suspiró con tristeza—. Pero tengo una cita con el señor Hudson en la casa…

—¿Con quién? —preguntó Patrick, intrigado.

—El constructor —le recordó y Patrick se tranquilizó.

—Ah, sí, el hombre que nos recomendó el señor Dale. No me dijiste que habías hablado con él.

—¿No te lo dije? Lo llamé por teléfono y él hará una inspección para darnos el presupuesto de las obras que necesitan hacerse.

—Deberías pedir varios presupuestos, Laura. Llama a otros constructores antes de contratar al señor Hudson.

—Por supuesto —asintió—. Eso pensaba hacer, pero parece que Hudson siempre se encargó del mantenimiento de la casa y debes aceptar que hizo bien las reformas.

—Está bien, pero sólo si su presupuesto es razonable. Decide tú, Laura. Te veré en Amsterdam dentro de tres semanas.

Patrick se quedaría más tiempo en Italia que en Francia. A Laura le apetecía mucho ir allí también, pero su trabajo no se lo permitiría.

Tenía el tiempo justo para preparar el proyecto para la feria medieval. Ian Eyre había fijado una fecha a mediados del verano y Laura debía encontrar el sitio adecuado. Tenía que ser en algún lugar cerca de la fábrica y del aeropuerto local, con buenas vías de comunicación y bastante espacio para toda la feria. El control de la entrada debía ser riguroso, porque de lo contrario se llenaría de intrusos que podrían estropear el día, y la zona tenía que ser atractiva para impresionar a los compradores extranjeros.

Laura había hecho una larga lista de posibles emplazamientos, pero por desgracia tuvo que irlos tachando uno a uno, ya que algunos no estaban disponibles y otros no le parecían adecuados.

El que Ian la llamara por teléfono cada tres días para preguntar si había hallado el sitio idóneo no la ayudaba en nada.

—Te avisaré tan pronto como lo tenga —le prometió el viernes por la tarde, mientras consultaba el reloj, porque tenía una reunión con un cliente nuevo a las tres y no quería estar hablando con Ian cuando el otro hombre se presentara.

—Pues a mí se me ha ocurrido algo, Laura. ¿Qué te parece si lo hacemos en Ransoms?

—¿Ransoms? —repitió sin comprender.

—La propiedad de mi tía que queda como a dieciocho kilómetros del norte de York. Es una casona rodeada de parques. Tiene bastante lugar para la feria y podríamos instalar una gran tienda de campaña donde la gente pueda comer y beber.

—Un banquete medieval sería una buena idea —sugirió, y el entusiasmo de Ian se desbocó.

—¡Esa es una idea genial! ¿Podrías encargarte de eso también,

Laura? No sé si será un problema para ti encontrar a gente que se encargue de prepararla.

—Estoy segura de que encontraré a alguien que prepare la comida. Eso no será problema, lo difícil podría ser encontrar los disfraces y que la gente se los ponga mientras sirven o cocinan. ¡La ropa medieval tiene mangas colgantes y largas que estorban! Pero encontraré quien lo haga. En comparación, la comida es fácil: la carne asada siempre va bien con este tipo de cosas, o el venado; ¡también un ganso asado con una manzana en el pico! Los faisanes adornados con sus plumas, después de ser cocinados… platos así.

—Por lo visto te han informado muy bien. ¿O es que ya has preparado un banquete medieval con anterioridad?

—Confieso que sí, para una empresa de cosméticos, hace varios años. Fue un gran éxito con sus compradores norteamericanos.

—¡Espero que la mía también tenga mucho éxito! Entonces, ¿qué me dices?

¿Llamo a mi tía para ver si nos permite usar su propiedad?

—Ian, antes de hacer planes definitivos tendré que ver la propiedad para decidir si es adecuada para la feria; además, necesitamos espacio para el aparcamiento.

—Piensas en todo, ¿no? —comentó Ian con tono de aprobación —. Ojalá trabajaras para mí. Ninguno de los empleados que trabajan en mi empresa tiene tus habilidades para los negocios.

—Gracias, Ian —murmuró, algo avergonzada—. En mi trabajo se necesita estar muy atenta a cada detalle. ¿Crees que podría visitar la casa en algún momento de este fin de semana? De todos modos voy a estar por esa zona, porque hemos comprado una casa cerca de Castle Howard y el constructor va a revisarla el sábado.

Podré ir a la casa de tu tía después que termine de hablar con ese hombre.

—Excelente idea, estoy seguro de que le caerás bien a mi tía. Le gustan las mujeres inteligentes.

—Hoy estás de excelente humor, ¿no? —dijo Laura, riendo—. ¿A qué hora puedo ir?

—¿Te parece bien a las cuatro? Podríamos tomar el té con mi tía Flora.

—Flora; qué nombre tan bonito.

Ian le dio instrucciones para llegar a la casa y Laura las anotó.

—Espera, Ian… ¿puedes repetírmelo? Has dicho que gire a la izquierda al llegar a la granja, junto al estanque, y luego a la izquierda de nuevo…

—No, a la izquierda junto al estanque y luego a la derecha… —

Ian calló antes de continuar—. ¿Quieres que te recoja cuando vaya para allá? Pasaré por el camino de Castle Howard. No me desviaría mucho.

Laura pensó que tenía muchas posibilidades de perderse buscando la casa y se tranquilizó ante la sugerencia, pero sintió la necesidad de contestar con cortesía.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondió él—. Te llevaré allí y te traeré de vuelta a tu casa para que recojas el coche. ¿Dónde queda exactamente tu casa?

Las instrucciones para llegar a esa propiedad fueron mucho más fáciles e Ian dijo que la encontraría sin dificultad. Antes de terminar la conversación quedaron en que él pasaría a por ella a las tres y media.

Después de tener una entrevista con otro cliente y de trabajar un rato con Anne, Laura decidió marcharse a casa. Estaba agotada. En el camino se detuvo a hacer la compra para el fin de semana; era algo que tema que hacer al no encontrarse Patrick ahí. La ausencia de su novio le hacía comprender que había llegado a depender de él para la comodidad diaria. El apartamento ya no estaba tan ordenado como cuando Patrick se encargaba de él; además de hacer limpieza, tendría que comprar, cocinar, lavar y plancharse la ropa ese fin de semana.

Sin Patrick, el apartamento le pareció frío y vacío. Sacó la compra de las bolsas y la guardó; luego se puso a pensar qué cenaría esa noche. Estaba demasiado cansada para preparar una cena complicada, de modo que se hizo pescado a la plancha y una ensalada.

Más tarde pasó la aspiradora y quitó el polvo a los muebles, además de otras pequeñeces, antes de irse a la cama. Se durmió en seguida, pero se despertó sobresaltada a causa de un extraño sueño relacionado con la casa. Soñó que estaba ella sola, en la noche, pero que no dejaba de oír sonidos, pisadas sobre los tablones crujientes. Corría de habitación en habitación con el corazón desbocado por el pánico y el rostro empapado de sudor frío.

La última habitación a la cual entró fue la alcoba principal: la luz plateada de la luna la iluminaba, pero había una figura oscura junto a la ventana; era un hombre de pie entre las sombras. Él dio un paso adelante y la luz de la luna le alumbró el rostro.

Era Josh Kern y Laura comenzó a estremecerse.

Él se la quedó mirando con una expresión de sorna en su sombrío rostro. Laura no pudo moverse, sólo le sostuvo la mirada, y mientras lo hacía sintió que la boca se le quemaba. Con un

movimiento espasmódico, se llevó una mano a los labios sin que él dejara de observarla. Con lentitud ella deslizó los dedos y sintió la huella que había dejado el beso de él, como si acabara de besarla, y Josh Kern comenzó a reír.

Laura despertó, pero la risa de Josh seguía sonando en sus oídos. Atontada, encendió la luz de la lámpara junto a su cama y se sentó, estremeciéndose. ¿Por qué soñaba con él?

Temblorosa, se deslizó fuera de la cama; le fue difícil caminar y en el espejo vislumbró su rostro arrebolado y sus ojos febriles. De inmediato desvió la mirada y fue a prepararse un poco de chocolate caliente.

Regresó a su dormitorio y permaneció un rato sentada en la cama, bebiendo el chocolate, leyendo un libro para olvidar lo que había soñado, antes de volver a acostarse y conciliar el sueño.

Supuso que se debía a que había trabajado demasiado. Ninguna otra cosa explicaría su estado. ¡El último hombre en el mundo con quien desearía soñar sería Josh Kern!

Al día siguiente llegó a la casa. El constructor la estaba esperando, paseando por el jardín. Pero no estaba solo; Josh Kern lo acompañaba, y al verlo, vestido con un pantalón vaquero y un jersey blanco de cuello vuelto, el corazón de Laura comenzó a latir aceleradamente.

—Buenas tardes, señorita Grainger —dijo el constructor, animado y sonriente

—. Hemos tenido suerte con el día; como puede ver no hay viento, ni llueve, así que Josh me ha hecho el favor de sujetarme la escalera para que yo subiera a revisar el tejado. Me he puesto a la labor antes de que usted llegara, para ahorrarle tiempo y ahorrármelo a mí. La buena noticia es que sólo se necesitarán pocos días de trabajo ahí arriba. No tiene nada realmente grave.

—Eso me tranquiliza, señor Hudson —dijo ella, sin prestar atención a la insistente mirada de Josh Kern. A juzgar por su ropa, él no había estado trabajando en el campo cercano; entonces, ¿por qué estaba ahí, justo en el momento en que ella se había citado con el constructor?

—Estoy seguro de ello —el señor Hudson le sonrió abiertamente —. Y ya que estábamos en ello, hemos revisado las fachadas. Tampoco he encontrado muchos desperfectos, aunque uno de los marcos de las ventanas está podrido y tiene que reponerse. Pienso que debe pintar nuevamente toda la casa. Pero ni siquiera eso es urgente, puede esperar hasta el año próximo. Así que no hay demasiado que hacer.

—Es una noticia estupenda —sonrió, contenta—. Tendré que hablar con mi novio respecto a la pintura. Imagino que querremos hacerlo este verano, cuando haga calor.

—En efecto, ¡sería muy conveniente! —asintió.

—Muy bien. Si usted ya ha revisado el exterior, ¿pasamos dentro, señor Hudson?

No miró a Josh Kern; tuvo la esperanza de que él se fuera al comprender la insinuación en la actitud de ella.

Pero Josh no se fue, como era de esperar. Él no estaría ahí si no pensara quedarse para ponerla nerviosa con su presencia.

Abrió la puerta principal y Josh los siguió al interior de la casa. Laura no podría deshacerse de él sin ser grosera. Él se mantuvo a su lado como si también participara en la toma de decisiones; escuchaba y comentaba con libertad respecto a lo que el constructor decía, y el señor Hudson se dirigía a él más que a Laura cuando sugería algo que debía hacerse, como si Josh Kern fuera el dueño de la casa. Laura logró mantenerse serena; sin embargo, por dentro estaba furiosa. Pero lo peor era que, por debajo de su enfado, comenzaba a surgir una emoción muy diferente, mucho más peligrosa.

No dejaba de recordar el último encuentro; cómo había sentido el contacto de la boca de él junto a la suya, el calor de sus manos, y la excitación penetrante aunada al deseo doloroso de colocar su boca contra la piel de él.

El rostro se le encendía cada vez que lo recordaba y trató de no encontrarse con los ojos de Josh Kern, para que él no pudiera imaginar nada de lo que ella pensaba.

Cuando el señor Hudson se retiró, veinte minutos después, ella se volvió hacia Josh, echando chispas por los ojos.

—¿Qué está tramando? ¿Por qué ha venido aquí en el momento oportuno, justo cuando tenía que reunirme con el señor Hudson? ¡Y no me diga que estaba trabajando en el campo vecino, porque no es cierto: su ropa está demasiado limpia!

—¡Qué observadora! —rió—. No, sabía que usted vendría porque Alf Hudson me lo dijo por la mañana cuando me encontré con él en el pueblo. Y cuando pasé por aquí vi que tenía dificultades con la escalera de mano, de modo…

—¡De modo que le pareció una buena excusa para presentarse otra vez y nacerme la vida difícil! —estalló, y él adoptó una actitud de inocencia total.

—Sólo demostraba ser un buen vecino cuando ayudé a Alf.

—¡No me diga! —Laura lo miró con disgusto—. Se valió del

señor Hudson como excusa y no trate de engañarme. Sé que trata de ahuyentarnos con sus tretas.

Cada vez que vengo, usted aparece. ¡Pues bien, deje de tramar cosas! No me asusta ni me intimida; compraré esta casa y pienso mudarme aquí, a pesar de lo que usted haga. ¡Así que le aconsejo que deje de perder el tiempo con sus juegos, señor Kern, que se acostumbre a la idea!

Él la escuchó con la cabeza un poco ladeada, observándola con su tranquila mirada gris que no cambió con el enfado que se reflejaba en la voz femenina.

Laura dejó de hablar y hubo un breve silencio. Muy molesta, esperó a que él dijera algo, pero cuando él habló finalmente, cambió de tema de forma tan radical que la sorprendió.

—¿Va a casarse antes de instalarse aquí?

—¿Qué? —Laura lo miró con fijeza.

Él repitió la pregunta mientras Laura trataba de descifrar lo que había detrás de sus palabras.

—Quizá, pero aún no hemos fijado la fecha —respondió, preguntándose qué estaría tramando ese hombre.

—Alf Hudson dijo que su novio no vendría hoy porque está en el extranjero —

murmuró—. ¿Estará ausente mucho tiempo?

—No —contestó, nerviosa. No quería hablar de Patrick con ese hombre.

Él arqueó las cejas mientras la observaba con una sonrisa cínica.

—¿No? Alf había entendido que él estaría fuera durante meses.

—Al parecer usted y el señor Hudson han disfrutado mucho hablando de mi vida personal —murmuró Laura, muy irritada—. ¡Tendré que cuidarme de lo que le diga a él de aquí en adelante!

—¡Por Dios, no ha revelado ningún secreto de estado! —Josh Kern soltó una carcajada—. Sólo le pregunté a Alf si su novio vendría con usted y me contestó que llegaría sola porque él estaba en el extranjero. ¿Qué tiene eso de malo? Alf Hudson me conoce casi desde que nací; sabe que no soy un criminal que usaría esa información privada para robar la casa y meterme a ella cuando usted esté sola y…

—calló y torció la boca en un gesto de burla—. Hacer algo de lo que usted teme que soy capaz.

—¡Yo no he dicho que le crea capaz de nada! —sus ojos se encontraron y la respiración de Laura se aclaró.

—No necesita decirlo, puedo verlo —murmuró él.

—Son imaginaciones suyas —susurró, pero tenía miedo, aunque

no estaba segura de por qué. Sin embargo, cuando se encontraba con Josh Kern los nervios se le ponían en tensión; siempre esperaba… ¿qué? Volvió a encontrarse con los ojos de Josh Kern y de inmediato desvió la mirada.

—Tiene miedo —dijo él, acercándose. Eso no la ayudó a calmar el ritmo de los latidos de su corazón. Laura deseó con todas sus fuerzas que él no pudiera oír los golpeteos que casi la ensordecían.

—¡Mi aspecto es de furia, no de temor, señor Kern! —levantó la barbilla y le sostuvo la mirada mientras mentía—. ¿Me hace el favor de irse?

—No veo enfado en sus ojos —dijo, mirándola fijamente—. Es algo muy diferente; usted me recuerda a una gata que vive en uno de mis graneros. Sus ojos son tan verdes como los suyos y me bufa cuando me acerco demasiado a ella.

—¡Hace bien! —murmuró Laura.

Josh pareció divertido. Volvió la cabeza y señaló un lado de su cuello, justo debajo de la oreja.

—¡Se vale de sus garras contra mí; me hizo esto ayer!

Laura fijó la vista en el largo y rojo arañazo sobre la piel morena.

—Debería tener cuidado con eso, puede infectarse —dijo con voz ronca, mientras luchaba contra el deseo de tocarle la herida y deslizar los dedos por la piel morena y tersa. Para esquivar sus propios pensamientos, añadió—: ¿Se ha puesto la vacuna antitetánica últimamente? Supongo que sabrá que un gato puede contagiarle.

—Claro que lo sé —la observó como si pudiera adivinarle el pensamiento, y esa posibilidad hizo que Laura sintiera un escalofrío —. Trabajo en una granja. Sería una imprudencia no protegerme con la vacuna. Y si lo olvidara, mi madre me lo recordaría.

Laura tenía mucha curiosidad sobre la madre de él, y como el tema le pareció poco comprometido, comentó:

—El señor Hudson me dijo que su madre es una cocinera famosa.

—Lo es —asintió—. Me prepara auténticas maravillas. Pero ella también vigila todo en la granja. La gata no me habría arañado si mi madre no me hubiera pedido que la atrapara para llevarla al veterinario antes de que fuera mayor y comenzara a tener gatitos. Estuve media hora persiguiéndola por el granero, hasta que logré arrinconarla y meterla en una cesta. Para entonces yo estaba furioso, sobre todo con mi madre por haberme pedido que lo hiciera, aunque era necesario. Tenemos bastantes gastos en la

granja, no deseamos más.

—¿Hizo que mataran a la gata? —preguntó Laura, acongojada. Ya se identificaba con el animalito y casi podía verlo, con el pelo erizado, bufando y arañando mientras lo arrinconaban. Sus ojos verdes se llenaron de conmiseración.

Josh la miró y de pronto sonrió; durante un instante su severo rostro se mostró encantador.

—Oh, no, regresará cuando se recupere de la operación. Uno no puede permitir que los gatos se reproduzcan de manera natural ni siquiera en una granja, aunque pueden ser muy útiles matando ratas. Pero si no los castráramos estaríamos inundados de ellos en uno o dos años. A mi madre le encantan los gatos; tiene tres viviendo en casa, además de los salvajes en los graneros —Josh Kern observó a Laura, con los ojos grises brillantes de diversión, pero medio velados por los párpados entornados—. Me pregunto qué pensaría ella de usted —murmuró, y Laura se hizo la misma pregunta.

Le encantaría conocer a su madre, pero temía que la señora Kern le guardara rencor, igual que Josh.

—¿Sabe ella que vamos a comprar la casa?

—Le dije que Dale estaba tratando de venderla —comentó, evasivo, encogiéndose de hombros.

—¿Pero no que alguien la ha comprado ya?

—De hecho, aún no la han comprado —respondió, tranquilo—. Pasarán unos meses antes de que la venta quede efectuada.

—¡Y usted espera deshacerse de nosotros para entonces! —exclamó, furiosa.

—No; he cambiado de opinión —murmuró, y Laura, incrédula, se lo quedó mirando sin aliento.

—¿Qué?

—Me agrada la idea de que usted viva en esta casa —contestó, y Laura sintió que una extraña emoción la invadía.

—¿Es éste otro de sus juegos? —preguntó, ronca e indecisa.

—No estoy jugando —respondió, y extendió las manos hacia ella, pero Laura movió la cabeza y dio unos pasos hacia atrás, como la gata en el granero, temblando, pero desafiante, echando fuego por los ojos, huyendo de un poder que no comprendía, pero que la asustaba.

—¡No me toque!

Se volvió dispuesta a correr, pero él la atrapó, igual que lo había hecho con la gata, ya que era más rápido y fuerte que cualquiera de las dos. Laura casi había llegado a la puerta principal cuando él la

agarró por los hombros. La empujó contra una pared, la acorraló sujetándole la cabeza con las manos y la observó con ojos inexorables mientras ella se retorcía.

—Deja de resistirte —murmuró—. Sabes que me deseas tanto como yo a ti, Laura. Tu boca me lo dijo cuando te besé la última vez que estuviste aquí. Todo tu cuerpo me lo dijo.

Laura estaba acalorada, le ardía el rostro y el cuerpo. Pero no cedería, ni a él ni a sus incomprensibles emociones. Negó con la cabeza.

—No es cierto, esto es sólo otra de tus tácticas para deshacerte de nosotros y obligarnos a irnos de aquí…

—No permitiré que vuelvas e irte, Laura —ˆdeclaró con voz grave antes de acercarse al cuerpo de ella. Ella sintió que una ola de debilidad la inundaba. Las piernas le flaquearon.

Él bajó la cabeza con mucha lentitud; la joven había dejado de luchar; vio que la boca masculina se acercaba cada vez más; quedó hipnotizada, sin poder pensar en nada que no fuera la dura fuerza masculina de esos labios. Le pareció que transcurría una eternidad hasta que la boca de él tocó la suya, y cuando sucedió, Laura se estremeció con violencia. Pero los labios de Josh se limitaron a rozarla y se alejaron de nuevo.

—Me vuelvas loco —murmuró con voz ronca, moviéndose inquieto contra ella.

Laura no pudo evitar estremecerse.

Trató de pensar en Patrick, pero no conseguía recordar su imagen. Se le escapaba como bruma, porque sus pensamientos se desvanecían. En ese momento sólo existía una realidad: la del hombre que la acariciaba y la observaba con ojos brillantes.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz? —gritó, angustiada—. ¡No quiero que me toques!

—No mientas, Laura —respondió antes de acercar la boca de nuevo para darle un beso fugaz, y después otro, antes de que ella se repusiera; siguió atormentándola, una y otra vez, con besos breves, acercándose a su boca y alejándose para volver a apoderarse de ella un segundo después, como un gato con un ratón, provocándola y jugando con ella hasta que la volvió loca.

Ella trató de no reaccionar; procuró pensar en Patrick, acordarse de que amaba a otro hombre y que esa sensación insoportable que crecía en ella no tenía nada que ver con el amor, porque era algo vergonzoso a lo cual debía resistirse. Pero cuando miró a Josh, no pudo pensar en nadie más que en él, en su rostro de expresión dura y en su cuerpo intensamente sensual.

¡No debía mirarlo! Cerró los ojos para no verlo, y comprendió su error demasiado tarde. Con los ojos cerrados se sentía inmersa en un mundo de oscuridad y deseo donde por fin podía aceptar la verdad: lo deseaba tanto que nada más le importaba.

—Te deseé desde el momento en que te vi —murmuró Josh al mismo tiempo que le acariciaba un seno. Laura se desmoronó y gimió de placer.

Ella cedió y se arqueó para amoldarse al cuerpo de él. Su boca buscó la de Josh, entreabriéndose a modo de invitación. Josh emitió un sonido ronco antes de besarla, moviéndose con una exigencia que le hizo perder por completo el control sobre sí misma. Sus emociones eran tan fuertes que la joven olvidó todo, menos el modo en que la hacía sentirse él y la candente necesidad que los impulsaba a los dos.

De pronto los interrumpió el estridente y prolongado sonido de una bocina en el exterior de la casa.

Los dos brincaron y se apartaron con los rostros encendidos y los ojos atontados.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Josh.

Laura no pudo pensar, porque estaba confundida. Se estremecía, la boca le ardía y estaba sonrojada. Su cuerpo seguía vibrando de deseo.

La bocina volvió a sonar, con más urgencia, y de pronto, Laura recordó.

—Ian… —murmuró, mordiéndose el labio.

—¿Quién? —preguntó Josh, mirándola fijamente.

Ella no pudo mirarlo a los ojos. Deseó morirse. ¿Cómo había permitido que él la acariciara de esa manera? La vergüenza la quemó como si fuera un hierro candente.

—Es alguien que ha venido a buscarme —murmuró, y de manera automática se volvió para mirarse en el espejo que estaba colgado en la pared, junto a la puerta—.

Ay, mi aspecto es tan… —no pudo terminar la frase. Su aspecto era el de una mujer que acababa de amar con mucha pasión. Su pelo estaba despeinado a causa de los dedos exploradores de Josh; el lápiz de labios se le había corrido y sus ojos la traicionaban.

—¿Qué quieres decir con que ha venido a buscarte? Has traído tu coche —

gruñó Josh mientras la observaba con los párpados entornados. Ella estaba desesperada por borrar las señales de la pasión y se cepillaba el pelo, después de haberse retocado el maquillaje.

—Por favor… déjame en paz… no te entrometas… —murmuró,

pero él ya le estaba haciendo otra pregunta.

—¿Por qué has quedado con otro hombre en ausencia de tu novio?

—¡Cállate! —exclamó, irritada.

En el espejo vio que los ojos grises se endurecían y brillaban con desagrado.

Luego se oyeron pisadas rápidas afuera, antes de que llamaran a la puerta.

—Laura, ¿estás ahí? ¿Vienes? —dijo Ian, y ella dejó atrás a Josh Kern y se dirigió a abrir la puerta. Se las arregló para sonreír con alegría, disimulando su turbación.

—Siento haberte hecho esperar, Ian; ya salía.

—Vi tu coche, de modo que supe que estaba en el sitio correcto —comentó, animado, y la observó con admiración—. Estás muy elegante, como siempre. ¿Estás lista? Mi tía es una fanática de la puntualidad.

Cambió de expresión cuando Josh apareció por detrás de Laura, sombrío y muy serio. Ian sospechó algo, pero se dominó casi de inmediato y le sonrió con cortesía.

—Hola. Usted debe de ser el constructor que está revisando la casa. Espero no haber interrumpido su charla al llegar tan temprano.

—¿Charla? —repitió Josh, sonriendo de manera extraña.

Laura se volvió furiosa.

—Seguiremos otro día —murmuró Josh. Calló y continuó en tono burlón—: Ya hablaremos en otra ocasión.

—Ah, sí… por supuesto —dijo Ian con tono curioso y un tanto intrigado, como si se hubiera dado cuenta de la burla velada en la voz de Josh, pero sin estar seguro de lo que significaba.

—No queremos llegar tarde, Ian —murmuró Laura, porque ya no podía soportar más. Cerró la puerta de la casa con fuerza, y sin mirar a Josh, caminó hasta el coche de Ian y entró en él.

Ian sintió que debía decirle algo cortés a Josh.

—Qué tarde tan agradable, ¿no? Es casi verano.

Josh lo miró, pero no le contestó. Ian se dirigió al coche pronunciando fórmulas de despedida. Se sentó frente al volante y levantó una mano hacia Josh, que los observaba. Cuando iniciaron el trayecto, Ian silbó.

—Aunque me encontrara a ese hombre en el lugar más remoto del mundo, no tendría la menor duda de que ha nacido en Yorkshire. Los habitantes de esta región son tan sombríos y salvajes como nuestros páramos.

Laura no contestó; tema la mirada fija en las colinas verdes que los rodeaban, llenas de ovejas pastando y vio una alondra que sobrevolaba los campos de trigo.

Recordó lo ocurrido y se sintió muy mal. Desde que conoció a Patrick, nunca había sentido la tentación de serle infiel.

Capítulo 5

La semana en que Laura iba a reunirse con Patrick en Amsterdam, él la llamó a su apartamento el martes; parecía nervioso y agitado.

—Laura… ha surgido un problema… temo que no podré ir a Holanda este fin de semana. Rae quiere que me quede más tiempo en Italia. No le han gustado los dibujos que hice en Roma; debo regresar allí mañana para volver a intentarlo.

—¡Ay, no! —gimió y se puso pálida—. ¡Qué rabia! ¿No puedes hacerlo y de todos modos irte el fin de semana a Amsterdam? Parece que han pasado siglos desde que te vi la última vez.

—Lo siento, Laura —dijo con voz débil y lejana, nada típica en él—. No puedo… no hay tiempo… imposible…

—Pareces cansado —comentó ella preocupada, porque nunca antes había oído así a Patrick. De pronto oyó que él suspiraba.

—Es un viaje muy cansado. ¿Qué me dices de ti? ¿Estás muy ocupada? ¿Cómo va el proyecto de Eyre?

—Bien; todo va sobre ruedas. Patrick, siento que estés teniendo problemas con las ilustraciones. ¿La autora es demasiado exigente?

—No, es posible que tenga razón respecto a los bocetos de Roma, porque a mí tampoco me gustaron mucho —respondió rápidamente—. ¿Qué me dices de la casa?

¿Hay algo nuevo? ¿Cuándo estarán los abogados listos para terminar los trámites?

—Eso tardará por lo menos uno o dos meses.

—¿Y el constructor? ¿No le has dado el visto bueno para que inicie el trabajo?

—Por supuesto que no; no podemos hacerlo legalmente, no hasta que la propiedad sea nuestra.

—Claro —contestó Patrick, más tranquilo de repente, y Laura se preguntó si a él le preocupaba el dinero. ¿Cuánto estaría costándole ese viaje? Se suponía que el editor pagaría los hoteles y los vuelos, pero de momento Patrick tenía que pagarlo todo y le reembolsarían el dinero más adelante.

—¿Tienes algún problema, Patrick? —preguntó, pero él la interrumpió.

—No tengo tiempo para hablar, Laura. Debo irme. No te preocupes por cancelar tu billete y la reserva en el hotel; lo harán por ti. Siento lo del fin de semana.

Te llamaré pronto.

Él cortó la comunicación y Laura colgó el teléfono lentamente, presa de una repentina angustia. Desde su último encuentro con Josh en la casa, necesitaba a con urgencia; quería estar con él para recordarse que lo amaba y que debían estar juntos.

Cada vez que Laura se acordaba de lo sucedido, el rostro se le encendía; recordaba su propia sensualidad, el calor y la pasión que habían surgido entre Josh y ella.

Cerró los ojos en un intento de borrar el recuerdo. «Quiero a Patrick», se repitió una y otra vez, intentando tranquilizarse y terminar con sus dudas, pero no fue así.

Era inevitable preguntarse por qué necesitaba recordarse constantemente que quería a Patrick.

Pero lo cierto era que no sólo quería a Patrick, sino que lo respetaba y lo admiraba también; era algo que no podía decir respecto a Josh Kern, que representaba todo lo que le disgustaba en un hombre.

Después de un rato de reflexión, llegó a la conclusión de que lo mejor sería no ver a Patrick durante un tiempo, al menos, mientras estuviera confusa en cuanto a Josh Kern. Patrick era muy intuitivo y se daría cuenta en seguida del estado de ánimo de ella. Se empeñaría en averiguar la causa y el descubrirla le haría daño, y Laura no deseaba que eso sucediera.

Podría resolverlo sola. Patrick jamás se enteraría de nada de eso.

Lo único que ella debía hacer era mantenerse alejada de Josh Kern hasta que Patrick regresara y eso sería bastante fácil. Si no iba a la casa no lo vería.

Logró olvidar a Josh Kern durante el resto de la semana concentrándose en su trabajo lo más posible. Tenía mucho que hacer con los preparativos para la feria medieval.

El sábado volvió a ir a Ransoms, la casa de Flora, la tía de Ian Eyre. Era una mujer encantadora, que recibió a Laura con cortesía y aceptó que la feria medieval se celebrara en sus terrenos. La propiedad resultó ser ideal para ese propósito: tenía un gran aparcamiento, y había una explanada de hierba que sería el sitio perfecto para la feria y la inmensa tienda de campaña. Ese día, Laura llevó una cámara de fotos, utensilios para medir y un cassette para grabar las medidas con el fin de que Anne las mecanografiara después.

El día estaba nublado y llovía de vez en cuando, así que Laura se puso unas botas de agua y un impermeable con capucha. Por cortesía, fue a saludar a la tía de Ian, sólo para que supiera que había llegado, y rechazó amablemente el té que le ofreció dando la

excusa de que tenía prisa. Salió y comenzó a recorrer el terreno sin dejar de sacar fotos desde todos los ángulos.

La tierra estaba empapada y sus botas chapoteaban sobre el barro. Con frecuencia resbalaba, pero con tenacidad siguió con el trabajo, incluso cuando comenzó a llover nuevamente. Pronto, la llovizna se convirtió en aguacero; Laura se protegió debajo de unos árboles, en el extremo más alejado del parque.

Mientras se encontraba acurrucada ahí, con la capucha sobre la cabeza y la espalda en el amplio tronco del árbol, se sobresaltó al oír disparos que provenían de la arboleda que se extendía tras ella. A los pocos segundos, oyó un ruido y vio que un conejo emergía de entre los árboles, zigzagueando alocadamente mientras corría para ocultarse detrás de un matorral.

En ese momento oyó otros disparos, pero para entonces, el conejo ya no estaba a la vista y eso tranquilizó a Laura. Oyó pisadas que se acercaban al sitio donde ella se encontraba.

—¡Oiga, tenga cuidado! —exclamó, agitada, para que el cazador supiera que ella estaba por ahí.

La persona que se acercaba se detuvo en seco. Laura también se mantuvo quieta, bien protegida por el sólido tronco del roble, y aguzó el oído. El cazador no contestó. Pasado un momento, los ruidos se reanudaron y se fueron haciendo cada vez más fuertes.

Con la espalda apoyada en el roble y la capucha echada sobre los ojos, Laura no vio a la persona salir de la arboleda. Se sobresaltó cuando la vio frente a ella, a través de la cortina de lluvia.

—¡Debería tener más cuidado; ha estado a punto de darme! —dijo ella en tono acusador, esforzándose por ver mejor al hombre que tenía delante. Primero se fijó en su escopeta, luego en el pesado impermeable de color beige que caía sobre el pantalón de pana, metido en botas oscuras.

—¡No tenía la menor idea de que alguien estuviera aquí! —contestó una voz grave y Laura abrió desmesuradamente los ojos. Contuvo el aliento, atónita, al reconocer a Josh Kern.

—¡Tú! —¿por qué tenía que estar él ahí? ¿Cómo podría ella apartarse de Josh si no dejaba de aparecer sin previo aviso?

—En efecto, soy yo —torció la boca en un gesto burlón—. ¿Qué estás naciendo aquí bajo este aguacero?

—Estoy trabajando —murmuró con la vista fija en la escopeta—. ¿Fuiste tú quien deseaba matar a ese conejito?

—Ese pobre conejito… y muchos de sus amigos… acaban de asolar una plantación, más allá del bosque —le informó Josh Kern en tono impaciente e irritado

—. Esta primavera ha habido una explosión demográfica de conejos. Son plagas destructoras y tenemos que cuidarnos de que no proliferen demasiado.

—Eso es sólo una excusa, ¿no? —lo acusó. Un mechón de pelo le rozaba la mejilla y sus ojos verdes estaban llenos de hostilidad—. ¡Apuesto a que te encanta cazar, porque eres el tipo de hombre que se divierte matando!

A Josh no le agradó la descripción que ella hizo de su persona, por lo que endureció su expresión y apretó los labios. La miró con frialdad y replicó:

—Soy un hombre práctico, un granjero que trabaja; no tengo tiempo para enternecerme por unos conejitos que se comen mis cosechas y arruinan mi manera de ganarme la vida.

—¿Tus cosechas? —repitió, pasmada—. Tu granja no llega hasta aquí, estamos a unos quince kilómetros de distancia. Esta tierra es Ransoms. ¿Sabe Lady Flora que cazas en su propiedad?

—¿Crees que estaría aquí sin su permiso? —volvió a mirarla con el ceño fruncido—. Lady Flora me ha invitado a venir hoy, para cazar en el bosque en nombre de George Danby, el granjero al que le arrienda parte de su tierra. Él es quien más ha sufrido a causa de los conejos. Generalmente, él se encarga de esa plaga, pero ha tenido pulmonía y está convaleciente. De modo que Lady Flora me ha pedido que salga a cazar con Phil, el hijo de George.

—Entonces, ¿dónde está él? —preguntó, después de mirar hacia los árboles sin ver ni oír a nadie.

—Ha llevado todos los conejos que hemos matado a la granja. Yo he venido a ver a Lady flora antes de regresar a mi casa — intrigado, arqueó las cejas—. Pero volvamos a ti. ¿Qué estás haciendo en Ransoms?

—Ya te lo he dicho, estoy trabajando —dijo en tono brusco, pero al encontrarse con la mirada dura tuvo que agregar—: Estoy haciendo fotos y midiendo el terreno porque planeamos montar un espectáculo publicitario para el verano.

—¿Y Lady Flora dio su consentimiento? —preguntó, incrédulo.

—Ian Eyre es el cliente que promueve ese espectáculo publicitario —declaró Laura después de titubear un momento.

—Ian Eyre —dijo Josh con los ojos entornados—. Por supuesto, el sobrino de Lady Flora. Con razón el otro día en la casa pensé que lo conocía, pero llevaba años sin verlo.

Laura se ruborizó ante el recuerdo de aquel día, debido a lo ocurrido entre los dos. Sin contestar, observó la lluvia que caía copiosamente. No dejaría de llover.

Quizá no pararía en horas y ella no podía quedarse ahí con Josh.

Se colgó la cámara al hombro, metió su cassette en el bolsillo del impermeable y miró a Josh.

—Debo irme —dijo, dispuesta a correr hacia donde había dejado su coche.

Apenas había dado un paso cuando un relámpago pareció dividir el cielo en dos. Laura se sobresaltó y estuvo a punto de dejar caer el estuche con la cámara. Se aferró a la máquina con manos temblorosas; generalmente no era cobarde, pero los rayos le daban pánico. Temía su calidad de imprevisibles; el ruido y la luminosidad que aparecían cuando una menos se lo esperaba.

—¿Tienes miedo de los rayos? —preguntó Josh, sorprendido.

—Sí —murmuró a regañadientes, y se estremeció al oír el lento retumbar del otro trueno.

—La gente de ciudad se asusta hasta de su propia sombra. Si comprendiera un poco más los fenómenos naturales, no sentiría miedo ante ellos —hizo una mueca y cuando otro rayo rasgó el cielo, ella volvió a contener el aliento—. Este lugar es peligroso. Este roble es el más alto en el parque y si el rayo lo toca podríamos quemarnos con él.

Laura lo miró, presa del pánico.

—¡Entonces, será mejor que corramos a la casa, antes de que la tormenta llegue!

El cielo volvió a abrirse con la descarga de una luz blanca e intensa.

Laura se cubrió los ojos con las manos mientras se estremecía. Un segundo después, sintió que Josh Kern le ceñía la cintura.

—¿Qué haces…? —preguntó, sorprendida al sentir que él la levantaba del suelo y la colocaba sobre sus amplios hombros—. ¡Bájame! —gritó.

—Deja de quejarte, mujer. Te bajaré cuando estemos protegidos en la arboleda.

Estaremos más seguros allí. Y deja de dar patadas, porque me haces daño.

Josh echó a correr con facilidad, a pesar del peso que llevaba sobre el hombro y de la hierba alta y mojada.

Josh se detuvo después de entrar en el bosquecillo, sin soltarla y respirando con más rapidez que de costumbre; apoyó el rifle contra un árbol y permitió que ella se deslizara al suelo controlándola con suavidad.

Sus cuerpos cálidos se tocaron durante el descenso y ella no pudo hacer nada para evitarlo. Laura era consciente de la

intimidad, sobre todo porque tuvo que aferrarse a él para mantenerse erguida durante uno o dos segundos.

—¡Estaremos seguros aquí! —dijo Josh, mientras ella, sin aliento, se soltaba y lo miraba con enfado.

—¡Seguros! ¡Ojalá pudiera creer que lo estoy, pero nunca me siento segura a tu lado!

—¡Me siento halagada por ello! —exclamó Josh, con las cejas alzadas y burla en los ojos.

Con el rostro encendido, Laura deseó desdecirse, pero era demasiado tarde. A decir verdad, le había proporcionado a Josh un arma que podría usar contra ella.

Furiosa consigo misma, corrió hacia su coche, pero Josh la agarró de la cintura y no la soltó mientras reía suavemente.

—¡Eso no! ¿A dónde vas, Laura? ¿Pretendes huir? ¡Habría jurado que no eres cobarde!

—¡No soy cobarde! —replicó muy irritada, echando chispas por los ojos.

—Entonces, ¿por qué querías huir? —preguntó con voz sugerente, y la miró de tal manera que ella levantó la cabeza en un gesto de desafío. Unos mechones rubios y mojados se salieron de la capucha.

—¡No estaba huyendo! —murmuró, y tuvo que permanecer ahí, a pesar de ser consciente del peligro que corría si se quedaba a solas con él en ese paraje solitario.

Todavía sentía que su cuerpo se estremecía, que vibraba debido al contacto íntimo que había tenido con él cuando la bajó al suelo, centímetro a centímetro, tocándola con las manos y llenándole las venas de calor.

—Es que… tengo prisa… debo llegar a casa… —murmuró.

—Estas tormentas de primavera no duran mucho tiempo, y si un rayo golpea algo, será el roble o quizá uno de los árboles más grandes; deja de temblar —

murmuró Josh, sonriendo de tal forma que el corazón de Laura dio un vuelco, lo que la asustó aún más, porque no deseaba sentir eso por Josh.

Mientras ella lo observaba, confusa y asustada, vieron otro rayo y ella se estremeció y dio un salto hacia atrás, para resguardarse bajo las ramas.

Josh apoyó la espalda contra un manzano, apenas un poco más alto que él y que comenzaba a florecer. El peso del hombre movió al árbol y unos pétalos cayeron sobre su pelo.

Medio histérica, Laura se echó a reír.

—¡Tienes flores del manzano en el pelo! —le explicó, al verlo sorprendido—.

Parece confeti.

De inmediato sintió el deseo de tocarlo. Le quitó los pétalos deprisa; muy consciente del pelo que sus dedos tocaban, sintiendo que se le adhería a la piel como si fuera un imán.

Laura se alejó un poco mientras observaba que la lluvia caía en gotas de hoja en hoja, de un abedul plateado; eran gotas transparentes y brillantes que colgaban brevemente al final de las ramas antes de caer a la hierba. La intimidad de estar ahí, a solas con él, en el bosquecillo, en medio de la tormenta que rugía, el viento y la lluvia que los aislaban de todo, la hizo tomar más conciencia de la presencia del hombre, de modo que no se atrevió a mirar hacia donde él se encontraba.

—¿Qué tipo de publicidad estás planeando? —preguntó Josh, y ella aprovechó la oportunidad de hablar de algo impersonal.

—Todos los años, la compañía de Ian Eyre prepara un acontecimiento para promocionar los últimos diseños textiles —dijo con serenidad y eficiencia—. Vienen compradores de todas partes del mundo para ver las novedades y a Ian le gusta ofrecerles algo especial para impresionarlos y conseguir que hagan grandes pedidos de sus telas para la siguiente estación.

—¿Un espectáculo, sólo para vender sus telas? ¿Por qué no se limita a mostrarles a sus compradores sus diseños nuevos sin complicarse tanto la vida?

—Hoy en día las grandes empresas actúan así —le informó Laura—. ¡Para vender se necesita causar un gran impacto! Ian espera que nosotros le ofrezcamos algo diferente cada año, para ganarle a la competencia.

—¿Qué se te ha ocurrido para este año? —Josh la observó con un gesto cínico en los labios.

—Una feria medieval… —comenzó, pero él la interrumpió.

—¿Qué? —rió—. ¡Será una broma!

—Hablo muy en serio y a Ian Eyre le encantó la idea —replicó, enfadada.

—No me extraña, porque desde joven ha sido muy pretencioso. ¿Quieres decirme que Lady Flora ha dado su permiso para que la feria se celebre en Ransoms?

—¡Sí! —exclamó Laura, molesta por la expresión burlona de Josh.

—¡Sin duda se ha vuelto loca!

—Al contrario, Lady Flora sabe valorar una buena idea; además,

¡es accionista de Eyre York!

—Eso lo explica todo. Haría cualquier cosa por dinero.

—No creo que debas hablar así de ella, porque no me parece una persona interesada —Laura lo miró con irritación. Lady Flora le había causado una impresión positiva por su fuerte personalidad y decisión.

—No he dicho que sea una persona interesada, pero sé que necesita todo el dinero que pueda reunir para pagar el mantenimiento de su enorme granero —se encogió de hombros.

A través de los árboles podían ver la casa, con chimeneas torcidas, ladrillos de color rojo oscuro, madera negra y tejas de color rosa desteñidas. Ransoms era muy viejo; la parte central de la casa era del siglo catorce; se habían añadido las dos alas laterales durante el reinado de Isabel I.

—Será el ambiente perfecto para nuestra feria —dijo Laura, suspirando.

—Supongo que sí —dijo Josh, observando también la casa—. ¿Qué quieres decir exactamente con una feria medieval? ¿Será algo especial, o te limitarás a vestir a la gente que atienda los puestos, a la usanza medieval?

—No, será algo más que eso. Trataremos de hacerla lo más auténtica posible, con bailarines, atracciones, malabaristas y comida típica de la época. También se servirá un banquete para los invitados, dentro de una gran tienda de campaña, después de que hayan visto el desfile de modas.

—¿Todo eso sólo para vender telas?

—¡Podría redundar en pedidos con un valor de millones!

—Ya. La gente de la zona tendrá mucha curiosidad, ¿permitiréis la entrada del público en general?

—¡Oh, no! No podemos hacer eso. Será un asunto de negocios y sólo se permitirá la entrada a los que tengan invitación.

—Es posible que haya problemas para evitar que los chiquillos se filtren —Josh la miró con severidad.

—Tendré que hablar de eso con Ian —sacó una libreta de su bolso e hizo una anotación—. Haremos algo al respecto, quizá podamos poner guardias de seguridad que vigilen la zona —guardó su pluma y su libreta y levantó la vista; se encontró con la mirada directa de los ojos grises.

—Por lo visto te atemorizan los rayos, pero eres muy tenaz respecto a otras cosas, ¿no? —murmuró él—. Hace unos minutos te escandalizó la idea de que yo matara conejos, pero no permitirás que unos chiquillos estropeen tu importante reunión comercial.

¿Qué harán los guardias de seguridad respecto a los chiquillos?

¿Los echarán fuera o dispararán contra ellos?

—¡No seas ridículo! —exclamó, poniéndose colorada—. ¡Si la gente ve que se patrullan los terrenos porque es un asunto privado, se mantendrá alejada!

—¿Y si no lo hacen?

—Resolveremos el asunto cuando se presente —estaba francamente irritada—.

Hablaré primero con Ian.

—Parece que lo ves con frecuencia —comentó, entornando los ojos.

—¡Ya te lo he dicho! Mi firma le hace la publicidad y se encarga de sus relaciones públicas —Laura era muy consciente del significado oculto en la pregunta de él.

—¿Por qué siempre contestas una pregunta con una evasiva?

—¡No sé de qué hablas!

—Lo sabes muy bien. ¿Qué piensa tu novio de que veas con tanta frecuencia a Ian Eyre? ¿O quizá no lo sabe?

La insinuación la sacó de quicio, pero trató de dominarse porque presintió que sería peligroso perder los estribos estando a solas con ese hombre. La única defensa que le quedaba contra él era mostrar una actitud serena, mantenerse a cierta distancia tanto en lo físico como en lo emocional.

—¡Entre Patrick y yo no existe ningún secreto! —repuso, fingiendo calma—.

¡Confía en mí y yo en él!

—¿Le dijiste que te besé en la casa el otro día? —sus ojos grises brillaron con burla.

Laura no podía fingir calma mucho tiempo más; desvió la mirada mientras su pulso se aceleraba con el recuerdo de aquellos momentos. Le fue imposible decir algo para mitigar la evocación.

—De modo que no se lo dijiste —al notar la satisfacción en la voz de Josh, Laura volvió a enfadarse.

—¡Lo había olvidado! —estalló, y él dejó de sonreír para observarla con dureza.

—¡Mentirosa!

—¡No significó nada! —alzó la cabeza con el rostro tenso y desafiante—. No es la primera vez que un hombre que me desagrada se sobrepasa conmigo. Les sucede a la mayoría de las mujeres en algún momento. ¡No fue importante!

—¿No? —preguntó entre dientes y dio un paso hacia ella. Laura se asustó y comenzó a correr, pero resbaló en el barro del camino y

cayó de bruces sobre la hierba mojada. Antes de poder reponerse de la caída, sintió que él le ceñía la cintura para levantarla y hacerla girar. Atontada, lo miró a través de la cortina de pelo que le cubría los ojos—. ¿Te has hecho daño? ¿Estás bien? —preguntó él, y como ella no pudo hablar, se limitó a mover la cabeza.

Ella no estaba bien. Se sentía muy vulnerable porque la caída le había dado la oportunidad a Josh de volver a tocarla y ella tenía bajas las defensas. Su decisión de resistirse a ese hombre empezó a tambalearse, y Laura se sintió dominada por un deseo repentino e insoportable.

Josh estaba arrodillado a su lado y la tenía apoyada en el brazo. Laura no trató de levantarse ni de huir. Se sostuvieron la mirada; ella se ahogaba dentro de la intensa mirada masculina y vislumbraba sus propias emociones en las pupilas del hombre. Olvidó la violencia de la tormenta: el viento, la lluvia, los truenos; su mundo se redujo al pequeño círculo que los rodeaba, donde los dos estaban solos.

Laura oyó una respiración rápida y ronca, pero no supo si era la de ella; no tenía importancia. Nada le interesaba más que satisfacer su terrible necesidad. Él bajó la cabeza y ella alzó los labios entreabiertos para aceptar la exigencia en la boca de Josh.

Sin darse cuenta, cerró los ojos. No quería ver ni oír nada; quería cerrarle la puerta al mundo, quedarse con Josh dentro de ese silencio profundo y aterciopelado, donde sus bocas se unían y sus cuerpos se apretaban el uno contra el otro, guiados por la necesidad que los dos tenían de tocarse y fundirse en uno solo. Con dedos temblorosos, Josh se desabrochó el impermeable para acercarla más a él y que sintiera el calor de su propio cuerpo. Las manos de Laura se deslizaron dentro de la chaqueta de lana para desabrocharle la camisa y percibir la piel desnuda. Exploró los huecos debajo de las costillas, siguió el contorno del hueso, los duros músculos, el latir del corazón masculino, la aspereza del vello que crecía debajo de la cintura.

Las manos de Josh también estaban inquietas; le había desabrochado el impermeable, y la empujaba para moldearla a su cuerpo. Le acarició el pelo y permitió que los mechones húmedos cayeran entre sus dedos antes de acariciarle la nuca con un movimiento suave e íntimo que la hizo gemir de placer. Josh deslizó las yemas de los dedos por el cuello de Laura, con lo que aceleró aún más los latidos femeninos y ella no protestó cuando él le desabrochó la camisa. Cuando le acarició los senos cubiertos de seda, ella gimió.

Él la abrazó sin dejar de besarla y sus cuerpos descubiertos se tocaron. La lluvia les caía sobre la cabeza; la tierra debajo de ellos estaba mojada y la hierba se agitaba con el viento mientras ellos se movían con inquietud.

Por primera vez en la vida, Laura experimentaba un deseo fiero y desgarrador; todo el cuerpo le dolía, y el intercambio profundo de besos sólo hacía crecer ese deseo.

Notó que Josh abría la cremallera de su pantalón. Emitió un gemido al sentir que los dedos de él se deslizaban dentro de su ropa interior para tocarle la cara interna de los muslos, donde el calor era más intenso.

—No —gimió, y Josh, respirando con dificultad, levantó la cabeza.

Laura trató de abrir los ojos, pero los párpados le pesaban como si fueran de plomo; ¿o se debía a que no deseaba abrirlos para que el mundo no apareciera?

Si los abría tendría que enfrentarse con la verdad en cuanto a sus sentimientos y pensar, pero no deseaba hacerlo. Quería quedarse en ese mundo secreto y pasional para siempre, donde sólo existían los dos, envueltos en ese mutuo sentimiento alocado y dulce.

—Sí —murmuró Josh, reanudando las caricias. Laura sintió que le quitaba el pantalón y el aire frío le tocaba la carne encendida. Tenía que detenerlo en ese momento. Trató de salir del hechizo que la dominaba, pero sólo pudo llorar en silencio.

—No, no llores —dijo Josh. Luego, con infinita ternura, su lengua le tocó los párpados, para capturar las lágrimas de las pestañas. Al mismo tiempo, con mucha rapidez, se quitaba las botas y el pantalón de pana. De pronto se quedó encima de Laura, desnudo, resguardándola del viento y la lluvia; sus fuertes muslos la apretaron contra la hierba. Deslizó las manos debajo del cuerpo femenino para levantarlo y entreabrirle las piernas.

Laura sintió que un círculo de fuego la consumía, y cuando el cuerpo musculoso bajó y la penetró, la joven gritó con voz desgarradora, casi inhumana. Las llamas se intensificaron dentro de ella, quemándola y derritiéndola; lo abrazó y se arqueó para aferrarse a él.

La joven imitó los movimientos de él hasta hacerle gemir. Sus cuerpos se unieron y se separaron una y otra vez; sus respiraciones se volvieron cada vez más agitadas. Laura gritó de nuevo; era una mujer distinta, había perdido por completo el control. Josh notó la variación en su voz, levantó la cabeza y con ojos fieros miró de

nuevo el rostro ardiente, la respiración torturada; de pronto se dejó vencer por el mismo éxtasis desquiciado y sus gemidos de satisfacción insoportable se mezclaron con los de ella.

Pasó un buen rato sin que ninguno de los dos se moviera. La cabeza mojada de Josh yacía contra los senos descubiertos; las piernas de él descansaban entre los muslos femeninos.

Finalmente, Josh levantó la cabeza.

—¡Ahora dime que esto no ha sido importante! —pidió, ronco—. ¡Dime que podrás olvidar esto!

Con desesperación, Laura deseó poder borrarlo de su mente. Suspiró, estremeciéndose, y finalmente abrió los ojos. Estaban mojados por las lágrimas y su color verde se ensombreció por el pesar.

—¡No puede ser importante; no debe serlo! —murmuró—. Ha sido un momento de locura; no significa nada… quiero a Patrick y voy a casarme con él…

—Te arrepentirás si lo haces, y él también, porque te casarás deseándome —

afirmó, con el rostro duro y obstinado.

Capítulo 6

Laura ya no pudo soportar más. Lo empujó, con dificultad se puso de pie, y con dedos torpes se vistió con la ropa húmeda y arrugada. Le dio la espalda mientras él también se levantaba y vestía. Sin mirarlo, Laura echó a correr, y al salir del bosquecillo notó que ya no llovía; el cielo estaba despejado, azul, limpio por la lluvia, y en la distancia se vislumbraba un brillante arco iris.

Mientras corría hacia la casa se dijo con enfado que ni siquiera había notado el momento en que los rayos habían dejado de rasgar el cielo, los truenos retumbar y la lluvia de caer. Seguramente tampoco habría notado si la tierra hubiera temblado o si un volcán hubiera entrado en erupción mientras hacía el amor con Josh.

Estaba a medio camino cuando oyó que él venía detrás de ella. Josh no corría, caminaba, pero sus pasos eran más largos que los de Laura. Ésta se sintió como si fuera una presa que un cazador persigue sin compasión; notó que el corazón se le desbocaba. Era preciso alejarse de él.

Jadeaba cuando llegó a su coche. Llevaba tanta prisa que las llaves se le cayeron de la mano y al inclinarse para recogerlas, se le cayó la cámara. Tuvo ganas de maldecir y de gritar. ¿Qué le estaba pasando? Normalmente era tranquila y eficiente, una mujer moderna que podía enfrentarse a la vida sin problemas, capaz de resolver cualquier crisis. Pero estaba desmoronándose y se dijo que la culpa la tenía Josh Kern. Se estremeció de furia. ¡Su vida había sido tranquila hasta que él había entrado en ella!

Josh la alcanzó cuando ella por fin metió la llave en la cerradura del coche.

—¡Eso no! —masculló él entre dientes, agarrándola del hombro para impedir que se sentara frente al volante—. ¡No solucionarás nada huyendo!

—¡Por Dios, déjame en paz! —le pidió, furiosa.

—¡Ya no podrás casarte con él! ¿Crees que él querrá casarse contigo si sabe que no estás enamorada de él?

—¡Estoy enamorada de él! —gritó, desesperada, forcejeando para soltarse.

—No, Laura. Sabes que eso no es cierto. ¡Deja de engañarte!

El rostro de la joven reflejaba un estado de profunda confusión. Sus ojos mostraban temor, los labios le temblaban y tenía la barbilla en alto a manera de desafío. Ya no sabía qué era verdad y qué no, pero no permitiría que él le diera órdenes como si ella fuera una

chiquilla. Le resultaba imposible saber con seguridad qué sentía, porque la dominaba un torbellino de emociones, así que se aferró a lo único que le quedaba.

—¡Quiero a Patrick y voy a casarme con él!

—Supongo que si lo dices con tanta frecuencia es porque estás convencida de que es cierto —Josh la observó—. No será así, Laura. Quizá creyeras que estabas enamorada de él, pero eso fue antes de que me conocieras.

La seguridad del hombre le quitó el aliento. Lo miró desvalida, deseando ponerse a llorar, pero temió mostrar cualquier debilidad frente a él, porque al traicionarse ella, Josh tendría la oportunidad que esperaba.

Laura se protegió gritándole con furia.

—¡Cómo puedes ser tan presumido! ¡Crees que basta con una sonrisa tuya para que una mujer caiga a tus pies! Pues bien, señor Kern, entérese de una vez: su encanto no surte efecto sobre mí —alzó la voz; estaba sin aliento y se estremecía por la emoción incontrolable, pero que era preciso ocultar—. De hecho, ¡no te soporto!

Dejó de hablar y permaneció quieta mientras respiraba con dificultad, y en ese momento se oyeron pisadas y voces. Dos mujeres acababan de salir por la pesada puerta de roble de la casa. Se horrorizó al comprender que si ella podía oírlas, seguramente ellas también habían podido oír lo que acababa de decirle a Josh.

Josh también las oyó. Soltó a Laura y se dio la vuelta con el cuerpo tenso. El primer instinto de Laura fue meterse en el coche para irse de inmediato, pero una de las mujeres era Lady Flora.

Laura se obligó a sonreír, esforzándose por disimular su turbación. La mujer que se encontraba al lado de Lady Flora se dirigió hacia ellos.

—¿Pasa algo, Josh? —preguntó mientras miraba a Laura con evidente sorpresa.

Laura deseó que la tierra se abriera y se la tragara. Nunca había visto a esa mujer, pero seguramente pertenecía a la familia Eyre.

—Es sólo nuestra vecina que otra vez está discutiendo conmigo, mamá —

contestó Josh, y Laura miró con asombro a la mujer.

Si era la madre de Josh Kern, debía de tener más de cincuenta años, pero no los aparentaba. De hecho, no parecía tener ni diez años más que su hijo. No iba maquillada, pero su tez era tersa, sin arrugas, como la de una mujer mucho más joven. Llevaba el pelo corto y Laura supuso que el rizado era natural. Tenía ojos azules,

directos, francos y curiosos, de expresión agradable. Su boca era amplia; la nariz, larga y recta; los pómulos marcados. Se trataba de un rostro llamativo y Laura notó el parecido entre madre e hijo.

Josh las presentó.

—Mamá, ésta es Laura Grainger, la nueva dueña de la casa.

—Mucho gusto… —murmuró Laura con el rostro encendido al extenderle la mano.

¿Sería tan hostil la señora Kern como lo había sido su hijo cuando Laura lo conoció? La joven recordó el motivo por el cual Josh se negaba a que le vendieran la casa a alguien que no fuera de la familia y se dijo que no se sorprendería si la señora también la trataba con frialdad. No era nada personal, pero Laura, sin pretenderlo, se había metido en un problema familiar.

Debía de haber sido doloroso y humillante para la señora Kern enterarse de que su marido había instalado a su amante en una casa dentro de la granja, tan cerca de su hogar; además, eso sin duda dio pie a todo tipo de habladurías. Todos en esa comunidad se conocían y nadie guardaría un secreto durante mucho tiempo; al parecer, al padre de Josh no le importó insultar a su mujer públicamente al llevar a su amante a la granja para visitarla abiertamente. Debió de ser premeditado. ¿Qué le habría hecho su mujer para merecer tanta crueldad? Laura se había hecho esa pregunta desde que se enteró del asunto. La señora Kern debió de haber quedado marcada de manera terrible por aquello y cuando su marido murió, quizá pensó que por fin podría echar fuera de la casa a la otra mujer. Pero seguramente se llevó una gran sorpresa cuando los abogados la informaron de que el marido muerto le había dado la casa a su amante.

Desde luego, nada de eso era culpa de Laura. Ella sólo se estaba limitando a comprarle la propiedad a la otra mujer, pero no culparía a la señora Kern si ésta se negaba a estrecharle la mano, a participar en el juego social de ser cortés con alguien que con toda inocencia había contribuido a perpetuar su larga humillación.

Pero la señora Kern sí le estrechó la mano, la saludó con un movimiento de cabeza y la observó con detenimiento. Laura, con timidez, esbozó una sonrisa.

—De modo que usted es la señorita Grainger. Tenía curiosidad por conocerla; mi hijo me habló de usted, pero no me dijo que fuera tan hermosa.

—Gracias —murmuró Laura, complacida por el piropo, pero intrigada en cuanto a lo que Josh le habría dicho a su madre.

—Laura, ¿qué te ha pasado? —preguntó en ese instante Lady

Flora, reuniéndose con ellos.

Laura se horrorizó ante la idea de que lo sucedido entre Josh y ella en el bosque resultara evidente a ojos de todos.

—¡Estás llena de barro! —exclamó Lady Flora, y Laura se dio cuenta de que su impermeable estaba sucio y arrugado.

¿Cómo explicar eso? Mientras se devanaba el cerebro para encontrar una excusa, Josh intercaló:

—Siento decir que la única culpable de eso fue la señorita Grainger.

Agitada y alarmada, Laura lo miró de reojo. Josh era muy capaz de contarles exactamente lo que había ocurrido en el bosque y ella no podría soportarlo.

>

—¡Parece que la señorita Grainger le tiene miedo a las tormentas! —fue lo único que Josh dijo—. Bastó un rayo para que fuera presa del pánico. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que sucedía, comenzó a correr, resbaló y se cayó en un charco.

Laura contuvo un suspiro de alivio y percibió un brillo de burla en los ojos de Josh. Él había intuido los temores de ella. Laura ardía de resentimiento, ¿por qué él le adivinaba el pensamiento con tanta facilidad? ¿En qué forma se traicionaba ella ante él? Deseó saberlo. Comprendió que era imprescindible ocultarle sus pensamientos a Josh.

—Espero que no se haya hecho daño, señorita Grainger —dijo la señora Kern, preocupada.

Laura negó con un movimiento de cabeza, pero no tuvo la oportunidad de decir nada porque Lady Flora comenzó a hablar sonriéndole con conmiseración.

—También yo odio las tormentas, querida. De niña solía esconderme debajo de la mesa hasta que terminaban —un brillo de nostalgia apareció en sus ojos—. La mesa estaba cubierta por un mantel que caía casi hasta el suelo, oscureciendo el espacio como si fuera una cueva, y a menudo jugaba ahí. Pensaba que nadie sabía dónde me encontraba. Durante las tormentas yo me ocultaba en ese sitio, me cubría los ojos y esperaba a que el estruendo terminara.

—Yo hacía lo mismo —declaró Laura y se sonrieron, pero cuando Lady Flora comenzaba a hablar del pasado, ya no había forma de callarla. Laura ya lo había descubierto antes.

—Durante la Segunda Guerra Mundial yo estaba en Londres cuando comenzaron los bombardeos. También entonces me oculté debajo de la mesa. Eso me remontó a mi niñez. Fue muy extraño —se quedó pensativa un instante y Laura decidió que era el momento

oportuno para despedirse.

—Debo irme ya… —dijo, pero Lady Flora aún no se había cansado del tema.

—Mientras esperaba a que ese bombardeo terminara, no dejé de recordar que mi madre se reía de mí durante las tormentas. Me decía que saliera y que no fuera tan tonta. No comprendía mi temor. Cuando galopaba por el campo, saltaba las vallas que algunos hombres evitaban. Una nimiedad como una tormenta no la molestaba. Sin embargo, si encontraba una araña en el baño, se ponía a gritar —se volvió hacia la señora Kern—. Todos tenemos alguna debilidad, ¿verdad, Nell?

—Es la naturaleza humana.

—No cabe duda —dijo Lady Flora, sonriendo—. ¿Quiere entrar a tomar el té, señorita Grainger?

—Es usted muy amable, pero… debo irme… lo siento… gracias —caminó hacia su coche y finalmente logró sentarse frente al volante para encender el motor. Éste emitió un ruido extraño, pero se quedó en silencio inmediatamente. Nerviosa por la presencia de las tres personas que la observaban, Laura lo intentó de nuevo.

En esa ocasión no hubo ningún sonido. Lo intentó una y otra vez. Muy nerviosa, sintió ganas de golpear el volante.

—Parece que la batería se ha agotado —sugirió Josh, acercándose—. Voy a echar un vistazo. Cuando te diga, trata de arrancar otra vez.

Abrió el capó y ella observó a Josh inspeccionar el motor. Él le hizo una señal con una mano y ella trató de encender el motor, pero fue inútil. Pasados unos minutos, Josh bajó el capó y se encogió de hombros.

—Es inútil. ¿Te ha causado problemas últimamente?

Laura negó con un movimiento de cabeza.

—Puede ser la batería —repitió Josh, pensativo—. O tal vez la lluvia se haya filtrado y haya mojado el motor. Le pediré a un amigo que venga de inmediato para revisarlo. Si no puede reparar el coche aquí, podrá remolcarlo a su taller.

—Y tú tendrás que entrar a beber una taza de té mientras esperas —intercaló Lady Flora.

—Es usted muy amable, pero… debo regresar… ¿Puedo usar su teléfono para pedir un taxi?

—Nosotros te llevaremos —dijo Josh en tono firme—. ¿Estás lista, mamá?

Andando, las dos.

—Puedo pedir un taxi… —Laura casi gimió al tratar de resistirse

a los dedos que le oprimían con firmeza el brazo.

—No seas ridícula —abrió la puerta del Land Rover negro y ciñó la cintura de Laura—. Entra —la ayudó a sentarse en el asiento delantero del pasajero; luego ayudó a su madre a colocarse detrás, antes de despedirse de Lady Flora y sentarse frente al volante.

—Mi hijo es muy autoritario —le dijo la señora Kern, y Laura se volvió, con el rostro encendido, esforzándose en sonreír con cortesía.

—En efecto, lo es —murmuró.

—Espero que no lleves demasiada prisa y no te moleste que primero deje a mamá en la granja —dijo Josh.

Laura murmuró algo con cortesía mientras miraba los campos verdes que se alejaban hacia los páramos lejanos cubiertos de una bruma azul. Dada la situación, no podía decir que eso la molestaba, pero se sentía más segura con la señora dentro del coche. Deseó haber insistido en pedir un taxi.

Nunca había estado en la casa de Josh, aunque la había visto al otro lado del campo. Con curiosidad miró el edificio de piedra encalada mientras se acercaban a él por el camino privado. Era viejo y de gruesos muros. Frente a la casa había un jardín bien cuidado.

—Pasa a tomar una taza de té —sugirió la señora Kern.

—Lleva prisa, mamá —replicó Josh, y Laura se puso tensa.

—Gracias, me encantaría —aceptó sin hacer caso de las palabras de Josh y le sonrió con amabilidad a la señora.

—Como siempre, tiene que llevarme la contraria —dijo Josh, y ella se preguntó si él la había provocado para que aceptara la invitación de su madre. Era una posibilidad inquietante, porque significaría que la conocía mejor de lo que ella deseaba y había comenzado a manipularla con toda calma. A Laura no le agradó ese pensamiento.

Josh salió del Land Rover y Laura bajó deprisa para evitar que él la ayudara.

Pisó el terreno con torpeza y Josh la ayudó a recuperar el equilibrio rodeándole el cuerpo con un brazo.

—Deberías tener más cuidado —murmuró, mientras observaba que el rostro femenino se acaloraba. Se alejó para ayudar a su madre a salir del coche.

Laura los siguió a la casa, a través de una puerta lateral que los llevó directamente a una cocina con vigas de roble en el techo, paredes encaladas y suelo de baldosas rojas. En una estantería llena de platos había un florero inmenso con lilas blancas y moradas. El

aroma llenaba la habitación. La señora Kern colocó una tetera con agua en el fuego.

—Voy a llamar a mi amigo para pedirle que vaya a buscar tu coche —anunció Josh antes de salir.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó Laura a la señora Kern, que estaba preparando la mesa. Laura se sentía mucho más tranquila.

—Gracias. ¿Puedes sacar tres tazas y platos del armario?

Laura nunca pensó que la señora Kern la invitaría a su casa ni que se mostraría tan amistosa. Dada la actitud inicial de Josh, Laura sólo esperaba hostilidad de su madre. ¿Sería que con el paso del tiempo, desde la muerte de su marido, la señora Kern aceptaba con más facilidad que otras personas vivieran en la casa de la amante?

Laura sacó las tazas y platos y los colocó sobre el blanco mantel limpio, donde la señora Kern ya había puesto una bandeja con galletas, mermelada de fresa, mantequilla y un gran pastel de frutas, al cual le faltaban unas rebanadas, todo ello preparado en casa. También colocó un azucarero, una jarrita para leche y una gran tetera. Mientras Laura colocaba tres platos, cuchillos y tenedores, la señora añadió unas servilletas blancas de lino.

—¡La mesa nos ha quedado preciosa! —exclamó Laura, dando unos pasos hacia atrás para admirarla.

—Me gusta cuidar los detalles —repuso la señora Kern, complacida—. Es como ponerse un vestido nuevo. Uno se siente animado cuando entra en una habitación de aspecto cómodo y acogedor.

—¡Ésta lo es sin duda! —Laura respiró profundamente y se arriesgó a añadir—: Me alegro de haber tenido la oportunidad de conocerla por fin, señora Kern. Después de todo seremos vecinas. Siento los… problemas que surgieron, pero espero que podamos olvidar todo eso y ser amigas.

—He aprendido a tolerar lo que no puedo cambiar —la señora Kern esbozó una sonrisa.

Laura se emocionó al oír esas palabras pronunciadas con tanta franqueza.

—Ya sabes que mi hijo y yo teníamos buenos motivos para querer recuperar esa casa. Siempre perteneció a esta familia y nunca debió salir de ella —hubo un matiz de tristeza en su voz, pero luego la señora suspiró y agregó—: Pero lo hecho, hecho está, y no es tu culpa; no te hago responsable. Espero que seamos amigas, jovencita, de modo que siéntate y tómate el té.

—Gracias —murmuró Laura con timidez y obedeció—. Es una costumbre que he perdido hace años.

—¿De veras? —la señora Kern la miró con incredulidad—. Es la comida favorita de Josh.

—¿Sí? —preguntó Laura, sorprendida.

La señora se sentó y sirvió el té.

—Sí; le gusta mucho. No suele desayunar, se levanta demasiado temprano. Dice que a las cinco de la mañana nunca tiene hambre.

—Yo tampoco la tendría —aceptó Laura, haciendo una mueca al pensar que podría tener que levantarse tan temprano.

La señora Kern le tendió una taza con su platito.

—Sírvete azúcar si la necesitas. No, Josh sólo come una rebanada de pan tostado con su té, antes de irse al establo a ordeñar, luego come al mediodía y para las tres y media o cuatro está muriéndose de hambre. Le gusta sentarse para disfrutar de un abundante té de la tarde que lo mantiene activo hasta la cena, a las siete.

Laura tomó un panecillo de la bandeja, lo cortó y le untó un poco de mantequilla mientras la señora Kern seguía hablando. Al parecer, su tema favorito era su hijo, y a Laura no le molestaba oír hablar de él.

—Pero no cena mucho. Nos acostamos temprano, así que cena algo ligero, quizá una ensalada y un poco de carne fría.

Conocer cómo era un día de trabajo de Josh fue extrañamente fascinante para Laura, que nunca había vivido en una granja. Deseaba saber más. La cabeza se le llenó de preguntas. ¿Leía Josh por las noches? ¿Veía la televisión? ¿Le gustaba la música pop? ¿Salía con frecuencia? ¿Tenía novia?

—Cómete tu panecillo, querida —dijo la señora y Laura, distraída, la obedeció.

—Mmm… está delicioso —comentó, aunque estaba pensando en otra cosa.

Nunca se le había ocurrido que en la vida de Josh podría haber una mujer. Hizo una mueca al imaginar que él podía estar con otra.

Dirigió la vista a la puerta cuando Josh regresó. Al verlo, notó que su corazón latía más apresuradamente.

Desconcertada, pensó que bastaba verlo entrar en una habitación para que todo el mundo cambiara. Era como si el sol hubiera aparecido en un día oscuro, como si el invierno se convirtiera en primavera, como si se oyera música en una habitación silenciosa. Patrick nunca la había hecho sentir lo mismo.

Pero al aceptar todo eso le producía pánico. Había tratado de convencerse de que lo que sentía no era algo serio ni importante y que no duraría. Era sólo una reacción física ante un hombre muy

atractivo. El deseo podía satisfacerse y olvidarse.

No era algo sobre lo cual una mujer inteligente construía su vida para el futuro.

Pero lo que sentía por Josh era mucho más que deseo. Le horrorizaba enfrentarse con ese hecho, pero ya no podía seguir ocultando la verdad. Ella no deseaba únicamente el cuerpo de ese hombre; quería mucho más de él.

Él comenzaba a importarle, de manera muy profunda. Quizá más que cualquier otra cosa en toda su vida.

—Muy bien, ya está resuelto —anunció él, y ella lo miró sin comprender—. Tu coche —le recordó, y la miró divertido—. Los del taller lo recogerán y lo arreglarán.

Les he dado el número telefónico de tu oficina, te llamarás cuando terminen de arreglarlo.

—Gracias —murmuró, ruborizándose como una colegiala ante la mirada burlona de esos ojos grises.

Josh entró al baño, se lavó las manos y se las secó mientras le hablaba.

—Después de tomar el té, te llevaré a York.

Regresó a la mesa y se sentó frente a Laura; ella bajó la vista. Era muy consciente de la presencia de Josh.

Él llenaba la habitación. Laura se sintió sobrecogida por una emoción insoportable. Temió mirarlo, porque él podría adivinarle el pensamiento a través de los ojos.

Pero Josh estaba pensando en asuntos más terrenales. Cogió un panecillo mientras su madre le servía el té. Vio que el plato de Laura estaba vacío y dijo: —Prueba el pastel, en los concursos mi madre gana premios por su pastel de frutas.

—¡Vamos, pruébalo! —dijo la señora Kern, sirviéndole, pero Laura protestó.

—Oh, no, es demasiado, por favor, déme menos de la mitad de eso.

—De acuerdo —aceptó la señora, obedeciendo. Laura probó el pastel.

—¡Está delicioso! —exclamó con sinceridad—. La envidio. Ojalá pudiera cocinar así, pero aunque mi madre me enseñó, no sé por qué, nada de lo que yo preparaba estaba bueno. Mis galletas saben a plastilina y mis pasteles y panes no suben en el horno.

La señora Kern le sonrió.

—Quizá nunca te has tomado la cocina en serio. Es posible que algún día lo hagas y te des cuenta de que todo te sale bien.

—La mujer con la que me case tendrá que esforzarse para

igualar la comida de mi madre —murmuró Josh.

Se creó un silencio extraño. Laura se puso colorada. Presintió que la señora Kern la observaba y se preguntó qué estaría pensando. Josh seguramente le había dicho a su madre que Laura se iba a casar, y que por eso compraba la casa. ¿Le habría dicho alguna otra cosa? ¿Qué sabía la señora Kern respecto a lo que había ocurrido entre ellos dos?

Capítulo 7

Durante la siguiente semana, a Laura le fue difícil concentrarse en su trabajo porque estaba muy nerviosa.

—¿Cenas conmigo? —y ella negó con un movimiento de cabeza y la boca apretada firmemente.

Pocos minutos después, él se detuvo frente al edificio donde ella vivía e impidió que abriera la puerta pasándole un brazo sobre el hombro. De inmediato, la joven sintió la llamarada de pasión que ese leve contacto desencadenaba en ella y se estremeció.

—No me gusta decirte lo que debes hacer, Laura —dijo ronco, inclinándose para que ella tuviera que mirarlo a los ojos—. Pero creo que en cuanto él regrese, debes decírselo y tienes que romper el compromiso. No le harás ningún favor casándote con él, porque a quien quieres es a mí.

—¡No es cierto! —gritó, angustiada.

—Deja de mentir —murmuró con aspereza mientras bajaba la cabeza hacia ella

—. Después de lo que ocurrió hace pocas horas…

—¡No ha sucedido nada!

—Laura, no eres tonta —la miró con ironía—. ¡Sabes que mentir al respecto no te ayudará!

—No miento. No ha ocurrido nada —dijo desesperada, empujándolo con tanta fuerza que logró abrir la puerta y salir del coche antes de que Josh recobrara el equilibrio. No dejó de correr hasta que llegó al interior de su apartamento y cerró la puerta.

—Cena conmigo esta noche —pidió por teléfono Josh más tarde sin identificarse.

—No —respondió Laura con voz ronca.

—¡Tenemos que hablar acerca del asunto!

—¡No hay nada de qué hablar! —insistió, y cortó la comunicación.

Diez minutos después, el teléfono volvió a sonar y ella, nerviosa, descolgó.

—¿Diga?

—No dejo de recordar… —comenzó Josh, pero Laura colgó el teléfono y corrió a su alcoba, donde se arrojó sobre la cama llorando. Se cubrió la cabeza con una almohada, pero volvió a oír el timbre del teléfono; fue un sonido ahogado, como si saliera de debajo del agua, como la campana de una iglesia sumergida.

Laura estaba en la cocina preparando una tortilla cuando el

timbre de la puerta sonó. Estuvo a punto de ir a abrir, pero la intuición le hizo una advertencia y se detuvo con la mano sobre el picaporte.

—No puedes seguir fingiendo que no ha ocurrido, Laura —comentó Josh como si presintiera que ella estaba detrás de la puerta—. Los dos sabemos que sí ha sucedido y que debemos hablar del asunto.

Pálida y en silencio, Laura regresó a la cocina y cerró la puerta con cuidado para no hacer ruido.

Josh volvió a llamar al timbre, con más fuerza y sin soltarlo. Dio unos golpes en la puerta de madera y gritó el nombre de ella hasta que por fin se fue.

Incapaz de comer nada, Laura tiró la comida a la basura y decidió llevarse la taza de café a la cama.

Al pasar frente a la puerta, vio una nota en el suelo. Levantó el papel a regañadientes y lo leyó:

«Debo verte. No dejaré de luchar. Regresaré. Josh».

Laura estrujó el papel y lo arrojó a la basura sobre la comida que acababa de tirar; luego se fue a la cama, pero estuvo en vela durante horas. Cuando finalmente concilio el sueño, soñó con Josh.

Fue un alivio regresar al trabajo, pero no dejó de divagar pensando en Josh.

Regresaba a la realidad cuando el teléfono sonaba o cuando su secretaria le hablaba.

—¿Te sientes mal, Laura? ¿Pasa algo malo?

—¿Algo malo? —respondió, obligándose a sonreír—. Por supuesto que no, estaba pensando. ¿Dónde nos hemos quedado?

Tan pronto como Anne regresaba a su propio escritorio, Laura volvía a divagar mirando por la ventana. Contemplaba el cielo azul, pero veía el rostro sombrío de Josh.

Sin que se hubiera dado cuenta, la primavera había dado paso al verano; todo el mundo llevaba ropa ligera y comenzaba a tener buen color; en las calles había más turistas que de costumbre.

Había momentos en que resultaba difícil abrirse paso, debido a la gran cantidad de visitantes que iban a la catedral o al castillo, siguiendo al guía que hablaba en voz alta. Los aparcamientos y restaurantes estaban atestados; la vida era imposible y Laura se deprimía más cada día.

Laura deseaba que Patrick regresara pronto. Ella se aferraba a eso y suspiraba cuando recibía una postal de su novio, o él la llamaba desde Italia, donde se estaba quedando demasiado tiempo.

—¡Espero que tu editor pague todos tus gastos! —le dijo Laura

esa semana.

—Lo hará —le aseguró Patrick—. Por cierto, será mejor que deje de hablar, porque esta llamada se incluirá en la cuenta que le presentaré. Te veré pronto, Laura.

—Patrick, ¿no podría ir a Roma? Necesito verte, te echo de menos —dijo, angustiada.

—¿De verdad me echas de menos, Laura? ¿Sí? Ojalá pudieras venir, pero aunque lo hicieras dudo que tuviera tiempo para estar contigo. Rae me tiene corriendo por la ciudad todo el día; casi no tengo tiempo para respirar.

—¿Por qué le permites que te haga eso? ¡Iré a Roma y tú le dirás que deseas unos días libres!

—¡Lo dices como si fuera muy sencillo! —rió—. Vosotras dos os parecéis mucho; ambas estáis muy seguras de vosotras mismas y no sois fáciles de convencer.

Es curioso —hizo una pausa antes de añadir con rapidez—: Lo lamento, pero debo irme. Ten un poco más de paciencia, Laura. Volveré a llamarte pronto, adiós.

La comunicación se cortó y Laura dejó de oír la voz de su novio. Con el ceño fruncido, ella también colgó el teléfono. Patrick estaba muy extraño.

Parecía haber cambiado desde que se fue de viaje. Ella no estaba segura de cuál era el cambio, pero era consciente de que cuando hablaban, él parecía diferente, como si fuera un extraño.

«No», se dijo, «soy yo la que he cambiado». Se sentía diferente con respecto a Patrick, pero eso no explicaba por qué las llamadas de él eran tan breves y… casi remotas.

Laura tuvo una sospecha repentina. ¿Patrick realmente estaba tan ocupado con su trabajo? ¿O se trataba de Rae Dunhill?

Rechazó la idea con enfado. Él nunca había mirado a otra mujer, desde que comenzaron a salir juntos. Laura tenía una confianza absoluta en él.

Pero una vocecita interna le recordó que los dos estaban juntos todo el tiempo, a juzgar por la manera en que Patrick hablaba. Él pronunciaba su nombre a cada rato:

«Rae dijo esto, Rae hizo aquello…» Además, los dos estaban solos en una cuidad bella y romántica, a kilómetros de distancia de casa.

En vano trató de recordar todo lo que él había dicho durante las últimas semanas acerca de la escritora. No sabía qué edad tenía Rae Dunhill, si era guapa, si era agradable o divertida… No sabía nada de ella, sólo que tenía éxito y mucha seguridad en sí misma; y

además, que era difícil discutir con ella.

Laura se sobresaltó. «¡Patrick también ha dicho que se parece a mí!»; al recordarlo se sintió insultada. Parecía que Rae Dunhill era una mujer de negocios emprendedora y dominante. Era evidente que le agradaba salirse con la suya y que se había acostumbrado a lograrlo con Patrick.

«¡No soy así!», se dijo Laura, enfadada, luego frunció la frente. «No puedo negar que parte de esa descripción es correcta. O lo fue… hasta… hasta que conocí a Josh Kern, aceptó a regañadientes y suspiró.

Él había causado un efecto devastador en ella. A veces veía a su secretaria mirándola como si nunca antes la hubiera visto, y Laura sabía lo que Anne estaba pensando, porque a menudo, cuando se observaba en el espejo, ya no se conocía.

La verdad era que ya no se sentía segura de sí misma ni de nada, sobre todo tratándose de Josh. Él la había desequilibrado y dejado a la deriva, y ella trataba de comprender qué le había ocurrido exactamente. Últimamente se sentía desvalida, azorada y vulnerable… eran sensaciones que no había experimentado nunca antes.

Si Patrick estuviera ahí, se encontraría tan sorprendido como Anne. ¿Le agradaría ella a Patrick tal como estaba en esos momentos? Laura sabía que a él le encantaban las características que poseía ella y ahora al parecer también las de Rae Dunhill. Patrick era un hombre a quien le agradaba el hogar y era tierno e intuitivo; necesitaba a alguien más fuerte en quien apoyarse y por eso su relación era muy sólida.

Se sentía cada vez más confusa. La idea de que Patrick pudiera estar con otra mujer le resultaba muy dolorosa; había sido suyo durante tanto tiempo que nunca antes lo había imaginado con otra.

Pero asimismo no pudo negar que sintió algo peligrosamente parecido al alivio, porque si Patrick se interesaba por otra mujer… ella quedaba libre. Y tal vez fuera eso lo que deseaba en ese momento.

¿Qué sentía por Josh? No quería ponerle nombre, aunque sabía que no podía ser amor. Uno no se enamoraba con tanta rapidez. ¿Qué sabía ella de él? Sólo lo que los sentidos le indicaban, y era peligroso permitir que éstos dominaran a la mente, y menos aún a la vida de uno.

Conocía a Patrick muy bien, ya no existían sorpresas en la relación que llevaban, no había nada que descubrir respecto a cada uno de los dos. Eso proporcionaba comodidad y seguridad. Siempre

serían igualmente felices, ya que se complementaban perfectamente.

Desde luego, no existía una gran pasión entre ellos. No recordaba que Patrick le hubiera producido nunca las mismas sensaciones que le causaba Josh.

Comprenderlo la sorprendió. Antes no se había atrevido a aceptarlo, pero en ese momento fue necesario que lo hiciera. Josh la hacía sentir como si los huesos se le derritieran. El contacto de su boca la estremecía y le encendía las venas. Patrick nunca la había hecho reaccionar así.

Se sintió febril al recordar los momentos que pasó en el bosquecillo cuando llovía; pero no quería recordar… Cerró los ojos y se estremeció.

Eso no había sucedido. Se lo repitió como una letanía mágica que la libraría de la inquietud y el dolor del recuerdo. Si ella le había permitido eso… tendría que odiarse.

¡Esa simple atracción física no tenía relación con el amor! ¡No era el tipo de amor con el cual se construía una vida! Ella deseaba pasar el resto de su vida al lado de Patrick y eso era lo que importaba, más que cualquier otra cosa.

No dejó de darle vueltas al tema, hora tras hora, día tras día, y eso la dejó más confusa y perdida.

No la ayudaron las constantes llamadas de Josh, que no desistía, a pesar de que ella no le permitía decir más que pocas palabras antes de cortar la comunicación. Él la llamaba por lo menos una vez al día, e iba a su apartamento de vez en cuando. La joven siempre temía que la estuviera esperando cuando llegara a casa y que la abordara antes de entrar al apartamento. Pero su horario era tan irregular que Josh nunca logró llegar en el momento oportuno, porque ella solía salir temprano para ir al trabajo y regresar tarde.

El sentimiento de culpabilidad respecto a Patrick la tenía preocupada; no podía dejar de pensar que debía confesarle lo que había ocurrido en el bosquecillo. Pero cada vez que lo meditaba, sabía que no podría hacerlo. No lo soportaría. Pensándolo bien, había sido sólo un momento de locura, tan irreal que casi creía haberlo soñado.

Eso no podía haberle sucedido a ella. No se reconocía en la mujer que se había dejado poseer por esas emociones tan terribles. No; no había sucedido, lo había soñado y nunca volvería a ocurrir porque no lo permitiría.

—¿Por qué no me dejas en paz? —preguntó enfadada cuando Josh volvió a llamarla—. ¡Estoy harta de tu voz y me arruinas la

vida!

—¿Qué crees que me haces a mí? —preguntó a su vez con voz ronca—. No puedo pensar en otra cosa, mi mente no se concentra en el trabajo. Laura, necesito verte…

—¡Vete y mantente alejado! —casi gritó, y oyó que él gemía con un sonido profundo y primitivo que le encogió el estómago.

—No puedo, te necesito; no dejo de pensar en hacerte el amor como lo hice en el bosque…

—¡No sucedió nada en el bosque!

—Por favor, Laura. Los dos sabemos que lo hicimos…

Laura colocó el teléfono y se alejó con las mejillas húmedas por las lágrimas.

Lo único que la haría olvidar a Josh sería dedicarse de lleno al trabajo, a pesar de la dificultad que tenía para concentrarse, porque temía que él se presentaría en su casa o en la oficina.

Faltaban pocas semanas para la feria en Ransoms; ella estaba ocupada arreglándolo todo y contestando a las frecuentes llamadas que Ian Eyre, preocupado, le hacía. Se reunieron varias veces en la casa de la tía de él; a Laura le agradaba cada vez más Lady Flora. Al principio la había considerado como una señora fría y distante, pero en el fondo, era una mujer cálida y de trato fácil.

Un día mientras bebían café y esperaban a Ian, Lady Flora le habló de la madre de Josh Kern y le contó la historia de su matrimonio.

—¿Nell Kern, querida? —preguntó Lady Flora cuando Laura, con cautela, mencionó el nombre—. Sí, la conozco desde hace años. Es una mujer muy práctica y de buen corazón. Me alegra decir que últimamente su aspecto ha mejorado. Pasó años bajo una terrible tensión, porque su matrimonio no fue bien avenido, ya que su marido estaba casi todo el tiempo con otra mujer, y Nell tuvo que seguir a su lado, a pesar de saber que él corría esa aventura. Creo que ese tipo de situación es muy difícil. Debo decirte que cuando yo era joven, el divorcio era imposible para la mayoría de la gente, una mujer tenía que tolerar la infidelidad descarada y aprender a ocultar sus verdaderos sentimientos. Pero hoy en día el divorcio es muy fácil.

—¿Por qué no se divorciaron? —preguntó Laura.

—Nell no aceptó hacerlo —contestó Lady Flora—. Creo que, al principio, ella pensó que la aventura terminaría pronto; luego, cuando comprendió que no sería así, ya estaba amargada. Supongo que para entonces, ella y su marido ya no se dirigían la palabra. En cierta manera, creo que su actitud es comprensible. Estaba decidida

a que su hijo heredara la granja. Con una segunda mujer y otra familia, se habrían suscitado problemas con la propiedad —le sonrió a Laura—. Pienso que Nell no pudo soportar la idea de abandonar su hogar para que la otra se mudara allí. Eso habría significado que Josh también hubiera tenido que irse. El no se habría quedado si obligaban a su madre a irse.

—Supongo que no —dijo Laura, despacio—. Sé que la granja le encanta y que habría odiado tener que irse, pero comprendo que habría seguido a su madre. El le tiene mucho cariño, ¿no?

—Él quería mucho a sus padres. Los años en que no se dirigían la palabra debieron de ser extremadamente difíciles para él, sobre todo cuando era más joven.

Fue una carga muy pesada para un chico. Imagino que sintió un gran alivio cuando su padre murió el año pasado y la otra mujer se mudó de la casa.

Laura se estremeció ante el cuadro de Josh de muchacho, viviendo en una casa sombría y amargada por la riña entre sus padres. Debió de ser una época muy difícil para él.

—Imagino que usted sabe que yo voy a comprar la casa —dijo con voz ronca—.

La casa donde vivía la otra mujer. Creo que la señora Kern y su hijo no estaban muy contentos por eso. Me han contado algo respecto a la historia pasada de la familia, pero al principio no entendí lo duro que fue para ellos que la casa pasara a manos ajenas.

Lady Flora le ofreció una de sus sonrisas irónicas.

—Por eso te he contado todo esto. Te aseguro que no me gustan los chismes, sobre todo cuando se trata de una de mis amigas más antiguas, pero en este caso comprendí que ya era hora de que alguien te explicara por qué exactamente los Kern se oponen a la venta de Fern Cottage. Nell me dijo que Josh se esmeró en mostrarse difícil contigo y cuando te encontraste con él aquí, durante aquella tormenta, definitivamente presentí la tensión entre vosotros dos. Fue muy evidente.

Laura se sonrojó y no pudo mirar de frente a la mujer mayor. ¡Por fortuna, Lady Flora había llegado a una conclusión equivocada!

Lady Flora siguió hablando, sin darse cuenta de la reacción de Laura.

—Toda esta historia ha sido muy triste, pero ahora que Nell ha tenido tiempo de sobreponerse a la primera conmoción, ha decidido aceptar el hecho de que la casa ya no es parte de la propiedad. Sin embargo, Josh… bueno, Josh nunca desiste. Es muy fiel, lo cual es

una gran virtud, aunque no es muy frecuente hoy en día. Pero también es decidido hasta el punto de llegar al fanatismo, y es capaz de cualquier cosa con tal de obtener lo que desea.

Laura perdió color con la misma rapidez con que lo había adquirido, y fijó la vista en Lady Flora, que le sonrió intentando calmarla.

—Estoy segura de que Josh terminará por aceptar la situación si trabas amistad con Nell —le aseguró a Laura antes de volver la cabeza con el rostro iluminado al oír voces en el vestíbulo—. ¡Ian ya ha llegado!

Laura agradeció el alboroto que causó la llegada de Ian. Mientras Lady Flora saludaba a su sobrino y le ofrecía café, ninguno de ellos notó la expresión alterada en el rostro de Laura.

«¿Trata Josh de que yo rompa mi compromiso porque así no querré comprar la casita?», se preguntó, conmocionada. Todo encajaba. La hostilidad inicial, las amenazas, la frialdad, y luego el cambio de actitud repentino; la perseguía cuando la encontraba sola. Una serie de imágenes le inundaron la mente: recuerdos de Josh besándola, tocándola e insistiéndole en que no se casara con Patrick.

—¿Tienes alguna noticia respecto a la preparación del banquete? —Ian se volvió hacia ella, esperanzado—. ¿Está todo dispuesto?

Laura logró dominarse y sonrió al hablar. Al menos, eso le evitaba pensar en Josh.

Esa tarde, al regresar a su apartamento, encontró una carta de su abogado sobre el felpudo. Le informaba de que la compra de Fern Cottage se realizaría la semana siguiente. Ella dejó la misiva sobre la mesa de la cocina y se preparó una taza de café bien cargado; se sentó con la vista fija en la carta, con un torbellino en la mente.

Recordó el día en que Patrick le había llevado un gran ramo de flores de primavera y que el señor Dale la había llamado para informarle de que había encontrado la casa exacta que ellos buscaban.

Entonces, los dos eran felices juntos. En el presente, todo parecía haber tomado el camino equivocado. Ella ya no sabía qué sentía por Patrick, pero aceptaba que llevaba semanas poseída por un deseo terrible hacia Josh que la hacía odiarse y convertía su vida en una pesadilla de sentimientos de culpa y vergüenza.

Se cubrió el rostro con las manos y se estremeció. «¿Qué puedo hacer?», se preguntó.

De pronto y desde muy adentro, la antigua Laura emergió para

dominarla.

«¡Sabes muy bien qué debes hacer! Deja de hacer castillos en el aire. Sácate a Josh Kern de la cabeza, o del corazón, del sitio que él domina. Regresa al trabajo.

Comienza a pensar. Niégate a que las emociones malsanas acaben contigo».

Cuando alguna amiga, cosa bastante frecuente, había ido a hablar con ella, llorando por un amor perdido o una desilusión amorosa, ella le había hablado con lógica. Seguramente podría hacer lo mismo en este caso.

De inmediato actuó de acuerdo a su propio consejo y llamó al hotel donde se alojaba Patrick para decirle que antes del regreso de él serían dueños de Fern Cottage y podrían comenzar con los planes para la boda.

Pero no lo encontró.

—¡Tiene que estar ahí! —le indicó Laura a la telefonista del hotel. Quizá la chica no comprendía bien el inglés—. *Signor* Patrick Ogilvie —repitió, y comenzó a deletrear el nombre.

—Sí, sí, comprendo muy bien, *signora* —contestó la chica, ofendida—. Hablo bien el inglés. *Signor* Ogilvie ha dejado el hotel hoy, se fue a Florencia.

—¿Florencia? —repitió Laura, anonadada. ¿Patrick se había ido de Roma sin decírselo?

—Sí, signora. Florencia. Firenze —la telefonista comenzó a deletrearle el nombre.

—¿Sabe en qué hotel se hospeda en Florencia? —la interrumpió.

—No —respondió la chica con franca satisfacción—. Lo siento —agregó como si se hubiera arrepentido—. Cuando nuestros huéspedes se van no les preguntamos a dónde van.

Muy pálida, Laura colgó el teléfono. No podía creerlo. Patrick la había llamado hacía dos días. ¡Y no le había dicho nada respecto a que se iría de Roma!

¿Habría sido una decisión de último momento? ¿O se le había olvidado avisarla? ¿Por qué se había ido de nuevo a Florencia? ¿Lo obligaría esa Rae Dunhill a regresar a cada ciudad que ya habían visitado? De ser así, ese viaje duraría meses.

¿Qué ocurría entre ellos dos?

Descubrirlo hizo que su decisión volviera a tambalearse. Se había aferrado a Patrick como si él fuera su salvación. Pero parecía que, después de todo, ella no tenía a qué aferrarse. Tendría que actuar sin ayuda.

Eso no la habría molestado un año antes. Siempre había pensado

que era muy capaz de dominarse, de controlar sus sentimientos, su trayectoria, su vida, sin el apoyo de nadie. Pensó que quizás había cambiado de manera radical o que antes no se conoció. Estaba confusa porque de nuevo era presa de la incertidumbre.

Permaneció sentada durante lo que parecieron horas, tratando de determinar qué hacer, pero no pudo tomar una decisión, así que se dio una ducha. Quizá eso la haría sentirse más animada y positiva en cuanto a la situación en que se encontraba.

Tal vez después se acostaría o comería algo. Pero no tenía hambre. Últimamente comía muy poco y no se molestaba en hacerlo cuando estaba sola.

Quince minutos después, se estaba secando el pelo en el dormitorio cuando el timbre de la puerta sonó. De manera tonta, Laura consultó el reloj. Eran las nueve.

¿Quién podría ser a esa hora? ¿Una vecina que deseaba pedirle un poco de leche o de pan? Quizá la telefonista del hotel se había equivocado y Patrick había regresado a casa en vez de irse a Florencia.

Laura se dirigió deprisa hacia la entrada, descalza, envuelta en un albornoz, y cuando abrió la puerta se sorprendió al ver a Josh.

Fue la gota que colmó el vaso. Quedó tan conmocionada que no pudo hacer lo que debía, esto es, cerrarle la puerta de inmediato. No sólo no la cerró, sino que tampoco se movió. No protestó por su presencia, no le dijo que se fuera y que la dejara en paz; permaneció quieta con la mirada fija en él.

Con avidez lo recorrió con los ojos y en ese momento aceptó que durante días había deseado verlo otra vez.

En ese momento deseaba seguir viéndolo; no le bastaba mirar brevemente el rostro moreno y fuerte, los ojos grises, el magnetismo animal y la fuerza de su cuerpo.

Josh también la observó con los ojos entornados, tratando de adivinar el estado de ánimo de ella. Luego, con mucha calma, entró al apartamento y cerró la puerta mientras Laura permanecía quieta, temblando, consumida por emociones tan intensas que la tenían paralizada.

Josh la miró a los ojos y le apartó del rostro unos mechones húmedos y despeinados.

—Siento que han pasado cien años desde que te vi la última vez —murmuró—.

¡Dios mío, Laura, estoy casi enfermo de desearte tanto!

Laura no pudo hablar porque una dulzura primitiva y fiera latía dentro de ella.

Tenía la mirada fija en la boca masculina y añoraba su contacto.

Josh inclinó la cabeza y presionó su boca contra la de ella; Laura gimió, y cuando él la abrazó entreabrió los labios, cediendo, temblando y con el cuerpo arqueado hacia el de él. Josh la acercó más y más porque los dos necesitaban fundirse y absorberse. Él desató el cinturón y el albornoz se abrió; después emitió un sonido ronco al deslizar las manos sobre el cuerpo femenino para acariciarle con manos inquietas el cuerpo húmedo y desnudo.

Laura se quemaba, se consumía, como una vela; se apoyaba en él porque no podía sostenerse de pie. Necesitaba hacerlo, con los brazos rodeándole el cuello, aferrada a él, estremeciéndose y gimiendo por el deseo y el placer de estar besándolo.

De pronto, Josh deslizó las manos por su cuerpo para levantarla. La cogió en brazos y comenzó a llevarla a la alcoba.

Ella sabía adonde se dirigían y qué sucedería, pero ya no quiso aferrarse al sentido común. Había perdido el control de su vida y el instinto le dictaba lo que debía hacer. Se dejó llevar por el flujo de sus propias emociones mientras lo miraba con ojos inmensos y velados, aferrada a él, con una mano en la nuca masculina y tocándole la encendida mejilla con la otra.

Laura sólo tenía conciencia de la presencia de Josh; el resto del mundo se había desvanecido en una distancia remota. Parecía como si estuvieran en un planeta desierto. Sin embargo, era consciente de todo respecto a él: la sangre que fluía con fiereza por sus venas, el aire que respiraba, la rapidez de los latidos de su corazón cerca del de ella.

La habitación estaba en penumbra; ella había dejado encendida una lámpara junto a la cama que ya estaba preparada para la noche.

Josh la acomodó entre las sábanas y las yemas de sus dedos le rozaron el cuerpo desnudo, por lo que el corazón de Laura dio un vuelco y el pulso se le aceleró.

Él comenzó a quitarse el jersey negro y la boca de Laura se resecó al verle el pecho bronceado, la amplitud de los hombros, los brazos musculosos y el vientre plano.

Laura se estremecía con violencia, estaba helada y febril al mismo tiempo. Josh se bajó la cremallera del pantalón, pero antes de que se quitara la prenda, el timbre de la puerta sonó de nuevo.

—¿Quién diablos puede ser? ¿Esperabas a alguien? —preguntó él.

Ella negó con un movimiento de cabeza; tenía los ojos dilatados, pero emergió del trance de inmediato.

—Ignoraremos el timbre y se irán —Josh cerró la puerta de la alcoba.

El timbre volvió a sonar.

Laura sintió que estaba recuperando la noción de la realidad. Se sentía muy mal.

—Será mejor que vaya a ver quién es; podría tratarse de una emergencia —

murmuró al sentarse y cubrirse con la sábana hasta la barbilla mientras trataba de ponerse el albornoz y atarse el cinturón. No se levantaría de la cama hasta que estuviera totalmente cubierta.

Se sentía muy culpable. Había estado a punto de permitir que Josh le hiciera el amor, tal como lo habían hecho en el bosque, con una intensidad alocada, abandonados a la necesidad de poseerse. Ella se había dicho que no había sucedido, que había sido un sueño, un espejismo; pero había sido real y ella lo sabía. Se había prometido que no volvería a suceder, pero se había rendido sin ofrecerle ninguna resistencia, tan pronto como lo había visto. Se odió y lo odió a él.

Josh se puso el jersey.

—Quédate aquí, iré yo —se volvió para salir de la habitación.

—¡No! ¡No puedes! Quienquiera que sea se preguntará… qué haces aquí —gritó Laura, y poco faltó para que se cayera de la cama.

Tuvo que correr para alcanzarlo y sus pies descalzos hicieron poco ruido sobre la alfombra, pero llegó tarde. En el momento en que lo alcanzó, Josh abría la puerta, y Laura se quedó paralizada al ver a Patrick.

Capítulo 8

Laura notó el mismo tipo de conmoción en el rostro de Patrick cuando comprendió lo que estaba viendo. Él también se puso pálido mientras la miraba. Al mirar a Josh se encontró con sus ojos que brillaban con una mezcla de triunfo, satisfacción y una especie de conmiseración.

—¿Qué diablos…? —comenzó Patrick, pero calló al volver a mirar a Laura, para cerciorarse de que no se estaba imaginado lo que sucedía. La observó de arriba abajo y captó la expresión de culpabilidad, además de darse cuenta de que llevaba únicamente el albornoz.

Laura no pudo mirarlo a los ojos. Bajó la mirada, pero no sin antes percatarse de que las facciones normalmente sonrientes se convertían en una máscara sombría.

—¡Cogí el primer avión porque me dijiste que me echabas mucho de menos! —

dijo con ironía y amargura.

—Oh, Patrick… lo siento mucho… —los ojos de Laura se anegaron en lágrimas.

—Será mejor que entres —declaró Josh—. ¡No podemos hablar de esto en el umbral! —dio un paso atrás al mismo tiempo que abría más la puerta.

Patrick dirigió su mirada furiosa hacia Josh, pero no intentó entrar al apartamento. Sólo dijo, con pesar y desprecio:

—No hay nada de qué hablar, sobre todo contigo. Lo que ha sucedido es evidente, y si ha sido la primera vez o ha ocurrido desde que me fui, bueno… no deseo conocer los detalles, gracias. Me basta con lo que ya sé.

—¡No ha sucedido nada! —exclamó Laura, y era la verdad, aunque no del todo, porque ella y Josh se habrían amado si Patrick no hubiera llegado en ese momento.

Patrick le lanzó una mirada que la hizo estremecerse. Lo conocía desde hacía mucho, pero nunca antes lo había visto tan frío y severo. En un instante, toda la calidez y encanto que ella tanto había admirado en él había desaparecido, y ella tenía la culpa.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó, y Laura titubeó.

Ella se había hecho esa pregunta durante semanas, pero aún no estaba lista para decir si lo que sentía por Josh era amor.

—Yo… no lo sé… —tartamudeó, y Josh se volvió para observarla con ojos llenos de furia.

—¡No me mires así! —murmuró Laura, sobresaltada. Ella no sabía qué sentía él por ella. Josh nunca le había dicho que la amaba, sólo que la deseaba. Pero él parecía estar seguro de que la joven estaba enamorada de él, aunque ella nunca le había dicho tal cosa. ¿Por qué la miraba con ojos acusadores? Laura se encontraba entre la espada y la pared. Dijera lo que dijera, uno de ellos estaría furioso y a ella le importaban los sentimientos de Patrick. Al menos, le debía una explicación, una disculpa. Sin embargo, a Josh no le debía nada.

Con el cuerpo tenso, se volvió hacia Josh.

—¿Me haces el favor de irte para que pueda hablar a solas con Patrick?

El rostro de Josh se puso tenso y durante un segundo ella creyó que él se negaría, pero la joven levantó la barbilla a manera de desafío y lo venció.

—¡Esperaré en la alcoba! —anunció, y Laura sintió la rabia de Patrick. Tuvo ganas de golpear a Josh.

—¡Vete a tu casa! —estalló. La hostilidad anterior regresó con toda su fuerza; en ese instante sintió que no quería volver a verlo. Le había arruinado la vida: todos los planes para el futuro, su relación armoniosa y tranquila con Patrick. Todo había desaparecido porque Josh lo había destruido. Lo miró con furia, rechazándolo, y Josh se la quedó mirando antes de dar media vuelta para salir sin pronunciar una palabra más.

Laura no pudo enfrentarse a los ojos de Patrick. Con una mano mantenía la puerta abierta y con la otra se aferraba a la solapa de su albornoz para que la prenda no se abriera.

—Entra —murmuró con voz ronca.

Patrick se dirigió a la sala y ella permaneció junto a la puerta, porque de pronto tenía mucho frío.

—¿Haces el favor de encender la estufa? —le sugirió a Patrick—. No tardaré más que un minuto…

Se dirigió a su dormitorio, se vistió apresuradamente y volvió al lado de Patrick.

Él había encendido la estufa, pero no la luz, de modo que la habitación estaba en sombras. Patrick se encontraba de pie junto a la ventana y sostenía la cortina para ver la calle iluminada por un farol.

—Prepararé un poco de café —dijo Laura.

—Preferiría algo más fuerte —murmuró Patrick sin volverse.

—No creo que tenga… sabes que no bebo…

—No importa, aceptaré el café —respondió Patrick con la vista

fija en la calle de abajo.

Laura salió para preparar el café, lo llevó sobre una bandeja a la sala y encontró a Patrick en el mismo sitio, junto a la ventana y mirando hacia abajo.

—Él sigue en la calle —dijo, y el corazón de Laura pareció detenerse.

No preguntó a quién se refería.

—Está al otro lado de la calle y me observa —agregó Patrick, y rió de manera extraña—. Parece un detective de una de esas viejas películas en blanco y negro. Ha empezado a llover. ¡Ojalá se cale hasta los huesos!

La lluvia no molestaría a Josh; él estaba a la intemperie en invierno y verano, durante las tormentas o las ventiscas. No se preocuparía por unas gotas de agua.

—Ya está el café.

Patrick dejó caer la cortina y se volvió para aceptar la taza que la joven le ofrecía. Sus manos se tocaron; ella se puso tensa, se hizo para atrás y él la miró con tristeza y reproche. Laura nunca había visto a Patrick en ese estado; siempre lo recordaba animado y relajado. Esa noche, hasta sus facciones parecían diferentes.

—Sabes que siempre temí perderte —dijo Patrick con suavidad, sentado junto al fuego, con la taza de café entre las manos.

—No, no lo sabía… nunca me diste el menor indicio —contestó Laura, sentada frente a él.

—¿Para qué iba a hacerlo? —preguntó, haciendo una mueca—. No quería preocuparte. De cualquier manera, no parecías interesada por otro, y cuando te declaré mis sentimientos, me aceptaste, de modo que me agarré a ti, dispuesto a no dejarte escapar. Sin embargo, siempre me sentí inquieto porque no creí que me amaras tanto como yo a ti. Pero te necesitaba demasiado como para dejarte ir, así que traté de serte muy útil en lo que pudiera —calló y rió sin diversión—. ¡Quizá me esforcé demasiado! Si no existe el amor, uno no puede forzarlo.

—¡Ay, Patrick! —exclamó, con el corazón encogido—. Me siento muy culpable y muy mal por esto…

—No te culpo —murmuró con la vista fija en el fuego—. Estas cosas suceden.

Esperaba que algún día conocerías a alguien que te hiciera sentir lo que yo siento por ti.

Ella se sobresaltó porque era cierto, aunque seguía sin saber exactamente qué sentía por Josh. Sólo sabía que sus sentimientos eran fuertes, que la habían desequilibrado completamente.

—Yo te quería, Patrick —protestó ella—. Sólo que…

—No lo suficiente —añadió él, tenso.

Laura calló. En efecto, eso era. Lo que sentía por Patrick no era suficiente, y la aguda percepción de él la sorprendió. Había visto la situación entre los dos con mucha más claridad que ella.

—No debí ausentarme tanto tiempo dejándote sola —murmuró Patrick—.

Aunque supongo que fue mejor que lo averiguáramos antes de casarnos y no después, cuando te dieras cuenta de que en realidad no me quieres.

—Ay, Patrick, lo lamento… —él la miró con enfado.

—¡Deja de repetir lo mismo! —su voz fue dura y Laura se puso tensa. Jamás había pensado que le tendría miedo a Patrick y lo observó, incrédula. Él miró con expresión arrepentida.

—No, Laura, no te pongas así. No fue mi intención gritarte. Pero sucede…

bueno, y aunque siempre temí que conocerías a otro, no puedo creer que lo hayas elegido a él… es decir a Kern. Pensé que lo odiabas.

—Así fue —murmuró con el rostro ardiendo y la vista fija en sus propias manos

—. A veces pienso que todavía lo odio, pero luego… oh, Patrick, estoy muy confusa.

Lo odio y lo amo al mismo tiempo; a veces pienso que no deseo volver a verlo, pero luego yo… —tragó saliva y levantó la vista. Patrick la observaba con el rostro pálido y tenso.

—No puedo creer que seas feliz a su lado, Laura —calló cuando se miraron a los ojos, y antes de continuar frunció la frente—. No lo digo porque esté celoso, aunque así sea. Realmente estoy preocupado por ti. Ten cuidado, cariño. ¡No toleraría que te hicieran daño y ese hombre podría dañarte mucho! ¡Recuerda su comportamiento respecto a la casa! ¡Ese hombre parece muy primitivo! ¡Vosotros dos no tenéis nada en común; él no es tu tipo!

—Lo sé —aceptó, pero una vocecita interna la contradijo. Laura ya no sabía cuál era su tipo, aunque admiraba ciertas características de Josh. La lealtad y cariño hacia su madre, la gracia y fuerza de su cuerpo, el afecto por su tierra, la manera en que parecía encajar allí porque era parte del paisaje, igual que los animales y los pájaros.

Cuando más veía a Josh, más le agradaba.

—Será mejor que me vaya pronto —murmuró Patrick, y levantó su taza para beberse el café deprisa. Se puso de pie, dejó la taza en una mesita cercana y se volvió hacia la puerta—. Mañana regresaré

a Italia. Dejé a Rae en Florencia; estaba furiosa conmigo porque de pronto le dije que vendría a casa para verte.

—¿Se enfadó ella? —Laura lo miró, intrigada—. Varias veces me he preguntado si tú y Rae… bueno, últimamente hablabas mucho de ella. ¿Hay algo entre vosotros dos?

Patrick comenzó a reír, se detuvo y la miró haciendo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, Laura, temo que eso fue una ilusión por tu parte. Rae es una amiga; trabajamos bien juntos, estoy aprendiendo mucho de ella, pero no existe ninguna relación afectiva entre los dos —sacó algo de un bolsillo y se lo dio—. Éste es el libro más reciente de Rae; lo firmó para ti. Hay una foto de ella en la contraportada.

Laura cogió el libro y observó la gran fotografía en color que ocupaba toda la parte de atrás de la cubierta.

—¿Crees que me fijaría en ella yendo a casarme contigo? —preguntó Patrick.

Rae Dunhill tenía el rostro delgado, animado, con ojos oscuros brillantes y pelo rizado y corto, como el de un muchacho. Estaba muy bronceada, era llamativa, aunque no podría decirse que fuera guapa.

—Siento desilusionarte —dijo él, con un tono sarcástico que hirió a Laura—. No te pongas así. Se me pasará. Los corazones no se rompen, sólo quedan con más cicatrices. Pero en el futuro, tomaré el amor a la ligera, tal como solía hacerlo antes de conocerte. Fuiste mi gran equivocación. Es un error querer mucho.

Laura se entristeció. Le parecía terrible lo que le había hecho.

—No permitas que esto te cambie mucho, Patrick —dijo con tristeza, con los ojos bien abiertos y llenos de lágrimas—. Sé que te he hecho daño, pero no empeores la situación diciendo esas cosas. No eres cínico ni malvado, no cambies a propósito por mi culpa.

—Eres muy amable por preocuparte.

Laura se estremeció y él agregó con más amabilidad:

—Tendré que protegerme lo mejor posible, Laura, eso es todo. Por el momento, no quiero a ninguna mujer en mi vida; ya he tenido bastante amor. Me concentraré en mi trabajo; he aprendido mucho de Rae en Italia. Es una maestra brillante; me ha enseñado a ver. Antes de ir a Italia con ella, yo no sabía cómo usar mis ojos. Creo que me iré a vivir unos años a Italia, para aprender todo lo que pueda —se encogió de hombros—. Pero a ti no te interesa todo eso.

—¡Sí me interesa! —protestó.

—No, cariño, no seas bondadosa conmigo, no puedo soportarlo

—murmuró con una dureza repentina.

Laura se quedó paralizada, enmudeció y se puso lívida.

—Será más fácil si terminamos rápida y llanamente —agregó Patrick, amable—.

¿Puedo venir mañana, mientras estés en el trabajo, para recoger lo que haya dejado en tu apartamento?

Laura asintió.

—Antes de salir, dejaré mi llave sobre la mesa de la cocina — dijo Patrick, con su acostumbrado gusto por el detalle.

—Gracias —murmuró ella. Todo eso le parecía insoportable y deseó que él se fuera para poder romper a llorar.

—Y si encuentro algo tuyo en mi apartamento te lo traeré mañana —agregó Patrick, fiel a su naturaleza calmada—. En cuanto a la casa, ¿qué deseas hacer al respecto?

Laura se sobresaltó, porque por sus palabras comprendió que Patrick no sabía qué arreglos se habían hecho.

—¡Oh, Patrick, la venta se realizará dentro de pocos días! Te llamé para decírtelo, pero ya te habías ido de Roma. ¿Qué haremos con ella?

—Imagino que Josh Kern tendrá algunas ideas al respecto. Él quería comprarla

—hizo una mueca y su expresión cambió—. Laura, supongo… ¡no, nadie puede ser tan sinvergüenza!

—¿El qué? —preguntó, sintiendo mucho frío, porque de alguna manera adivinó lo que él había querido decir.

—Nada… pero si Josh Kern desea la casa con tanta desesperación, quizá haría cualquier cosa por obtenerla —comentó, severo.

—¡Tenías razón la primera vez… nadie sería tan sinvergüenza! —gritó, enfadada—. ¡Y Josh no lo es!

—Bueno, tú lo conoces mejor que yo —Patrick asintió y se inclinó para darle un beso en la boca; fue un beso breve que de nuevo la hizo desear llorar. Luego, él se enderezó y volvió a mirarla —. Adiós, Laura —su voz tenía un timbre ronco y parecía que se despedía para siempre.

Cuando Patrick cerró la puerta del apartamento al salir, Laura supo que parte de su vida también se había cerrado, con tranquilidad y terminantemente. Patrick no regresaría.

Pero Josh, sí. Laura sabía que tan pronto como viera que Patrick se había ido, él regresaría, pero ella no se sentía capaz de tolerar esa situación en ese momento.

Estaba totalmente vacía a causa de lo sucedido. Apagó las luces

y se dispuso a acostarse.

Tal como esperaba, el timbre de la puerta sonó justo cuando cerraba la puerta de su alcoba, pero ella no le prestó atención. Volvió a desnudarse, ignorando el timbre y las llamadas. Se dio una ducha con el grifo completamente abierto para no oír.

Se secó y se puso un camisón antes de acostarse. Para entonces, todo estaba silencioso. Josh había desistido y se había ido. No había dejado ni una nota para decir que volvería. No necesitaba hacerlo. Ella sabía que él regresaría.

Estaba tan cansada que durmió de un tirón. Se despertó a las siete y vio que la mañana de verano tenía una luz dorada. Pensó en Patrick y deseó que él no tardara mucho tiempo en reponerse. Patrick nunca había sido una persona tendente a la depresión; su personalidad era demasiado alegre. Pero la noche anterior…

Laura se dijo que no debía pensar más en ese asunto. No podía hacer nada para cambiar el pasado; tendría que vivir con ello, a pesar de su tristeza.

Saltó de la cama y fue a darse una ducha, y mientras se secaba notó que seguía llevando el anillo de Patrick. Se lo quitó con lentitud y recordó el día en que él se lo había puesto. Lo dejaría donde él pudiera verlo cuando llegara más tarde para recoger sus pertenencias.

Después de vestirse, tuvo cuidado de colocar el anillo sobre la mesa de la sala; se bebió una taza de café acompañado de una rebanada de pan tostado. A la media hora estaba camino de la oficina, decidida a concentrarse en el trabajo.

Esa tarde, Josh la llamó a la oficina, pero por fortuna ella se encontraba en una reunión muy importante y cuando vio su nombre en la lista de personas que la habían llamado, con toda calma le dijo a su secretaria que jamás la pusiera en contacto con él.

Anne asintió, pero su actitud fue extraña y Laura quedó intrigada hasta que notó que la otra observaba su mano. Comprendió. Su secretaria había notado la falta del anillo.

—Por cierto, hemos roto nuestro compromiso —dijo en voz baja, porque tarde o temprano tendría que explicarlo y prefirió hacerlo en ese momento.

—Oh, Dios… ¿por qué… qué ha sucedido? —tartamudeó después de tomar aire.

—Esas cosas suceden —respondió Laura sin inflexión en la voz —. Necesito el expediente de Bennison Trust, Anne. ¿Haces el favor de traérmelo?

Anne aceptó la insinuación y no formuló las preguntas que le

quemaban la lengua. Le llevó el expediente a Laura y regresó a su propia oficina, pero más tarde, cuando Laura estaba a punto de abrir la puerta que daba a la oficina de Anne, oyó que ella hablaba con alguien y no pudo evitar oír.

—No, no dijo por qué, sólo que se había terminado; debe de estar loca si lo ha dejado ir. Creo que él es muy atractivo y daría cualquier cosa por salir con él… —

hubo una pausa por lo que Laura comprendió que Anne hablaba por teléfono.

La secretaria suspiró.

—Sí, quizás tengas razón; seguramente fue él quien rompió el compromiso. ¡Es decir, nadie en sus cabales querría perder a Patrick! ¿Cómo será la nueva mujer?

Tiene que ser fabulosa, si dejó a Laura por ella. Nunca pensé que lo haría, es decir, abandonar a Laura —Anne soltó una risita—. ¡Aunque a menudo deseé que lo hiciera! Yo le tenía echado el ojo, Julia, y tú también, ¿verdad? ¡Anda, acéptalo! Sí, sé que te gustaba; a todas nos encantaba y deseábamos que algún día se fijara en nosotras. Es muy guapo, y cuando sonríe, una estaría dispuesta a morir por él —

suspiró largamente—. Ahora, quizá nunca volvamos a verlo —volvió a callar—. No lo dijo, no me comentó nada; ya la conoces, no es muy comunicativa.

Laura no pudo reprimir una sonrisa, pero había tristeza en su mirada. No le sorprendió enterarse de que Patrick le gustaba a Anne; era evidente que desde hacía tiempo, y aunque nunca habían hablado del asunto, Laura sospechaba que él conocía los sentimientos de la chica.

—Pero si él y Laura se han separado, es evidente que él ya no vendrá a la oficina —continuó Anne con tristeza—. Lo voy a echar mucho de menos, ¿y tú?

Laura ya no soportó oír más. Ella sí que iba a echar de menos a Patrick. Él estaba completamente unido a su vida. No sólo había sido un amante, sino también un amigo y un compañero, cuyo trabajo iba a la par del de ella. El dolor de perderlo dejaría un gran vacío.

Abrió ruidosamente la puerta antes de salir y Anne se despidió con rapidez. Se volvió sonriendo de manera culpable y nerviosa hacia su jefa.

—Me iré temprano, Anne, pero en el camino me detendré para hablar con algunas personas. Si Ian Eyre llama, dile que espero estar en casa a partir de las seis

—anunció Laura con calma. Anne asintió y la observó con curiosidad y un poco de conmiseración, mientras su jefa caminaba por la habitación hacia la otra puerta y la cerraba.

Esa noche, Laura esperaba que Josh se pusiera en contacto con ella, pero él no la llamó. Y aunque no deseaba hablar con él, ella se puso nerviosa y comenzó a recordar lo que Patrick había dicho. ¿Había Josh planeado seducirla con la esperanza de que ella rompiera su compromiso con Patrick? ¿Había actuado así para recuperar su casa?

Gimió y se cubrió el rostro con las manos. No podía creer eso. Josh no era tan desalmado como para cometer tal infamia. Sin duda, era arrojado, rudo, decidido, pero ¿sería capaz de romper un compromiso, de arruinarle la vida a otros sólo para quedarse con una propiedad? No, Josh jamás haría algo así.

Ian Eyre la llamó a las ocho, justo cuando ella acababa de cenar una ensalada; habló con ella casi una hora acerca de algunos detalles para la feria medieval. Él tenía algunos problemas usuales de último momento con los diseños para el desfile de modas y estaba nervioso, pero ella sabía que siempre ocurría lo mismo.

—Deja de preocuparte, Ian; ¡todo saldrá bien en la noche de la feria!

—¡Toca madera! —murmuró, preocupado; Laura se lo prometió y él cortó la comunicación.

A la mañana siguiente, Laura llamó a su abogado para explicarle el cambio de planes respecto a la casa.

—La escritura deberá estar sólo a mi nombre y no a nombre de los dos —le informó.

—Tendré las escrituras listas antes de la fecha, no se preocupe —calló antes de hablar con discreción—. Lamento que sus planes hayan cambiado. ¿Existe la posibilidad de que reanuden la relación?

—No —respondió Laura, y cambió de tema al hacer una pregunta—: ¿Estaré dentro de la ley si les doy instrucciones a los constructores de que inicien el trabajo dentro de dos semanas? ¿O debo esperar hasta que me avise de que el trato está cerrado?

—No creo que corra ningún riesgo al darles una fecha para iniciar la obra. Si algo interfiere con los trámites, siempre podrá pedirles que cancelen la obra,

¿verdad?

Laura llamó al constructor de inmediato y Alf Hudson aceptó comenzar a trabajar en la casa, dentro de diez días.

—¿Qué me dice de la nueva capa de pintura? No ha decidido si

quiere que se haga. Es mejor pintar los exteriores en verano.

—Muy bien, hágalo —dijo Laura, sin que realmente le importara si pintaban la casa o no. Luego recordó que Alf Hudson era amigo de Josh y agregó—: ¡No me mudaré a la casa pronto, pero puede decirle a su amigo, el señor Kern, que no desistiré en la compra de la casa, haga lo que haga él!

—¿Sí? —preguntó el hombre, sorprendido—. Bueno, señorita, dudo que vea a Josh, ayer sufrió un accidente y…

El corazón de Laura casi dejó de latir. Durante un minuto no pudo respirar, pero después habló deprisa.

—¿Un accidente? ¿Qué ha pasado? ¿Está herido?

—No conozco todos los detalles, señorita; ayer venía del herrero, montado en su gran yegua negra, y una camioneta salió de un patio sin previo aviso. ¡La manera en que algunas personas conducen es escandalosa!

—Oh, no —murmuró Laura, completamente pálida—. ¿Está muy herido?

—¿Josh? —preguntó Alf Hudson y ella quiso gritar por la lentitud de comprensión del hombre. Ella no podía estar hablando de nadie más que de Josh—.

El caballo lo tiró y parece que él cayó pesadamente al asfalto. Tuvo suerte de no matarse. Al parecer, resultó gravemente herida la yegua. Tuvieron que matarla y me han dicho que Josh está muy triste por eso; me han contado que estuvo a punto de llorar. Le tenía mucho cariño.

—Era un animal muy bello —dijo Laura al recordar que Josh había montado esa yegua el día que saltó sobre el coche de ella para asustarla. Pero Alf todavía no le decía qué le había pasado a Josh, de modo que preguntó con voz ronca—: No me ha dicho si Josh quedó muy herido o no.

—Me atrevo a decir que vivirá —dijo Alf Hudson, animado—. Lo llevaron al hospital, así que debía de estar herido, pero anoche, en el bar, oí que decían que lo recogieron bañado en sangre, en la carretera, pero uno no puede creer todo lo que dicen, ¿verdad? —Alf Hudson rió a carcajadas—. Sí, así es Josh, rudo como las raíces de los brezos…— repitió, y su propio ingenio le agradó—. Pero, en cuanto a arreglar la casa… ¿ya ha pensado en los colores que quiere?

—Blanco —respondió Laura, distraída, sin que le importara el color de la pintura—. Píntela toda de blanco, señor Hudson. Debo irme ya, tengo mucho trabajo.

Hasta pronto.

Cortó la comunicación y llamó a la casa de Josh Kern. Una voz cálida, con acento de Yorkshire, le contestó.

—¿Señora Kern? —preguntó Laura con timidez.

—No, soy la asistenta, la señora ha salido —contestó la mujer—. Ha ido al hospital a ver a su hijo. Ha sufrido un accidente cuando montaba en su caballo.

—¿En qué hospital está? —inquirió Laura antes de que la mujer le diera otra versión del accidente de Josh. No toleraría que le proporcionaran información vaga respecto a lo ocurrido. Necesitaba saber en qué condición se encontraba él y la única manera de averiguarlo sería yendo al hospital a verlo.

Debió adivinar que Josh estaba en el hospital de Yorkshire, a unos minutos de distancia de la oficina de ella. No tardó ni quince minutos en llegar allí. La recepcionista buscó el nombre del lesionado y le informó en qué sala estaba. Laura compró un ramo de flores en la floristería del hospital y caminó durante lo que le parecieron horas por los pasillos largos y pulidos.

Por fin llegó a la sala que estaba buscando y se detuvo junto a un grupo de enfermeras para preguntar si podía ver a Josh.

—Sólo unos minutos, no más —le contestó una con mirada impaciente y encogiéndose de hombros—. Esta mañana ya ha tenido una visita y las horas de visita son de tres a cuatro por la tarde y de siete a ocho por la noche. Por favor, no se quede mucho tiempo. Está al final de la sala, en una habitación privada.

Laura se encontraba muy nerviosa mientras llegaba hasta el lugar indicado.

Pudo ver a Josh antes de acercarse, pero él estaba recostado sobre unas almohadas y mantenía cerrados los párpados.

Laura sintió que el estómago le daba un vuelco debido a la tensión que experimentó al verlo; era extraño que él pareciera más joven en pijama, bien cubierto con la sábana blanca y la manta. Laura se detuvo al pie de la cama y lo observó.

Tenía bien cepillado el pelo; el rostro estaba tan pálido que parecía haber perdido el bronceado de la noche a la mañana, y tenía cardenales en la frente, mandíbula y mejillas. Laura vio un rasguño profundo y largo en una mano, y cuando él se movió y la blusa de su pijama se abrió un poco, ella vio una venda alrededor de su pecho.

Pero al moverse, Josh abrió los ojos y la vio. Se puso pálido, luego frunció la frente y en sus ojos brilló una hostilidad y rabia inconfundibles.

—¿Qué diablos haces aquí? ¡Dios mío, algunas mujeres

necesitan que se les metan las cosas a la cabeza a base de martillazos! No te quiero, ¿de acuerdo? ¡Vete y mantente alejada!

Capítulo 9

Laura se sintió tan herida que sin decir una palabra se volvió para salir, llevando las flores con tal tristeza que parecía dirigirse a un entierro. Regresó a su coche, de manera automática introdujo la llave, y permaneció sentada, con el motor encendido, sin soltar las flores, mientras su mente recorría los recuerdos como si fueran una película. Josh la miraba con odio franco y le decía con voz enfadada: «No te quiero… vete…»

Laura había querido saber qué sentía él por ella. Ya lo sabía. Por lo visto, él la había seducido de acuerdo a un plan bien premeditado para que rompiera su compromiso con Patrick y así evitar que compraran la casa y se mudaran a ella.

Acababa de ver sus sentimientos reales tanto en su rostro como en su voz; ella ni siquiera le agradaba a Josh, y como ya había logrado su objetivo y el compromiso estaba roto, ya no necesitaba fingir.

Laura nunca había imaginado que nada pudiera causarle tanto dolor. Se pasó una mano temblorosa frente a los ojos y, de pronto, se dio cuenta de que estaba llorando y que todavía sostenía las flores. Se bajó del coche y las dejó caer en una papelera.

Regresó a su casa y se obligó a concentrarse en el trabajo durante el resto del día. Planeaba un proyecto para una promoción de ventas de un gran almacén que acababan de remodelar totalmente. Nunca le fue tan difícil idear algo para una empresa tan fácil. Nada se le ocurría, pero siguió intentándolo porque le era menos doloroso que pensar en Josh.

Unos días después, finalmente se convirtió en la propietaria de Fern Cottage y fue irónico que no estuviera de humor para apreciarlo. Deseó no haber visto nunca la casa, y la habría puesto a la venta de inmediato si no fuera por su orgullo y terquedad. Esperaba que en cualquier momento, Josh o sus abogados le propusieran comprar la casa, pero, desde luego, no podría venderla, ya que la dueña anterior había estipulado que ella firmara un acuerdo legal en que se comprometía a no revender. De cualquier manera, Laura no habría aceptado hacer tal cosa. ¡Preferiría prenderle fuego a la casa!

El día de verano era muy caluroso y las calles de York estaban más atestadas que de costumbre con turistas y tráfico; el aire olía a gasolina quemada y estaba lleno de ruidos de coches y camiones. Laura comió con un cliente en un hotel junto al río y cuando él se

fue, ella permaneció sentada. Estaba muy acalorada y cansada como para moverse y tenía la vista fija en el cielo despejado y azul; el río corría con languidez debajo de la ventana. Un grupo de patos salvajes graznaba ruidosamente mientras se deslizaba, un par de cisnes los seguían en silencio, con los cuellos gráciles inclinados para buscar trozos de comida dentro del agua.

Laura miraba sin ver. No tenía más compromisos ese día y como tampoco la esperaba algún trabajo urgente, decidió no regresar a la oficina. La ciudad le pareció claustrofóbica. Sentía como si las paredes antiguas comenzaran a encerrarla. Había demasiada gente y mucho ruido. Se volvería loca si no se alejaba de York, para llegar a algún espacio abierto en los valles, o en los páramos, respirar aire fresco, oír sonidos naturales, el murmullo de las abejas en los brezos y el rumor de los grandes helechos.

Media hora después, salió de la ciudad sin haber tomado una decisión en cuanto a su destino; se limitó a conducir sin rumbo por los caminos. Al principio se encontró con un tráfico pesado, pero cuando abandonó la carretera principal para seguir por los senderos angostos y curvos, vio menos vehículos, y como tenía la ventana totalmente abierta, podía oír el canto de las alondras.

Mucho antes de que llegara allí, comprendió que se dirigía a la casa, aunque no había iniciado el trayecto con esa meta en mente. Fue un proceso gradual, una especie de vagar sin rumbo, pero finalmente se halló cerca de Castle Howard y comprendió dónde terminaría.

Al aparcar el coche oyó que otro coche venía a su espalda y volvió la cabeza, tensa como un resorte. Pero no era Josh quien conducía el cochecito azul. Era su madre. Nell Kern se detuvo justo frente al vehículo de Laura y salió sonriendo.

—Hace mucho calor. Fui de compras a York y no pude soportarlo, de modo que regresé a casa. ¿Cuándo te mudarás aquí, Laura? Hazme el favor de avisarme.

Cambiarse de casa implica mucho trabajo. Con gusto vendré para echarte una mano.

—Gracias, es usted muy amable —tartamudeó, dada su sorpresa.

Nell la observó un momento con curiosidad y suspiró.

—Sé que no comenzamos con el pie derecho, pues al principio Josh se mostró difícil contigo y lo lamento. Él lo hizo por mí, lo cual no es una excusa válida, pero él sabía que yo estaba molesta por la venta de la casa y eso lo enfadó. A Josh no le agrada verme molesta. No pude pedir un hijo mejor.

—Lo sé —Laura asintió y sonrió con tristeza—. Comprendo todo

eso. Lady Flora me lo explicó.

—¿Eso hizo ella? —Nell Kern se ruborizó un poco, pero sonrió —. Debí suponerlo; Flora siempre ha sido entrometida. De cualquier manera, lo que te haya dicho debe ajustarse bastante a la verdad. Pero todo aquello pasó, quiero olvidarlo y deseo que seamos amigas —le ofreció su mano—. ¿Podemos serlo, Laura?

—Eso espero, me encantaría —Laura estrechó la mano y sonrió, a pesar de estar confusa. Parecía que Nell Kern daba por hecho que ella se mudaría a la casa. ¿Acaso Josh no le había informado que Laura ya no se casaría y que esperaba poder comprar la casa de nuevo?—. ¿Dispone de tiempo para entrar ahora? —preguntó—. ¿Quiere tomar una taza de té conmigo?

—Eres muy amable, Laura, y me encantaría, pero tengo que regresar. Josh volvió ayer del hospital y quiero prepararle su té. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Es usted muy amable, pero… tengo algunas cosas que hacer aquí —Laura se sonrojó y desvió la mirada. Deseaba ver a Josh, pero por nada en el mundo iría a la casa Kern para enfrentarse a la amarga hostilidad en el rostro de él.

—Entonces, será en otra ocasión —contestó Nell, tranquila—. Pero no olvides avisarme cuando te vayas a mudar, para que venga a ayudarte.

La señora se subió al coche, se despidió con un movimiento de brazo y se fue.

Laura caminó por el sendero privado hacia la puerta de la fachada y abrió con una de las llaves que el abogado le había entregado. Caminó por la casa y oyó ecos extraños que parecían vagar como fantasmas en esa morada vacía, y recordó el día en que llegó ahí por primera vez. Le pareció que eso había sucedido hacía mucho tiempo. Su vida había cambiado radicalmente durante esos pocos meses. Sabía que ya no era la misma persona que había llegado allí con el señor Dale. Entonces su vida estaba muy bien planeada: se casaría con Patrick, viviría en York toda la semana y regresaría a esa casa cada fin de semana. Le había parecido un futuro perfecto. Eso ya no sucedería y Josh Kern era el culpable.

No soportó quedarse ahí; la casa la hacía sufrir. Salió dando un portazo; sin embargo, cuando abría el coche vio que el cochecito de Nell Kern regresaba, lo cual la sorprendió porque ignoraba hacia dónde podría dirigirse la señora.

Pero se percató de que no era Nell quien conducía, sino Josh. Vio el cabello negro, el rostro duro, los ojos fijos en ella en tanto conducía como un loco y el coche se zarandeaba a lo largo del

áspero sendero. El corazón de Laura dio un vuelco violento y fue presa del terror. Ignoraba lo que pudiera desear Josh, pero no se quedaría para averiguarlo. Temblando, abrió la puerta de su propio coche y casi cayó sobre el asiento del conductor, en ese momento vio que el coche de Josh la dejaba atrás, giraba hacia un lado y terminaba con el frente del vehículo junto al seto de la casa, cortando el sendero angosto y bloqueándolo para que ella no pudiera pasar.

Un segundo después, Josh salió del coche, justo en el momento en que Laura encendía el motor. Ella tenía la ventanilla abierta a causa del calor del verano. Josh extendió un brazo y, con toda calma, sacó la llave. El motor se apagó.

—¡Dame la llave! —Laura trató de quitársela, pero Josh la introdujo dentro del bolsillo posterior de su pantalón. Luego, volvió a meter la mano para oprimir la de ella, levantársela y mirarla, antes de soltársela.

—¡De modo que no te casarás con él! —exclamó, y el rostro de la joven se sonrojó.

—¡No, y te lo debo a ti!

Él la miró, antes de abrir la puerta del coche.

—¡No me toques! —Laura se encogió en el asiento.

Josh le ciñó los hombros y tiró de ella para arrastrarla fuera del vehículo.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —gritó.

Josh le rodeó la cintura y de inmediato la levantó del suelo para alzarla sobre su hombro como si fuera un saco.

Laura pateó con furia el pecho masculino y le golpeó la espalda con puñetazos.

—¡Bájame!

Josh no le hizo caso. Atravesó la reja, siguió caminando hasta la entrada de Fern Cottage y abrió la puerta, ante la furia de Laura, con una llave que él sacó del bolsillo de su pantalón vaquero.

—¡Te dije que devolvieras esa llave! ¿Por qué no lo has hecho?

Josh no se molestó en contestar. Entró en la casa y cerró la puerta dando un puntapié.

—¡Bájame! —repitió Laura, pero él volvió a ignorarla. En vez de eso se dirigió a la escalera—. ¿A dónde vas? —exigió temblorosa y comenzó a patearlo y golpearlo de nuevo, pero dado el efecto que causaba, bien podía estar atacando a un cojín. Josh no parecía notar los pies y puños de ella; seguía adelante. Laura comenzó a marearse, porque tenía la cabeza hacia abajo, por encima del hombro de él y veía los escalones desde un ángulo que la

desorientaba.

Josh la llevó a la alcoba color crema y rosa y Laura sintió que se sofocaba porque el corazón le latía con fuerza. Él se detuvo al lado de la cama y Laura sintió que se deslizaba del cuerpo masculino, pero no hacia el suelo. Josh la empujó de espalda hacia la cama y antes de que la joven pudiera incorporarse, se inclinó sobre ella sosteniéndole los hombros contra la colcha de color crema.

—¡No recuperarás la casa! —exclamó ella con fiereza—. ¡Al comprarla, firmé un acuerdo en el que prometí no vendértela; así que pierdes el tiempo!

—¡Al diablo con la casa! —replicó, y le sostuvo el rostro con las dos manos para mirarla a los ojos, que echaban chispas.

—Durante todas estas semanas eso es lo que pretendías, no me mientas —dijo furiosa—. Y dejaste de fingir después de que Patrick nos vio juntos y quedaste convencido de que nos habías separado, ¿verdad? ¡Cuando fui a verte al hospital me dijiste que me fuera y que no me querías!

—En aquel momento no —dijo—. No cuando me sentía moribundo y demasiado débil para sostenerme en pie. No quería que me vieras en ese estado.

—¡Hablaste como si odiaras verme! —los oídos le zumbaron a causa del flujo acelerado de su sangre.

—Le había pedido a mi madre que no te dijera que yo me encontraba en el hospital; le dije una y otra vez que no quería que supieras lo del accidente. Creí que ella te había llamado, porque cuando quiere, es tan obstinada como tú —murmuró—.

Por eso estaba furioso cuando entraste en la habitación.

—¡No fue ella quien me lo dijo!

—Lo sé; juró que no había roto su promesa y no me miente —aceptó, triste—.

¿Cómo te enteraste?

—Estaba hablando con Alf Hudson respecto al trabajo que de debe realizarse en la casa y él me lo dijo.

—¡Alf! —repitió riendo.

—¿Por qué no querías que me enterara del accidente? —lo observó dudosa, y él torció la boca en un gesto de autodesprecio.

—¡Acabo de decírtelo! ¡No quise que me tuvieras lástima! Te negaste a hablarme por teléfono y a abrirme la puerta de tu apartamento; no estaba seguro de lo que había ocurrido entre tu novio y tú, ni si habíais roto vuestro compromiso o no, pero no quise que me visitaras sólo por lástima. Preferí esperar para verte, cuando estuviera repuesto físicamente y hubiera recobrado mi

entereza.

—¡Para que pudieras mentirme en cuanto a esta casa!

—No miento al respecto; la casa ya no me interesa, ¿acaso no lo sabes?

El corazón de Laura se detuvo un instante. Josh la observaba con tanta intensidad que ella se estremeció.

—La casa dejó de importarme en el momento en que me enamoré de ti —dijo con voz ronca, y Laura se sintió febril. Con toda el alma deseaba creerle, pero no se atrevía a hacerlo—. Al principio me sentí culpable por eso —sonrió con la boca torcida—. Se suponía que yo debía bloquear la venta de la casa, por el bienestar de mi madre, y no estar enamorándome de ti —hizo una mueca—. Laura, ¿tienes idea de la vida que llevamos mi madre y yo durante años? Nuestro hogar no fue feliz.

Quiero mucho a mi madre, y me afectó mucho lo que la había hecho sufrir mi padre.

Luego, él murió. Me sorprendí al ver que mi madre mostraba todas las señales del pesar: caminaba como un espectro, siempre estaba pálida, casi nunca hablaba y no comía bien. Al principio no comprendí, pero luego supuse que ella debió de amarlo mucho, incluso cuando él le hacía tanto daño. ¿Puedes culparme por desear que esa mujer abandonara Fern Cottage? Habría pagado cuanto fuera necesario para echarla y no quería que nadie más viviera aquí. Tenía la idea de que, si recobraba la casa, de alguna manera le daría un poco más de felicidad a mi madre. Pero, me enamoré de ti.

Laura sufrió por una mezcla de esperanza y dolor; quería creerle, estaba enferma de compasión por él y su madre, y también de amor por él.

—Lamento que tu madre y tú hayáis tenido que sufrir tanto, Josh —murmuró

—. Debió de ser terrible para los dos, pero creo que ella ya se ha sobrepuesto, o al menos, eso dice…

—Lo sé —aceptó, ronco—. Es maravilloso verla más contenta y desde hacía años no parecía tan joven —sonrió, mostrando ternura en los ojos—. Supongo que el tiempo lo cura todo, pero de cualquier manera ella se habría sobrepuesto, aunque sucedió con más rapidez debido a ti.

—¿A mí? —lo miró incrédula y él asintió.

—Comenzó a mostrar alegría después de que le dije que te quiero.

—¿Se lo dijiste? —Laura se ruborizó—. ¡Oh, no!

—Te has puesto colorada —sus ojos brillaron—. ¿Es que no debí

decírselo? ¿Te molesta que ella lo sepa? —con una actitud ajena a él, frunció la frente y titubeó—: Laura, ella te cae bien, ¿no?

—Muy bien —respondió de inmediato para tranquilizarlo. El cariño que él le tenía a su madre la enterneció—. Por supuesto, Josh. Me agradó desde el momento en que la conocí. Pero, ¿qué pensó ella de mí debido a que, estando comprometida, te veía a ti?

—Al principio, eso la molestó —aceptó Josh con tristeza—. Le han hecho tanto daño que comenzó a preocuparse por Ogilvie.

—Sí —dijo Laura, porque imaginó que así reaccionaría la señora.

—Y se enfadó conmigo por enamorarme de la mujer de otro —continuó él—.

No te preocupes, le he hecho ver que yo era quien te perseguía y no te culpa. Y le agradaste desde el momento en que te conoció.

—Eso debió de perturbarla mucho, porque era como si la historia se repitiera —

murmuró Laura, despacio, al darse cuenta, por primera vez, de que, en efecto, había algo similar entre su caso y el de la madre de Josh.

—¡Esto es diferente! —insistió Josh—. No estás casada. De no haberme conocido antes del matrimonio, no te habrías percatado de que él no es el hombre indicado para ti. Habría sido mucho más difícil que os separarais después de casaros.

Laura guardó silencio mientras su rostro permanecía serio. Era cierto. De haberse casado con Patrick, habrían tenido hijos que saldrían perjudicados cuando el matrimonio se deshiciera, tarde o temprano. Ella no había amado a Patrick con la pasión y profundidad que se necesitaba para lograr un buen matrimonio. Sin embargo, nunca se perdonaría por haberlo herido. Suspiró al sentir que Josh se ponía tenso.

—Él encontrará a otra —dijo de inmediato, al adivinarle el pensamiento.

—Ojalá así sea —lo miró—. Odio pensar que soy la causante de su infelicidad actual.

—El problema es que el amor puede herir, ya sea a nosotros mismos o a otras personas —murmuró Josh en un susurro—. Mi madre amaba a mi padre y él le hizo daño; yo nunca supe con seguridad si él deseó herirla o no, si alguna vez la amó o si no pudo evitar amar a la otra.

—De cualquier manera, él no debió traer a la otra a Fern Cottage —dijo Laura, y tuvo curiosidad en cuanto a los motivos que tuvo el hombre ya fallecido—. Fue muy cruel.

—Creo que mi madre quizá también fue cruel cuando le negó el divorcio sabiendo que él estaba muy enamorado de otra —declaró Josh sin inflexión en la voz

—. Quizá debió dejarlo libre.

—Pero ella lo amaba —Laura miró a Josh con pasión al comprender bien por qué su madre había actuado de esa manera—. Y te quería mucho a ti, de modo que se quedó aquí para que heredaras la granja. Temió que si aceptaba el divorcio nunca serías dueño de Kern House ni de la tierra.

—Lo sé —asintió—. Pero ojalá no se hubiera expuesto a tanto sufrimiento por mi causa. No comprendo a las mujeres.

—Nosotras nos comprendemos a la perfección —Laura rió porque la declaración de Josh le pareció graciosa—. Creo que entiendo a tu madre.

—Y yo creo que ella te comprende a ti —dijo él—. Al menos, espero que así sea.

Cuando regresó a la granja después de verte, me dijo que ya no traías puesto el anillo de compromiso. Dijo que trató de llevarte allí, pero que no quisiste aceptar su invitación y que sería mejor que yo viniera aquí si realmente te quiero —terminó murmurando—. Y aquí estoy.

—Es demasiado pronto, Josh —dijo con pesar en la mirada—. Sigo culpándome por haber herido a Patrick y todavía no puedo pensar en otras cosas.

—Me amas y nunca amaste a Patrick —dijo él con firmeza.

—¡Creí que lo amaba! —protestó.

—¡No sabías lo que es amar!

Laura guardó silencio y las palabras retumbaron en su interior.

—Hasta que me conociste a mí —agregó Josh, y eso también era cierto. Antes de conocer a Josh ignoraba lo que era amar.

—¡Eso no me absuelve de haberle causado pesar a Patrick! —murmuró, y Josh la miró de manera extraña y triste.

—No pudiste evitar herirlo cuando me conociste, así como mi padre no pudo evitar herir a mi madre después de conocer a la mujer que realmente amaba. No planeé enamorarme de ti, esas cosas suceden; son como una avalancha repentina, se desencadenan, lo envuelven a uno y uno no puede escapar.

—Suena terrible —murmuró Laura, estremeciéndose.

—No, Laura —le sostuvo el rostro con las dos manos y con pasión en sus ojos grises—. No es terrible; es inevitable —se inclinó despacio y le rozó la trémula boca con los labios, mientras murmuraba su nombre—. Laura, Laura… estoy muy enamorado de

ti.

—Josh, oh, Josh —murmuró temblando. Le rodeó el cuello y se aferró a él—. Te quiero —agregó, antes de entreabrir los labios y de que el frenesí los dominara a ambos.

Las manos de él temblaron cuando comenzó a desnudarla sin dejar de besarla.

Laura sintió una profunda emoción mientras las manos de él se deslizaban por su cuerpo, deteniéndose para acariciarle un seno descubierto, para incitarla en la suave curva de la cintura y cadera y rozarle los muslos.

—Eres muy bella —murmuró él al inclinarse para atormentarla, acariciándole los pezones descubiertos con la cálida lengua.

Laura comenzó a desabrochar la camisa de Josh, con manos temblorosas, y lo hacía con tanta prisa que poco faltó para que arrancara un botón; Josh rió, ronco.

—¡Cuidado, cariño! —murmuró, y bajó la vista, pero al ver la expresión de ella dejó de sonreír y sus ojos se ensombrecieron. Se quitó la camisa y el resto de la ropa mientras Laura lo observaba respirando con fuerza, dolorida por la pasión que sentía por él.

Desnudos por fin, se observaron inquietos, temblando de deseo.

Pero no fue el deseo lo que hizo que Laura amara a Josh mucho más que a Patrick. Al contemplar a Josh en ese momento lo comprendió. Desde la primera vez que se vieron, ella, sin querer aceptarlo, había tomado conciencia de la atracción que lo impulsaba hacia él y la hacía desear su cuerpo. Pero con más lentitud, y en el fondo de su ser, nació otra emoción que no era amor, aunque ella lo amaba con locura; era algo más poderoso que el amor.

Era una necesidad franca. Ella nunca había necesitado a Patrick. Pero necesitaba a Josh con todas sus fuerzas, y ella estaba del todo segura de que así sería siempre.

Sonrió temblorosa, deseosa de expresar esa necesidad, de entregarse a él y al mismo tiempo absorberlo; aceptándolo dentro de sí para que se convirtieran en una sola carne. Por primera vez comprendió el significado de esas palabras.

Ella y Josh eran una sola carne, una sola alma.

Abrazó a Josh y tiró de él hacia ella.

—Te quiero —gimió, y él repitió las palabras con voz ronca y pasional.

—Te quiero.